



MÁSTER

*Europa y el Mundo Atlántico:
Poder, Cultura y Sociedad*

TRABAJO FIN DE MÁSTER

**REVOLUCIÓN Y PROTESTA EN LA AMÉRICA SEGREGADA.
EL ACTIVISMO POR LOS DERECHOS CIVILES EN ESTADOS
UNIDOS: EL CASO PARTICULAR DE LOS RACE RIOTS
AFROAMERICANOS (1865 - 1968)**

**REVOLUTION AND PROTEST IN SEGREGATED AMERICA.
CIVIL RIGHTS ACTIVISM IN THE UNITED STATES: THE
PARTICULAR CASE OF AFRICAN-AMERICAN RACE RIOTS
(1865 - 1968)**

Presentado por Juan Manuel Pérez Embrillo
Dirigido por Jesús Ángel Redondo Cardeñoso
Convocatoria: julio 2021

*“La libertad nunca es
voluntariamente otorgada por el opresor;
debe ser exigida necesariamente
por el que está siendo oprimido”.*
-. Martin Luther King

RESUMEN

La violencia ha sido un elemento consustancial a la historia norteamericana. Ya durante la esclavitud, millones de hombres y mujeres negras, concebidos como meros instrumentos de trabajo, debieron hacer frente a un fuerte aparato represivo que mermaba cualquier tipo de actitud liberadora. La cruenta Guerra de Secesión fue el paso necesario para la obtención de la libertad; una libertad segregada y dominada por una ferviente actitud discriminativa que, inevitablemente, degeneró en nuevos episodios de violencia racial. La década de los 60' puso al Movimiento por los Derechos Civiles al frente de la lucha contra la segregación y el racismo y reconoció aquellos derechos que, durante años, habían sido negados a los afroamericanos. Sin embargo, esto no supuso el fin de la violencia racial, un elemento que, aún en nuestros días, estremece los espinosos pilares de la democracia estadounidense.

Palabras clave: Disturbios raciales, esclavitud, movimientos sociales, racismo, represión policial, segregación racial.

ABSTRACT

Violence has been an inherent element in North American history. Already during slavery, millions of black men and women, conceived as mere instruments of work, had to face a strong repressive apparatus that diminished any type of liberating attitude. The bloody Civil War was the necessary step to obtain freedom; a freedom segregated and dominated by a fervent discriminatory attitude that, inevitably, degenerated in new episodes of racial violence. The 1960s put the Civil Rights Movement at the forefront of the fight against segregation and racism and recognized those rights that, for years, had been denied to African Americans. However, this did not mean the end of racial violence, an element that, even today, shakes the thorny pillars of American democracy.

Keywords: Race riots, slavery, social movements, racism, police repression, racial segregation.

ÍNDICE

1. Introducción	4
1.1. Estado de la cuestión	
1.2. Hipótesis de partida y objetivos	
1.3. Metodología y fuentes	
1.4. Justificación de la estructura del trabajo	
2. Marco teórico. Una actitud de defensa: la acción colectiva como factor de movilización social	14
2.1. Teoría de la Movilización de Recursos o de los Recursos para la Movilización	
2.2. Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales	
2.3. Estructura de Oportunidades Políticas (EOP)	
3. Antecedentes. El movimiento abolicionista y el fin del sistema esclavista norteamericano (1619 – 1865)	29
4. De la Reconstrucción o Segunda Revolución Americana al sistema de <i>Jim Crow</i> (1865 – 1920). El «verano rojo de 1919»	44
5. La odisea por la igualdad. El activismo afroamericano durante la Revolución por los Derechos Civiles (1920 – 1965)	66
5.1. Rosa Parks, Martin Luther King y el movimiento no-violento. <i>La Carta desde la prisión de Birmingham</i>	
5.2. Reclamando un espacio propio. La filosofía radical de Malcolm X	
5.3. <i>I Have a Dream</i> . De la Marcha sobre Washington a la legislación sobre Derechos Civiles	
6. <i>I have a nightmare</i> . El estallido de las tensiones raciales durante las <i>riots</i> de 1967/1968	82
7. Conclusiones	101
8. Bibliografía y fuentes	106
9. Anexos	115

1. INTRODUCCIÓN¹

En la situación de alerta sanitaria que ha imperado a lo largo de los últimos dos años, unos de los pocos acontecimientos capaces de acallar la avalancha de datos relacionados con los contagios y muertes provocados por la COVID-19 han sido los referentes a los disturbios urbanos que, recientemente, han estallado en miles de ciudades norteamericanas a causa del asesinato del afroamericano George Floyd. El icono negro, asfixiado el 25 de mayo de 2020, se ha convertido en una nueva víctima de los prolongados casos de brutalidad policial que han asolado el territorio estadounidense durante siglos y que han sido escenificados a través de controvertidas actuaciones policiales como la desarrollada por el agente blanco Derek Chauvin, asesino de Floyd, quien, durante más de seis minutos, mantuvo su rodilla sobre el cuello de afroamericano mientras este gritaba desesperadamente “*I can’t breath!*”, una expresión que, actualmente, se ha convertido en el eslogan de las principales campañas reivindicativas negras encabezadas por el movimiento #BlackLivesMatter².

La situación del negro americano, si bien ha mejorado con relación a la esclavitud, siempre ha sido crítica en los Estados Unidos, donde, inevitablemente, los negros han tenido que enfrentarse, prácticamente desde los orígenes de su presencia en el continente, a un ambiente discriminatorio y segregacionista que, asentado sobre el prejuicio racial, ha condicionado de forma total y absoluta el devenir histórico de su comunidad. Quizás, y solo quizás, algún buen ciudadano puede pensar que la equiparación social, política y económica entre negros y blancos es una realidad viviente en nuestros días, pero una indagación superficial sobre las condiciones vitales del negro contemporáneo, desde luego, parece arrojar resultados profundamente contrarios a esta percepción.

Parémonos a pensar, retrocedamos un momento hacia el pasado, concretamente a la mañana del 6 de enero de 2021, momento en el que una muchedumbre de supremacistas blancos, angustiados por la catastrófica derrota electoral del hasta ahora presidente Donald Trump, decidieron tomar el Capitolio, uno de los edificios más emblemáticos y representativos de Washington DC. Esa mañana, bajo el lema *Save America*, una multitud de hombres y

¹ De aquí en adelante se empleará el sistema de referenciación contemplado por la *Revista Investigaciones Históricas: época moderna y contemporánea* perteneciente a la Universidad de Valladolid, disponible en <https://revistas.uva.es/index.php/invehisto/about/submissions>.

² BAILEY, Holly, “A year after George Floyd’s death, Minneapolis remaind scarred, divided”, en *The Washington Post*, 23 de mayo de 2021, disponible en <https://www.washingtonpost.com/nation/2021/05/23/george-floyd-death-anniversary/>. Consultado el 10 de julio de 2021.

mujeres blancos armados deambularon con toda tranquilidad por los pasillos de esta entidad saqueando, casi a imagen y semejanza de los vikingos, todo cuanto encontraban a su paso; arremetiendo contra los cordones de seguridad y mancillando gran parte de los espacios albergados por esta sagrada institución. El asalto, calificado como un auténtico levantamiento insurreccional, desgraciadamente se cobró la vida de cinco personas, entre las que figuraba un policía, y contó con un total de 140 agentes heridos a manos de los manifestantes, pero, en definitiva, fracasó en su intento de sabotear las elecciones presidenciales, lo que, posteriormente, se tradujo en una transición pacífica del poder federal que, poco después, convertiría al demócrata Joe Biden en el 46º Presidente de los Estados Unidos.

Ahora bien, imaginemos por un momento que estas muchedumbres hubiesen estado compuestas por individuos afroamericanos, hombres y mujeres negros que desafiasen, como alguna vez han hecho, la autoridad y potestad de las fuerzas del orden, ¿cuál creen que hubiera sido el resultado? Efectivamente, la historia es sabia, y un suceso similar acontecido en el mes de abril de 1968 en las calles de la ciudad de Washington DC y protagonizado por afroestadounidenses se saldó con una brutal represión policial que dejó varios muertos y miles de heridos. Este tipo de episodios traumáticos nos han demostrado que, como veremos a lo largo del presente trabajo, todo esfuerzo emprendido por los afroamericanos para reclamar el ejercicio de sus derechos o libertades, o simplemente para exigir unas condiciones de vida dignas, han tenido, siempre, el mismo final, la represión, el linchamiento o la muerte.

La historia del negro norteamericano es, y siempre ha sido, una historia de lucha y resistencia frente al dominio blanco. Es por ello que, en Norteamérica, desde un inicio, los afrodescendientes han sido continuamente obligados a superarse para, entre otras cosas, despojarse de la consagrada visión perniciosa que, tradicionalmente, ha sido vinculada a su condición étnico racial. Así, millones de hombres y mujeres negras han visto como, durante siglos, habían sido privados sistemáticamente de todos aquellos derechos y libertades que, por defecto, habían sido concedidos y disfrutados libremente por sus homónimos blancos. Este para nada es un asunto baladí ya que, parafraseando al activista afroamericano Martin Luther King, la opresión del negro nunca han cesado de forma voluntaria; al contrario, pues si algo hemos aprendido a lo largo de estos años es que tanto la obtención de su libertad como cualquier tipo de mejora en sus condiciones de vida, siempre, y recalco, siempre, han precisado del estallido de terribles episodios coyunturales que, a duras penas, han permitido al negro el ejercicio momentáneo de sus derechos fundamentales.

1.1 Estado de la cuestión

El Movimiento por los Derechos Civiles (MDC) ha sido uno de los acontecimientos más representativos de la contemporaneidad estadounidense, no solo por sus implicaciones sociopolíticas y alcance histórico, sino porque, en cierta medida, supuso un punto de inflexión en la vida de los individuos afroamericanos al garantizar, cuando no directamente a conceder, la igualdad de derechos y oportunidades entre blancos y negros. Sin embargo, en la historiografía española esta temática no parece haber disfrutado de un lugar destacado, albergando una producción científica escasa que, en la mayor parte de los casos, se encuentra exclusivamente vinculada, siguiendo el modelo clásico, al estudio de los grandes líderes negros y acontecimientos, ignorando, por completo, el proceso de gestación del Movimiento, así como el activismo negro anterior a 1955.

En general existen pocas obras especializadas, siendo las más representativas las vinculadas al ámbito hispanoamericano -quizás por su proximidad geográfica-, por lo que las indagaciones acerca del Movimiento, o bien implican recurrir a publicaciones de carácter generalista con referencias muy reducidas, o bien se ven determinadas por la consulta de recursos bibliográficos especializados procedentes del ámbito anglosajón. Sea como fuere, y más hablando de los aspectos relacionados con el *rioting*, la historiografía española cuenta con importantes vacíos académicos, prestando escaso o nulo interés a los disturbios raciales norteamericanos y viendo restringidas sus publicaciones a breves artículos periodísticos y reducidos recursos web.

En cambio, la historiografía norteamericana, como es normal, muestra un increíble volumen científico-documental que aborda el MDC de forma casi completa. En Estados Unidos la producción bibliográfica sobre los Derechos Civiles de los afroamericanos va emergiendo de forma coetánea al Movimiento, o con anterioridad si tenemos en cuenta periodizaciones alternativas, dando lugar a una visión particular de los hechos alumbrada por los testigos y/o protagonistas de los mismos. Así pues, las primeras publicaciones ofrecen una visión sesgada de los acontecimientos en la que la perspectiva de los oprimidos organizados prima sobre la concepción segregacionista americana, rechazando, a su vez, cualquier otro tipo de interpretación alternativa. Sobre esta base comenzaron a surgir nuevas tendencias historiográficas como la *Master Narrative* o la *History from de Bottom Up*, perspectivas novedosas que dominarán durante años la escena intelectual afroamericana.

La *Master Narrative*, por un lado, es la tendencia dominante en los estudios y centra su foco de atención en la historia de los grandes líderes. Esta, en suma, proporciona una visión puramente político-institucional del Movimiento y sus aportaciones se resumen, a grandes rasgos, en breves relatos biográficos de los dirigentes en los que se refleja, fundamentalmente, cuál ha sido su papel en la lucha y su rol dentro del entramado organizativo del MDC. Asimismo, plantea que el segregacionismo es un problema social exclusivo de las poblaciones blancas, no un problema estructural del ámbito norteamericano, y, en consecuencia, hace caso omiso a la lucha desempeñada por el colectivo afroamericano fuera de las fronteras sureñas.

Del mismo modo, a la hora de desarrollar el transcurso del MDC, esta perspectiva únicamente hace hincapié en las demandas sociales y en las victorias legislativas derivadas del mismo, obviando sus antecedentes más directos y, por supuesto, silenciando la violenta lucha subyacente a la movilización. En general, la *Master Narrative* cuenta con dos variantes metódicas, una *King-Céntrica*, focalizada en los esfuerzos emprendidos por el reverendo negro Martin Luther King, y otra más institucional, dirigida hacia el estudio de las actitudes adoptadas por el Gobierno Federal y por las distintas organizaciones implicadas en el MDC³.

En el otro lado de la balanza encontramos la *History from the Bottom Up*, o lo que es lo mismo, la “historia desde abajo”, una perspectiva con un carácter más cultural en la que entran en juego nuevas variables conceptuales como la *identidad*. Dentro de esta vertiente tienen un peso importante aquellos estudios sociológicos, liderados por autores norteamericanos como Dough McAdam⁴ o Aldon Morris⁵, vinculados a la cotidianeidad del MDC y que, por supuesto, han incorporado una novedosa perspectiva global que permite, entre otras cosas, observar el alcance territorial de las reivindicaciones. Aunque profundizaremos aún más en ello a lo largo del siguiente apartado, los estudios sociológicos han experimentado una rápida metamorfosis y, siguiendo esta metodología, han apostado, de forma cada vez más asidua, por análisis basales

³ CARBONE, Valeria Lourdes, *Racismo, Raza y Clase en la lucha de base y resistencia afro-estadounidenses durante 1968-1988*, Universidad de Buenos Aires, 2016, pp. 14-17.

⁴ Algunas de sus obras más significativas son *Deeply Divided: Racial Politics and Social Movements in Postwar America*, Oxford, Oxford University Press, 2014; *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, Chicago, University of Chicago Press, 1982 o *Freedom Summer*, Oxford, Oxford University Press, 1988.

⁵ Entre sus obras más destacadas encontramos *The Origins of the Civil Rights Movement: Black Communities Organizing for Change*, New York, Free Press, 1984; “Black Southern Student Sit-in Movement: An Analysis of Internal Organization”, en *American Sociological Review*, 6 (1981), pp. 744-767; “Birmingham Confrontation Reconsidered: An Analysis of the Dynamics and Tactics of Mobilization”, en *American Sociological Review*, 5 (1993), pp. 621-636 o *The Scholar Denied: W.E.B. Du Bois and the Birth of Modern Sociology*, California, University of California Press, 2015.

que, en cierto modo, han permitido reivindicar el verdadero papel desempeñado por las instituciones locales -iglesias negras, sindicatos, escuelas- en el proceso de gestación del MDC⁶.

Al igual que en el caso anterior, este enfoque presenta dos variables: la primera, relacionada con los legados del MDC, tanto positivos como negativos, ofrece un interesante debate sobre el hipotético alcance de los logros del activismo afroamericano y, en definitiva, se muestra muy crítica con respecto a la situación del negro americano más allá de los sesentas. La segunda, por su parte, es un poco más moderada y se centra en el posterior declive del MDC, finalizado teóricamente hacia 1965, aunque teorías más actuales han apostado enérgicamente por una continuidad sucesiva en la que, ahora sí, habrían entrado en juego exigencias de clase como, por ejemplo, mejoras en el empleo, la vivienda, la calidad de los estudios o la equitativa redistribución de la riqueza⁷.

El último de los bastiones historiográficos es la teoría del *Long Movement*, popularizada por la historiadora norteamericana Jacqueline Dowd Hall⁸, quien habría planteado, como sostendremos a lo largo de este trabajo, que, evidentemente, existen indicios de resistencia negra anteriores a 1955, momento en el que se produce el Boicot a los Autobuses de Montgomery, y, por tanto, que el Movimiento por los Derechos Civiles, más que un fenómeno aislado constituye un auténtico hecho histórico rastreable años atrás y con una proyección única que prolonga el activismo afroamericano más allá de la década de los setenta del siglo pasado⁹.

El MDC también ha sido abordado por otro tipo de ópticas como la perspectiva de género, un modelo analítico que apuesta por investigar acerca del papel desempeñado por las mujeres negras en la lucha a favor de la liberación y en contra del racismo. Este tipo de estudios, si bien no aluden estrictamente a la íntima relación entre los movimientos sufragista y abolicionista norteamericanos, centran su atención en el olvidado papel de las activistas negras en la lucha por la libertad, unas mujeres que, tras el reconocimiento del derecho al voto femenino, se vieron excluidas e inmersas en un contexto sociopolítico marcado por una doble discriminación.

⁶ CARBONE, *Op. Cit.*, p. 18.

⁷ *Ibidem*, pp. 19-21.

⁸ Entre sus trabajos más reseñables encontramos “The Long Civil Rights Movement and the Political Uses of the Past”, en *Journal of American History*, 91 (2005), pp. 1233-1263; “How We Tell About the Civil Rights Movement and Why It Matters”, en Odom, Brian y Waring, Stephan (eds.), *NASA in the Long Civil Movement*, Gainesville, University Press of Florida, 2019, pp. 9-14 o *Revolt Against Chivalry: Jessie Daniel Ames and the Women’s Campaign Against Lynching*, New York, Columbia University Press, 1979.

⁹ CARBONE, *Op. Cit.*, pp. 22-25.

El círculo se completa con otro tipo de aportaciones procedentes del ámbito musical y fotográfico e, incluso, desde la vanguardista historia de las emociones, aunque esta última de manera un tanto generalista, con publicaciones que abordan este aspecto desde la órbita global del movimiento social. Las dos primeras, en cambio, analizan, respectivamente, el papel desempeñado por instrumentos como las *freedom songs* en el proceso de cambio social, así como el poder ostentado por la imagen violenta a la hora de orquestar las protestas reivindicativas que triunfaron durante el MDC. En última instancia encontramos la historia de la educación, cuya labor ha sido fundamental para el estudio de los procesos de integración racial en el ámbito escolar norteamericano.

En cuanto al *rioting*, las investigaciones sobre disturbios y revueltas han adoptado otro rumbo. Los primeros estudios se remontan a las últimas décadas del siglo XIX, momento en el que sociólogos europeos como Scipio Sighele¹⁰ o Gustave Le Bon¹¹ trataron de explicar este tipo de fenómenos aludiendo a la irracionalidad y a la espontaneidad como rasgos distintivos de la acción disruptiva. En términos generales, las aportaciones de este periodo se centran en el análisis de los rasgos motivadores que inducen al conflicto y plantean que el disturbio se encuentra vinculado, en mayor medida, con la acción de los grupos marginales, quienes, como hemos mencionado, se encuentran guiados por su actitud irracional. Esta escolástica, liderada por la recopilación de datos periodísticos, proporciona valiosa información acerca del riesgo y la cobertura del conflicto, pero, sin embargo, se muestra muy presionada a la hora de abordar los distintos eventos traumáticos que componen el marco *micro*¹².

La segunda gran etapa de investigación es la que sucede a la Segunda Guerra Mundial, y que curiosamente coincide con la intensificación de la acción negra en los Estados Unidos, momento en el que se prestará una mayor atención a la cuestión de los *rumores* como precipitantes del estallido social. Esta nueva perspectiva, liderada mayormente por las aportaciones científicas de la sociología y la psicología, analiza la reacción de los distintos colectivos sociales ante la circulación de informaciones falsas y su papel central como elemento justificador del ejercicio de la violencia. En esta línea se sitúan algunos estudios relativamente recientes acerca del *Red Summer*, una de las olas de violencia interracial más importantes de los Estados Unidos,

¹⁰ Sus aportaciones en el ámbito de la psicología colectiva se resumen en obras como *La Folla Delinquente*, Torino, Fratelli Bocca, 1891; *La teórica positiva della complicità*, Torino, Fratelli Bocca, 1894 o *La Delinquenza Settaria*, Milán, Fratelli Treves, 1897.

¹¹ Merecen especial mención obras como *Lois psychologiques de l' évolution des peuples*, París, Félix Alcan, 1895 o *La psychologie des foules*, París, Félix Alcan, 1895.

¹² WILKINSON, Steven, "Riots", en *The Annual Review of Political Science*, 12 (2009), pp. 329-331.

entre los que podemos destacar *Race Riots & Resistance. The Red Summer of 1919* de Jan Voogd, una obra donde el autor indaga acerca de la repercusión del fenómeno rumorístico en varios desórdenes norteamericanos, aludiendo, al mismo tiempo, al racismo como causa fundamental de los levantamientos.

No obstante, el protagonismo del análisis histórico no ganará terreno hasta la década de 1960, momento en el que la tradicional concepción del levantamiento espontáneo-marginal fue desplazada por nuevas teorías que reconocían el disturbio como una manifestación discriminatoria con objetivos cuidadosamente seleccionados. Este hecho ya se había puesto de manifiesto durante el *Red Summer* y adquirió una nueva dimensión tras los desórdenes étnicos que asolaron gran parte de los centros urbanos norteamericanos a finales de los 60', lo que se tradujo en la proliferación de nuevos estudios estadísticos de carácter cuantitativo.

Ciertamente, las aportaciones de esta nueva tendencia, siguiendo el modelo alumbrado por autores como Charles Tilly¹³, preconizaban que los disturbios constituirían un método mediante el cual los oprimidos podían enfrentarse contra la discriminación, pero, en esta línea, las novedosas aportaciones de Jan Voogd acerca del *Red Summer* parecen arrojar resultados dispares, ya que, en este momento concreto, en el ámbito norteamericano, la violencia inherente al disturbio había sido ejercida, no tanto por los oprimidos, sino por los poderosos sectores blancos dominantes¹⁴.

La metodología cuantitativa parecer ser la más extendida durante los últimos años, especialmente en los Estados Unidos, donde una parte importante de la producción científica consultada centra su actividad en el análisis numérico y porcentual de aspectos como el grado de implicación de los distintos sectores étnicos en el conflicto, el alcance de los daños, el número de víctimas o, incluso, la proporcionalidad de las causas -violencia interracial, brutalidad policial, asesinatos, acusaciones de violación, etc.- que precipitan el estallido de los levantamientos populares. También existen estudios cualitativos que describen detalladamente los sucesos, ahondando en las posibles motivaciones que repercuten en el recrudecimiento de las tensiones sociales, aunque, por desgracia, un volumen amplio de estas producciones no incide en demasía en las consecuencias futuras derivadas del conflicto.

¹³ Entre sus obras más significativas encontramos *Las Revoluciones Europeas, 1492-1992*, Barcelona, Crítica, 1995; *La Dinámica de la Contienda Política*, Barcelona, Hacer Editorial, 2005 (en colaboración con Dough McAdam y Sidney Tarrow) o *La Violencia Colectiva*, Barcelona, Hacer Editorial, 2007.

¹⁴ WILKINSON, *Op. Cit.*, 334-336.

No obstante, pese a que este tipo de evaluaciones existen, los intelectuales estadounidenses no han prestado una atención realmente representativa al fenómeno global del *rioting*, siendo mucho más recurrentes aquellos análisis relacionados con los episodios de revuelta que caracterizaron el *Red Summer* de 1919, y dentro de estos en especial los situados en las inmediaciones del ámbito urbano, que los acaecidos durante la convulsa década de los 60'. Sea como fuere, ambos periodos parecen haber caído en un profundo letargo que, durante años, ha contribuido a silenciar su historia. El Movimiento por los Derechos Civiles y, concretamente, los *Black Studies* han sido los únicos elementos capaces de recuperar una historia de represión olvidada que ha sido revalorizada durante los últimos años. Tanto los disturbios del *Red Summer* como los estallidos de violencia racial de la década de los 60' se han visto desvirtuados por una clara primacía de los “grandes y destructivos disturbios urbanos” sobre los episodios de violencia con una repercusión menor, lo que, en definitiva, deja un fértil campo de estudio abierto a nuevas investigaciones.

1.2 Hipótesis de partida y objetivos

Siguiendo la teoría del *Long Movement* trataremos de indagar en el pasado en busca de indicios que, en cierto modo, permitan afirmar la existencia de un primitivo activismo negro por los Derechos Civiles anterior a la Primera Guerra Mundial, en un intento por romper con los tópicos historiográficos que, tradicionalmente, han remontado la génesis de las actividades reivindicativas a 1955. Dentro de este análisis enfatizaremos el papel desarrollado por las manifestaciones violentas antes, durante y tras el declive de la causa afroamericana, en un intento por responder a las siguientes preguntas: ¿qué ocurre?, ¿por qué ocurre? y ¿por qué ocurre donde ocurre? El objetivo fundamental consiste en conocer cómo se desarrolla la *riot*¹⁵ y cuál es su motivación, así como si existe algún tipo de relación entre las manifestaciones de violencia colectiva y el ambiente espacial en el que se generan.

La principal hipótesis a sostener es aquella que sugiere que la violencia ha sido un elemento indisoluble de la historia de los Estados Unidos de Norteamérica, una práctica que, desde los orígenes de la nación, ha influido profundamente en las relaciones políticas, económicas y sociales de los Estados Unidos, especialmente a nivel nacional, consolidando una posición de fuerza que ha determinado el modelo de represión policial empleado para sofocar las protestas. Asimismo, a nivel particular, el presente estudio parte de la idea básica de que las

¹⁵ La doble acepción gramatical de la palabra *riot* permite que sea traducida como revuelta cuando es empleada en femenino y como disturbio cuando está precedida por un determinante masculino.

tácticas de no-violencia, si bien proporcionaron una cierta visibilidad a la situación del negro americano, no fueron las desencadenantes finales de los proyectos legislativos en defensa de los Derechos Civiles de los afroamericanos, sino que, estos últimos habrían emanado del miedo a la rebelión y a la represalia racial profusamente difundido por la frustración de los sectores negros más radicales.

Por último, el marco geográfico en el que se enmarca la investigación trata de reivindicar la necesidad de desarrollar estudios alternativos ajenos al eurocentrismo imperante en la historiografía tradicional. La Historia es una disciplina que traspasa las fronteras regionales y nacionales de este nuestro país -existe historia más allá de España o de Europa- y es nuestra labor, la de los historiadores, en un mundo cada vez más globalizado, emprender estudios que permitan revalorizar las aportaciones históricas de estos espacios paralelos. La Historia es un ente vivo moldeado por el ser humano, pero su temporalidad es capaz, al mismo tiempo, de trascender y conectar las fronteras geopolíticas creadas por la humanidad.

1.3 Metodología y fuentes

En lo referente a la metodología, el presente estudio se enmarca en el ámbito de la historia cultural y, dentro de esta, en la esfera analítica de los movimientos sociales. Partiendo de esta premisa, y adoptando un enfoque social centrado en la exploración de las diversas manifestaciones de violencia que determinaron el transcurso del Movimiento por los Derechos Civiles, procederemos al desarrollo cualitativo de las distintas causas que han repercutido en la acción disruptiva afroamericana, su evolución, sus consecuencias y su posible reverberación en la contemporaneidad.

Para ello, recurriremos a una revisión crítica de los distintos recursos bibliográficos existentes, tanto del área histórica como sociológica, centrándonos en algunos de los momentos-hito más representativos del MDC y, a partir de ellos, desarrollaremos el marco *micro* en el que se sumergen todos estos conflictos de naturaleza racial. Del mismo modo, la periodización y la reordenación cronológica de los acontecimientos nos permitirán analizar la totalidad del proceso histórico, desde los orígenes de la esclavitud hasta la “conquista” de los Derechos Civiles de los afroamericanos, rastreando sus raíces más profundas en un intento por conocer el calado y la pervivencia de las reivindicaciones sociales negras.

Junto a ello, dadas las limitaciones geográficas derivadas de la pandemia, emplearemos fuentes directas alternativas como, por ejemplo, los discursos, aquellos elementos que alentaron

a las masas y que, sin duda, revitalizaron el Movimiento en periodos de incertidumbre social, animando al activismo negro a continuar su lucha en favor de la igualdad de derechos y oportunidades. A estas debemos sumar otras fuentes de carácter secundario como publicaciones coetáneas, autobiografías o relatos periodísticos que, de alguna forma, nos proporcionan una visión única de las protestas desde la órbita protagonista. Este tipo de fuentes también nos ofrecen otro ángulo de visión bastante singular, informándonos acerca la actitud general de los intelectuales frente al conflicto y su proyección en el ámbito académico.

Asimismo, considerando la importancia manifiesta y el increíble poder desempeñado por la imagen a la hora de planificar las campañas de protesta, recurriremos a fondos archivísticos online y diversos recursos web que nos permitirán, salvando las distancias, adentrarnos visualmente en la dramática realidad de la represión racial a la que fueron sometidos los afroestadounidenses y cuyo reflejo, todavía, parece ser bastante difuso en este nuestro mundo actual.

1.4 Justificación de la estructura del trabajo

La extensión cronológica del trabajo resulta realmente significativa, por lo que, para abordar, o tratar de abordar, la totalidad de los acontecimientos acaecidos durante este periodo se ha hecho necesaria una subdivisión temática en seis grandes apartados. Junto a estos, como puede observarse en el índice, se incluye una amplia bibliografía y una serie de documentos anexos cuya recurrente consulta recomiendo encarecidamente, ya que pueden proporcionar al lector el aparato geográfico y visual necesario para complementar la narración de los acontecimientos. Allí podrán encontrar, entre otros, algunos mapas que les permitirán situar espacialmente los sucesos, una línea temporal con algunos de los hitos fundamentales del período y diversas imágenes que ilustran a la perfección las altísimas cotas de violencia y represión alcanzadas durante el ejercicio de la violencia urbana por parte de los sectores blancos dominantes.

En cuanto a la división temática, el primero de los apartados ofrecerá al lector algunos conceptos de capital importancia para comprender el desarrollo histórico del movimiento social, así como las distintas relaciones entre este último y la ciencia histórica. El segundo apartado, referente a los antecedentes, permitirá comprender las raíces de la lucha afroamericana, la traumática realidad que suponía la esclavitud y las constantes tentativas insurreccionales que, en cierto modo, precipitaron el final de esta institución. El tercero, por su parte, brindará la posibilidad de sumergirse en el convulso periodo reconstruccionista, una

época de transición salpicada por constantes intentos legales de equiparación racial, cuyo fracaso acentuará las tensiones sociales precipitando el estallido de los primeros grandes disturbios urbanos.

Finalmente, el cuarto y quinto de los apartados ofrecerán una visión del activismo por los Derechos Civiles a partir de algunas fuentes discursivas para, más tarde, observar cómo, poco a poco, comenzaron a fraguarse nuevos levantamientos raciales que sumergirán, durante la década de los 60', a las principales ciudades norteamericanas en la que probablemente fue la mayor ola de violencia interracial de la historia de los Estados Unidos. Para clausurar el trabajo, como en cualquier actividad académica que se precie, encontramos las conclusiones, un espacio de reflexión en el que se evaluarán los resultados obtenidos de la investigación y su posible conexión, o no, con los acontecimientos que, tras la posterior caída del MDC, han determinado la polémica situación de los negros norteamericanos, llegando, incluso, a desatar conflictos más contemporáneos como, por ejemplo, los que afectaron a Los Ángeles en 1992.

2. MARCO TEÓRICO. UNA ACTITUD DE DEFENSA: LA ACCIÓN COLECTIVA COMO FACTOR DE MOVILIZACIÓN SOCIAL

El punto de partida del presente trabajo exige el establecimiento de un marco teórico que permita analizar desde una órbita científica una problemática tan etérea como la que supone el estallido de las *race riots* en el contexto histórico del Movimiento por los Derechos Civiles norteamericano. En este sentido, considero que la exploración de los marcos conceptuales y de las distintas perspectivas de análisis que rodean a los fenómenos de movilización de masas enriquecen considerablemente las valoraciones acerca del segregacionismo estadounidense.

La delimitación terminológica del *movimiento social* es un aspecto que ha generado cierta discrepancia en el ámbito de las ciencias humanas. En general, pese a la heterogeneidad y al carácter polisémico del término, la mayor parte de los estudios consultados coinciden a la hora de afirmar que la movilización social desempeña un papel crucial en la transformación de la realidad social¹⁶. La voluntad de intervenir en el proceso de cambio social es inherente al movimiento y su poder se pone de manifiesto en el momento en el que los ciudadanos corrientes se alían en busca de una metamorfosis de las ideas, creencias, valores, normas y comportamientos que han definido tradicionalmente su contexto social¹⁷.

¹⁶ SANTAMARINA CAMPOS, Beatriz, "Movimientos sociales: una revisión teórica y nuevas aproximaciones", en *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 39 (2008), p. 114.

¹⁷ TARROW, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Universidad, 1997, pp. 17-19.

Sin embargo, ni todos los movimientos sociales se encuentran orientados hacia una transformación determinada del orden social, ni todas las formas de comportamiento colectivo son concebidas como movimientos en sí mismas. El elemento diferenciador de los procesos de movilización social radica en la adopción de un enfoque específico de transformación que permita definir la pugna social. Así pues, en el caso que nos atañe, el Movimiento por los Derechos Civiles, el elemento vertebrador será la lucha por la igualdad de derechos y oportunidades, una lucha articulada sobre la base de la injusticia racial que encontrará en la acción directa no-violenta su principal mecanismo de expresión reivindicativa. Por tanto, pese a las muy variadas formas de reivindicación de ‘derechos’ que emergen en las décadas centrales del siglo XX, el identitario enfoque afro es lo que permite la diferenciación específica frente a otros movimientos con repertorios de acción muy similares como podrían ser, por ejemplo, los grupos feministas, ambientalistas u homosexuales, entre otros¹⁸.

Otro aspecto de especial importancia sería aquel que hace referencia a la diferenciación entre la *acción colectiva* y el movimiento social. Si bien la primera ha estado presente en todas las sociedades históricas, siendo especialmente reseñables los episodios relacionados con motines, conflictos religiosos o revueltas esclavas y campesinas; los segundos son un producto histórico de la modernidad y, a grandes rasgos, constituyen una forma históricamente situada de organizar estas protestas de carácter colectivo. En términos generales, las teorías más sonoras sitúan el origen de los movimientos sociales en el s. XVIII, momento en el que tiene lugar la culminación de un proceso de secularización del entramado social de las comunidades occidentales que acabaría por completarse con el triunfo de las ideas ilustradas¹⁹.

La Ilustración es concebida como un punto de inflexión para la acción colectiva, puesto que es a partir de este momento cuando la masa popular adquiere conciencia de su capacidad para modificar el orden social. Este cambio en la concepción de la realidad estuvo acompañado por un proceso de modernización político y socio-cultural que, en gran medida, posibilitó la creación de un marco favorable para la proliferación de las formas de contestación y protesta colectiva. No obstante, la propagación de la incipiente conciencia del cambio se encontraba dificultada por el aislamiento social propio del mundo rural, por lo que las dinámicas

¹⁸ Ibidem, pp. 225-228.

¹⁹ FERNÁNDEZ TORRES, María Jesús, *Movimientos sociales y acción colectiva. Pasado y presente*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA), 2015, pp. 68-70.

socializadoras de las grandes ciudades desempeñarán un papel fundamental para la consolidación de los nuevos modelos de acción colectiva²⁰.

Así pues, el progresivo crecimiento de los núcleos urbanos trajo consigo la creación de espacios comunicativos proclives a la difusión de las ideas liberales, lo que se tradujo en un notable incremento de la interacción social entre individuos y colectividades. En este contexto, tendrá lugar la confrontación entre las luces de la razón y la tradición estamental, generando una crisis en el sistema social que, inevitablemente, acabaría por desencadenar el estallido de las afamadas revoluciones políticas dieciochescas²¹. El presente estudio exige poner el foco de atención en la Revolución Norteamericana o de las Trece Colonias que, si bien no es concebida estrictamente como el primer movimiento social de la historia, advertía del papel representativo que el territorio norteamericano estaba destinado a desempeñar en el fenómeno de la movilización de masas.

El conflicto que enfrentó a los colonos norteamericanos frente a la metrópoli británica entre 1765 y 1783, nos remite a un término de especial importancia para definir la relación entre los movimientos sociales y la Historia, el denominado como *repertorio de confrontación*, o lo que es lo mismo, la totalidad de medios disponibles por parte de un grupo para presentar sus exigencias frente a sus adversarios. A este respecto, la historia y la memoria se postulan como las principales reservas de las formas de acción colectiva de un conjunto social y, en consecuencia, condicionan el modelo de lucha adoptado por el mismo: “sobre la base de pasados periodos de conflicto con un grupo o grupos determinados, o con el gobierno, los individuos construyen un prototipo de protesta o motín que define lo que hay que hacer en circunstancias concretas, además de explicar la lógica de la acción en cuestión”²².

La rebelión de los colonos norteamericanos no solo contó con una participación masiva de los sublevados, sino que, además de las formas tradicionales de protesta heredadas del viejo continente como, por ejemplo, las revueltas, los juicios simbólicos o la quema de efigies, introdujo un repertorio de tácticas modulares de gran interés que, posteriormente, serían replicadas al otro lado del Atlántico. En particular, el modelo de *boicoteo* norteamericano del *Boston Tea Party*, pronto fue mimetizado por la asociación antiesclavista británica para, a través

²⁰ RUEDA, Lupicinio, “Movimientos sociales: conflicto, acción colectiva y cambio social”, en Vázquez, Félix (ed.), *Psicología del comportamiento colectivo*, Barcelona, Editorial UOC, 2003, p. 17-20.

²¹ LARAÑA, Enrique, *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, pp. 161-162.

²² HILL, Stuart y ROTHCHILD, Donald, “The Impact of Regime on the Diffusion of Political Conflict”, en Manus Midlasky (ed.), *The Internationalization of Communal Strife*, Londres, Routledge, 1992, p. 192.

del boicot contra el azúcar procedente de las plantaciones esclavistas, exigir al Parlamento inglés la inmediata abolición del comercio de esclavos²³.

Ahora bien, si la revolución en favor de la independencia de las colonias norteamericanas se identifica con el surgimiento de las *tácticas modulares* características de los movimientos sociales, ¿por qué no podemos catalogar este episodio como el primer movimiento social de la historia? La literatura especializada ofrece algunas respuestas en torno a esta cuestión y, en términos generales, añade que, pese a que la rebelión cuenta con un amplio repertorio de *acción modular*, las manifestaciones de acción colectiva acontecidas durante este periodo no cuentan con un compromiso y una unidad lo suficientemente profundos como para ser concebidas como una forma de política popular diferenciada y al alcance de todos los sectores reivindicativos²⁴.

Sea como fuere, el suceso de las Trece Colonias se hacía eco de la atmósfera de cambio latente durante las décadas finales del s. XVIII y, en buena medida, sentó las bases para el desarrollo de los movimientos sociales. Si anteriormente invocamos el papel preponderante del territorio norteamericano en el ámbito de la movilización social, la cuestión racial, ligada al abolicionismo y alrededor de la cual se articula el presente escrito, no iba a quedarse rezagada. De este modo, los efectos agitadores del conflicto colonial sirvieron de inspiración para la eclosión de un nuevo movimiento en favor de la abolición de la esclavitud que, sin duda alguna, acabó por posicionarse como el principal estigma divisor de la sociedad estadounidense.

El movimiento abolicionista, a diferencia de la Revolución Norteamericana, sí logró alcanzar un grado significativo de transformación de la política popular y, en cierto modo, sentó las bases para el surgimiento de movimientos sociales de mayor madurez. La explicación del origen de este movimiento debemos buscarla en el cambio de actitud de las iglesias protestantes británicas y en su férrea oposición hacia comercio de esclavos. A esta labor se sumaron, rápidamente, algunos sectores del cuerpo judicial, quienes, durante los últimos compases de la centuria, mostraron un fuerte rechazo hacia la legalidad de la esclavitud²⁵. La acción de estos colectivos antiesclavistas se tradujo en la creación de asociaciones especializadas y en la consolidación de una nueva fórmula de confrontación, la *petición*. Este recurso, que en un

²³ TARROW, *Op.cit.*, pp. 80-83.

²⁴ TILLY, Charles y WOOD, Lesley, *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 73-75.

²⁵ VILLALPANDO, Waldo, "La esclavitud, el crimen que nunca desapareció. La trata de personas en la legislación internacional", en *INVENIO*, 27 (2011), pp. 19-20.

principio se encontraba al servicio de los intereses particulares de una minoría, pronto pasó a convertirse en la herramienta por antonomasia para la reivindicación popular de justicia²⁶.

Durante este periodo, la implicación de las distintas esferas del entramado social en el movimiento abolicionista fue evidente, lo que permitió que, finalmente, en 1807, se decretase la ilegalización del comercio de esclavos tanto en el Reino Unido como en EE. UU. Durante las décadas siguientes, distintos territorios europeos irían sumándose a la lucha abolicionista y, poco a poco, lograrían disipar las finas líneas divisorias trazadas por el esclavismo. Sin embargo, en el caso de Estados Unidos, como veremos a lo largo de los siguientes capítulos, la cuestión sobre la esclavitud de la población negra degenerará en un enfrentamiento civil que fragmentará por completo la sociedad norteamericana. El racismo y la segregación racial contribuirán a la polarización de la sociedad en torno a dos posturas antagónicas e irreconciliables: el supremacismo blanco y el activismo afroamericano pro Derechos Civiles.

La cuestión del abolicionismo británico, por tanto, constituye la auténtica *alma mater* de la movilización social. Esta afirmación se hace posible al observar la increíble fuerza adoptada por la acción colectiva durante el movimiento para, mediante la colaboración entre algunos de los sectores más pudientes y distintos miembros de la cúspide social, lograr establecer un conjunto de cambios políticos perfectamente delimitados. La actuación de estos emprendedores políticos en el ámbito público se encontró respaldada por la configuración de redes de interacción social que, en gran medida, garantizaron el éxito de la movilización. Así, las distintas redes de solidaridad configuradas por los diferentes agentes del cambio posibilitaron la interacción entre distintos grupos de activistas para, en primer lugar, incentivar al desarrollo de campañas reivindicativas y para, en segundo lugar, introducir el tema de la esclavitud en el ámbito electoral en busca de una transformación del orden sociopolítico²⁷.

De esta forma, el activismo pro abolicionista muestra algunos de los ingredientes necesarios para la configuración de una identidad colectiva, un elemento fundamental para el triunfo del movimiento social. Entre ellos podemos señalar, en especial, la celebración de reuniones, la creación de eslóganes y distintivos o la organización de marchas y la elaboración de panfletos reivindicativos. Algunos de estos rasgos pueden resultar bastante llamativos por su proyección futura en otro tipo de movilizaciones y, sin duda alguna, gracias a su carácter

²⁶ TILLY y WOOD, *Op. Cit.*, pp.76-77.

²⁷ *Ibidem*, pp. 81-85.

modular, parecen haber entrado a formar parte del *repertorio de confrontación* de las sociedades históricas venideras.

Como hemos podido observar, la teoría de las revoluciones burguesas se aplica como un elemento recurrente para definir las causas de la movilización social en el pasado. No obstante, con la entrada en el siglo XIX es posible dilucidar un cambio en las motivaciones del comportamiento colectivo, siendo especialmente representativa la relación existente entre acción social y los procesos de industrialización y democratización del Estado-nación²⁸. Por último, ya en el siglo XX, las ideas liberales entrarán en conjunción con una nueva utopía existencialista identificada con la búsqueda y defensa de la identidad personal. El resultado final, influido por el desarrollo del Estado del Bienestar y la relativa prosperidad económica derivada del final de la Segunda Guerra Mundial, traerá consigo el florecimiento de nuevos movimientos sociales en defensa de las libertades civiles y contrarios a las filosofías totalitarias desencadenantes del traumático conflicto mundial.

Esta nueva concepción del conflicto social, unida a la proliferación de los medios de comunicación de masas y a la consolidación del sistema de libertades característico de las sociedades occidentales, generará un cambio en el repertorio de la acción colectiva que, en gran medida, permitirá desplazar las tradicionales luchas violentas en favor de un nuevo activismo pacifista. A partir de este momento, las reivindicaciones sociales estarán orientadas hacia la defensa de los sectores más desfavorecidos o marginados de las nuevas sociedades capitalistas, siendo especialmente representativas las movilizaciones en favor de las minorías sociales y étnicas, la lucha endémica contra la pobreza o las demandas ecologistas, entre otras²⁹.

Tras haber indagado acerca de la invención histórica del movimiento social, se procederá al análisis de las distintas perspectivas empleadas para su evaluación. El estudio sobre la movilización social cuenta, fundamentalmente, con cuatro grandes etapas diferenciadas: la primera se identifica con el desarrollo de los estudios relacionados con el movimiento obrero; la segunda, se inicia con las revueltas de 1968; la tercera, por su parte, se sitúa en la década de los ochenta del pasado siglo, momento en el que se documenta un considerable incremento en la diversidad de los movimientos sociales; y, finalmente, encontramos una última etapa cuyos estudios se encuentran vinculados al ámbito de la globalización³⁰.

²⁸ FERNÁNDEZ TORRES, *Op. Cit.*, p. 91.

²⁹ LARAÑA, *Op. Cit.*, p. 162.

³⁰ SANTAMARINA CAMPOS, *Op. Cit.*, pp. 114-115.

Sin embargo, pese a que la producción científico-literaria de cada una de estas etapas ofrece una amplia gama de aspectos de enorme interés para el análisis global del Movimiento por los Derechos Civiles, son las teorías analíticas emergentes durante el segundo y el tercero de los periodos las que nos proporcionan un análisis más enriquecedor de la lucha contra la segregación. En este sentido, a lo largo de los próximos párrafos, se indagará acerca de los distintos diagnósticos sobre la acción colectiva afroamericana ofrecidos por tres teorías fundamentales: la Teoría de la Movilización de Recursos, la Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales y, por último, la Teoría de las Oportunidades Políticas.

2.1 Teoría de la Movilización de Recursos o de los Recursos para la Movilización

Los fenómenos de movilización de masas que emergieron en las décadas centrales del siglo XX rompían drásticamente con las teorías interpretativas defendidas por los modelos analíticos tradicionales. Así, las posturas clásicas, articuladas sobre la base de la conflictividad de clase y definidas por los modelos marxista y estructural-funcionalista, mostraban serias carencias a la hora de examinar las características particulares del conflicto ideológico implícito en la acción colectiva. El nuevo dilema teórico suscitó la proliferación de novedosos estudios orientados a solventar esta problemática, generando, inevitablemente, una cierta disparidad entre las nuevas corrientes interpretativas emergentes. En Europa, el proceso de renovación teórica, iniciado con el abandono del modelo marxista, culminaría con la afirmación del enfoque de los Nuevos Movimientos Sociales, en el que la lógica de la acción y las formas de identidad constituirían las nuevas bases para la acción colectiva. Mientras tanto, en Estados Unidos, donde las innovaciones conceptuales se movían en un plano diferente, la revitalización de los estudios científicos estuvo marcada por la rápida transición del modelo estructural-funcionalista hacia el enfoque de la Movilización de Recursos³¹.

Esta nueva perspectiva plantea que la movilización colectiva responde a un modelo de actuación racional cuyo énfasis se sitúa en el análisis del grado de aprovechamiento que las asociaciones que participan en la acción colectiva hacen de sus recursos. Por tanto, esta variante metodológica resta importancia al elemento motivador que inspira al individuo a participar en la lucha, para otorgar un espacio central al estudio de los recursos y factores que posibilitan la continuidad de la estructura organizativa del colectivo. La visión pragmática americanista, en definitiva, sugiere que el advenimiento del movimiento social únicamente es posible en el

³¹ RUEDA, *Op. Cit.*, pp. 20-35.

momento en el que la gente se organiza y tiene la capacidad económica y política necesaria para articular una acción contra aquella condición que perciben como injusta³².

La creación de marcos de injusticia tiene lugar en el momento en el que una determinada problemática social renuncia a su condición de tragedia y es enunciada por un colectivo como algo injusto. Una vez superado este paso, los activistas podrán poner en marcha mecanismos de acción colectiva con el objetivo de conquistar aquello que consideran como un derecho y, para ello, pasarán a dotarse de un conjunto de organizaciones encargadas de administrar los recursos materiales, morales, estratégicos, humanos y culturales de los que disponen. El objetivo final, cuyo horizonte se sitúa en la necesidad de un cambio social, reside en la identificación de los actores responsables y en el desarrollo de enérgicas acciones colectivas destinadas a solventar el problema³³.

La Movilización de Recursos, por tanto, presenta los movimientos sociales como fenómenos racionales, promovidos por sectores de ofendidos y con una naturaleza íntegramente política. Además, este enfoque parte de la idea de que los conflictos colectivos son consustanciales a las sociedades modernas y, por ello, precisan de la creación de asociaciones de afectados destinadas a organizar el descontento social. No obstante, el carácter sumamente racionalista característico de esta teoría ha llevado a sus seguidores a descuidar la dimensión cultural del movimiento social, prestando una escasa o nula atención a conceptos tan significativos para su análisis como, por ejemplo, la identidad o la ideología³⁴.

En el caso del Movimiento por los Derechos Civiles norteamericano, el análisis ofrecido por la teoría de los Recursos para la Movilización es más de forma que de fondo. Así, en lugar de plantearse el porqué de la movilización, esta perspectiva enfatiza en el cómo de la acción colectiva y, en consecuencia, revaloriza el estudio de los esfuerzos emprendidos por las distintas asociaciones afroamericanas en la lucha contra la segregación racial y en favor de la igualdad legal entre negros y blancos. Aunque abordaremos este aspecto con mayor profundidad a lo largo del documento, el MDC ha contado desde muy temprana edad con un conjunto de asociaciones orientadas a la defensa de los intereses de la comunidad afroamericana. Entre ellas podemos señalar algunas tan antiguas como la NAACP (*National Association for the Advancement of Colored People*) o la UNIA (*Universal Negro Improvement Association*),

³² FERNÁNDEZ TORRES, *Op. Cit.*, p. 57-59.

³³ LARAÑA, *Op. Cit.*, p. 109-112.

³⁴ SANTAMARINA CAMPOS, *Op. Cit.*, p. 116.

pertenecientes a la primera etapa del Movimiento; y otras más recientes y con mayor protagonismo durante el segundo periodo como, por ejemplo, la SCLC (*Southern Christian Leadership Conference*), el CORE (*Congress On Racial Equality*) o el SNCC (*Student Nonviolent Coordinating Committee*).

2.2 Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales

A diferencia de los estadounidenses, los estudiosos de las corrientes europeas han mostrado una mayor preocupación por los aspectos culturales y cognitivos enmarcados en el seno de los movimientos sociales. En este sentido, el paradigma de los Nuevos Movimientos Sociales pone el foco de atención en los procesos de creación de la identidad colectiva, concebida como el pilar fundamental que induce a la participación ciudadana en el movimiento social y, al contrario que en el caso anterior, establece una primacía de los aspectos motivacionales sobre los organizativos a la hora de explicar el comportamiento colectivo³⁵. De este modo, lo que la teoría de los Nuevos Movimientos Sociales deja entrever es que las organizaciones del movimiento social no son capaces de definir por completo las características de la pugna social y, por ende, sugiere que los movimientos sociales, más que organizaciones, constituyen campañas interactivas de participación ciudadana³⁶. Sobre este aspecto en particular es necesario señalar que, por definición, los movimientos sociales son concebidos como fenómenos fluidos que se resisten a cualquier tipo de organización estática y, a fin de cuentas, su carácter asociativo simplemente responde a la necesidad de coordinar los esfuerzos emprendidos para el triunfo de la acción colectiva.

La implicación cívica en las campañas de movilización social no precisa necesariamente de una determinada filiación organizativa, sino que, en determinados casos, la inclusión de los activistas en este tipo de prácticas emana directamente de su voluntad particular y, por tanto, no responde al programa reivindicativo presentado por la vertiente organizativa del movimiento social. La naturaleza pluralista que posibilita la adhesión al movimiento ofrece una conclusión fundamental, los movimientos sociales se mueven más en criterios participativos que de membresía, es decir, no cuentan con miembros, sino con participantes. La pluridimensionalidad participativa también es una constante en el proceso de movilización social y su importancia se pone de manifiesto en el momento en el que se identifican nuevas redes de apoyo social. El ejemplo por antonomasia de este tipo de comportamientos se encuentra en la difusión de las

³⁵ Ibidem, p. 117.

³⁶ TILLY y WOOD, *Op. Cit.*, p. 84.

ideas reivindicativas a través de los medios de comunicación, quienes, indirectamente, simpatizan o no con las ideas del movimiento, toman parte en el conflicto social³⁷.

En este campo, es reseñable la labor emprendida por Martin Luther King y la SCLC durante el Movimiento pro Derechos Civiles, quienes, asombrosamente, lograron garantizarse, durante un amplio periodo de tiempo, la opinión favorable de los *mass media*. En esta línea, el panorama estratégico de King encontró en el Boicot a los autobuses de Montgomery de 1955 el espacio óptimo para la consecución de sus aspiraciones. Este episodio, marcado por las prácticas de alteración del orden público, generó un clima de potencialidad represiva que, indudablemente, atrajo la atención de los principales informativos nacionales. El éxito cosechado por las campañas pacifistas animó a los activistas a replicar este tipo de comportamientos y, pese a que en ocasiones fracasaron -como, por ejemplo, en los sucesos de Georgia de 1962, donde la respuesta virulenta de la policía cedió su posición a los arrestos masivos-, ciertamente contribuyeron a difundir las condiciones segregacionistas y represivas que incidían sobre la población afroamericana³⁸.

Como veremos más adelante, la propagación de las escenas de odio racial derivadas del choque de fuerzas entre los sectores blancos segregacionistas y la actitud provocativa de la filosofía no-violenta, mantendrá latente el problema de la cuestión racial norteamericana entre la población estadounidense. La influencia mediática del MDC será tan fuerte que, tras los acontecimientos de Birmingham en 1963, la administración Kennedy se verá obligada a poner en marcha la elaboración de un plan legislativo orientado hacia la destrucción del segregacionismo racial. El resultado final, ya durante el periodo johnsoniano, será la victoria legislativa afroamericana formalizada sobre la base de la *Civil Rights Act* de 1964 y la posterior *Voting Rights Act* de 1965.

En cualquier caso, la teoría de los Nuevos Movimientos Sociales afirma que la motivación participativa de los activistas reside en las plataformas ofrecidas por la identidad colectiva y la cultura. El concepto de *identidad colectiva*, por una parte, hace referencia al sentimiento de pertenencia a un grupo diferenciado y plantea una imagen específica que los seguidores del movimiento social tienen de sí mismos. Partiendo de esta premisa, es posible

³⁷ RUEDA, *Op. Cit.*, p. 46.

³⁸ MCADAM, Dough, "Marcos interpretativos y tácticas utilizadas por los movimientos: dramaturgia estratégica en el Movimiento Americano Pro-Derechos Civiles", en McAdam, Dough, McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones ISTMO, 1999, pp. 485-486.

señalar que los aspectos reivindicativos de los movimientos sociales contemporáneos se encuentran íntimamente relacionados con un conjunto de símbolos, creencias y significados colectivos que les permiten dotarse de un cierto carácter cultural. Es decir, la naturaleza económica-instrumental que definía la participación en los movimientos clásicos es desplazada, a partir de este momento, por demandas sociales de carácter cultural y simbólico -como la protección del medio ambiente, la erradicación de las armas nucleares, la defensa de las minorías étnicas, etc.-, relacionadas con aspectos identitarios y cuyas tácticas movilizadoras se articulan sobre la base de la no-violencia y la desobediencia civil³⁹.

La *cultura* del movimiento, por otra parte, se entiende como el conjunto de creencias, ceremonias, formas artísticas u otro tipo de prácticas más informales como, por ejemplo, el lenguaje, la conversación, las historias o los rituales diarios que caracterizan a un determinado grupo social⁴⁰. La interrelación entre el componente cultural y las manifestaciones de identidad colectiva es una constante en los movimientos sociales, siendo el diálogo entre ambas categorías el que permite dotar al colectivo del aparato cognitivo necesario para la orientación de la acción colectiva. Asimismo, el proceso de dotación identitaria del grupo se encuentra jalonado por un cambio en el sistema de valores del mismo, cuya consecuencia más inmediata será el inicio de un proceso de redefinición simbólico-cultural de marcado carácter rupturista con el pasado. De este modo, el auge de las nuevas cuestiones sociales y orientativas que definen a los nuevos movimientos sociales reafirman, una vez más, su discontinuidad histórica con respecto al proceso de desestructuración sociocultural heredado de la modernidad e, indudablemente, ofrecen nuevas vías para la reestructuración de las relaciones sociales⁴¹.

A este respecto, el Movimiento por los Derechos Civiles en los Estados Unidos ofrece una perspectiva singular:

La eficacia simbólica del movimiento por los derechos en Estados Unidos no se limitó al reconocimiento de facto de unos derechos de la población negra ya establecidos por la Constitución que eran conculcados en los Estados del Sur, sino que produjo un cambio de los estereotipos sociales sobre sus relaciones con los blancos. Este cambio se manifestó en la difusión de un marco de pronóstico (sobre la igualdad entre razas) en abierta contradicción con el prevaleciente en los Estados Unidos durante mucho tiempo y en el que sólo había subordinación a prácticas de discriminación que implicaban el reconocimiento de inferioridad de los negros⁴².

³⁹ LARAÑA, *Op. Cit.*, pp. 151-155.

⁴⁰ DELLA PORTA, Donatella y DIANI, Mario, *Los Movimientos Sociales*, Madrid, Editorial Complutense, 2011, p. 105.

⁴¹ SANTAMARINA CAMPOS, *Op. Cit.*, pp. 117-118.

⁴² LARAÑA, *Op. Cit.*, p. 64.

En este sentido, el movimiento afroamericano se articula sobre la base del sentimiento discriminatorio y, a partir del marco dominante de los Derechos Civiles, pone en marcha un aparato de acción destinado a mejorar aspectos relacionados tanto con la protección legal como con los derechos de la población negra. Este marco cultural compartido, y su reverberación en la totalidad del entramado social, permite la consolidación de un terreno cultural óptimo dispuesto a dar voz a las reivindicaciones legales, económicas y políticas del MDC⁴³. La difusión de este tipo de plataformas de igualdad social aspira a transformar el orden social establecido e, indirectamente, son adoptadas por otro tipo de movimientos en defensa de las minorías sociales. Así, por ejemplo, la proyección futura del MDC tiene su reflejo en la marcha *gay* sobre la ciudad de Washington en 1993, una práctica de protesta popularizada durante el movimiento afro que, en este preciso momento, responde a la defensa de los derechos de los ciudadanos y ciudadanas homosexuales. El colectivo homosexual, en definitiva, se vale de las herramientas generadas por el MDC para reivindicar su derecho a ingresar en el ejército y, para ello, por ejemplo, adapta los estribillos de las *freedom songs* afroamericanas a sus propias demandas sociales⁴⁴.

La identidad colectiva dota al movimiento de una cierta cohesión interna, mientras que la variante cultural justifica su razón de ser. De este modo, para poder referirnos a un movimiento social es preciso que acciones aisladas, como pueden ser las *race riots*, pronto sean concebidas como acciones duraderas orientadas hacia la metamorfosis de los valores socio-culturales. Una vez que el proceso de cambio se pone en marcha, el movimiento social dota a sus participantes de un conjunto de ideas que definen la pugna social. En última instancia, la presencia de lazos de solidaridad permite la identificación de los activistas con una causa concebida como injusta y, en consecuencia, garantiza la cohesión y adición de nuevos participantes.

Sin embargo, en ocasiones, sucesos puntuales como los disturbios también revelan un objetivo común o solidario. Si bien las *riots* que estallaron en los Estados Unidos a lo largo del siglo pasado, con especial intensidad en la década de los 60, no son concebidas como movimientos sociales en sentido estricto, su vinculación causal con los abusos policiales parece evidenciar que su eclosión sí que deriva de una sensación generalizada de injusticia. Atendiendo a este aspecto, podemos señalar que las muchedumbres y las manifestaciones espontáneas se

⁴³ FERNÁNDEZ TORRES, *Op. cit.*, pp. 31-32.

⁴⁴ TARROW, *Op.Cit.*, pp. 33-36.

dotan de un carácter identitario a través del ataque hacia sus antagonistas. Ciertamente, pese a que la categorización como movimiento social precisa de una acción prolongada en el tiempo, las demostraciones espontáneas de acción colectiva en forma de concentraciones multitudinarias y disturbios urbanos podrían ser consideradas como elementos subyacentes al proceso de gestación del mismo⁴⁵.

2.3 La Estructura de Oportunidades Políticas (EOP)

Como se ha puesto de manifiesto durante los dos últimos epígrafes, los modelos de diagnóstico postmaterialistas han polarizado el discurso científico de los movimientos sociales en torno a dos elementos fundamentales: el entramado organizativo del movimiento y los procesos de creación de identidad colectiva. La adopción de uno u otro foco de interés, si bien permite arrojar un conjunto de resultados particulares perfectamente válidos, lleva implícita una serie de carencias metodológicas que impiden una aproximación plena a los fenómenos de movilización de masas. Es por ello que, en los albores de la década de los ochenta del pasado siglo, tendrá lugar la irrupción de la Estructura de Oportunidades Políticas en la escena científica, una nueva perspectiva de análisis que evidenciaba la afinidad teórica de los modelos de estudio precedentes.

Esta nueva metodología sugiere que tanto los movimientos sociales como las revoluciones se ven estimulados por la ampliación de las *oportunidades políticas* para la movilización, lo que contribuye a subrayar la vulnerabilidad transformadora del orden político en el que se inscriben los actores sociales. Sin embargo, el origen de la acción colectiva no se circunscribe únicamente a la identificación de este tipo de coyunturas favorables para la intervención social, sino que, además, precisa de que estas últimas sean aprovechadas por colectivos con una infraestructura organizativa relativamente firme que les permita explotar, mediante el ejercicio de la acción popular, las debilidades estructurales del sistema. La oportunidad política, en definitiva, define cuándo surge el movimiento e, igualmente, determina la estructura formal adoptada por el mismo⁴⁶.

Pese a que la faceta política del movimiento social cuenta con una importancia manifiesta para el desarrollo de la acción colectiva, esta no debe opacar la realidad socio-

⁴⁵ Ibidem, pp. 24-25.

⁴⁶ MCADAM, Dough, MCCARTHY, John y ZALD, Mayer, “Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales”, en McAdam, Dough, McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones ISTMO, 1999, p. 30.

cultural que se esconde tras el mismo. Como se ha insistido en varias ocasiones a lo largo de las últimas páginas, el éxito de la movilización únicamente es posible en el momento en el que un conjunto de actores comparte una forma determinada de concebir una situación. El término empleado por los teóricos de la EOP para referirse a esta dimensión cultural-cognitiva ha sido el *proceso enmarcador*, es decir, “los esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas en orden a forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismas que legitimen y muevan a la acción colectiva”⁴⁷. Estos significados comunes se postulan como el elemento mediador entre las variables de oportunidad, organización y acción y, en cierto modo, contribuyen a consolidar nuevos tipos de construcciones sociales al tiempo que posibilitan la difusión de las nuevas ideas reivindicativas. A partir de ahí, será el grado de acceso a las diferentes *estructuras de movilización*, esto es, a “los canales colectivos, tanto formales como informales; a través de los cuales la gente puede movilizarse e implicarse en la acción colectiva”⁴⁸, el que determinará el volumen de participantes que tomarán parte en la pugna sociopolítica.

El Movimiento por los Derechos Civiles norteamericano es un caso particular que nos permite observar no solo cómo el colectivo afroamericano fue capaz de aprovechar las oportunidades políticas brindadas por el sistema estadounidense, sino también cómo la población negra, a través de las acciones propias del Movimiento, logró crear un espacio de actuación propio salpicado de nuevas oportunidades de acción. En este sentido, el derecho de sufragio obtenido durante la lucha contra la esclavitud y la segregación racial modificó por completo la variedad de oportunidades disponibles para influir de una forma directa sobre el ámbito institucional americano, oportunidades que, de forma indirecta, han beneficiado la estructura de acción política desplegada por otro tipo de movimientos más contemporáneos⁴⁹.

Asimismo, el incremento de las oportunidades políticas genera un atractivo campo gravitatorio que induce a las gentes de a pie a participar en el movimiento. Una vez movilizados, estos grupos disidentes, amparados por la organización estructural del movimiento, recurren a la acción colectiva para poner a prueba los límites de control social de los que goza el sistema político, dando paso a una nueva fase caracterizada por el recrudecimiento de las tensiones entre

⁴⁷ FERNÁNDEZ TORRES, *Op. Cit.*, pp. 65.

⁴⁸ MCADAM, MCCARTHY y ZALD, *Op. Cit.*, p. 24.

⁴⁹ GAMSON, William y MEYER, David, “Marcos interpretativos de la oportunidad política”, en McAdam, Dough, McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones ISTMO, 1999, pp. 390-391.

activistas y autoridades durante lo que conocemos como *ciclos de protesta*⁵⁰. La protesta representa un espacio de contestación social en el que los movimientos sociales pueden generar símbolos, marcos de significado e ideologías con el objetivo de movilizar aliados potenciales e influir en las élites. *Grosso modo*, constituye una acción no rutinaria cuyo éxito está condicionado por el grado de cobertura mediática del que disfrute y, en consecuencia, precisa, o bien de un amplio nivel participativo, o bien de un repertorio de actuación que, ya sea a través del ejercicio de la violencia o de la adopción de tácticas innovadoras, permita al movimiento atraer de una forma significativa la atención de los medios de comunicación⁵¹.

El ambiente reivindicativo en el que se diluye la acción colectiva sumerge a los activistas en un clima de hostilidad determinado por el potencial represor desplegado por las fuerzas del orden a la hora de disuadir la protesta. En este contexto de indignación y denuncia social, la policía pone en marcha una serie de mecanismos de control, de naturaleza más o menos coercitiva, que buscan desvirtuar la legitimidad de las demandas expuestas por los grupos contestatarios. El grado de virulencia alcanzado por la fuerza de la represión constituye el más claro reflejo de las relaciones existentes entre los movimientos sociales y el Estado y, a su vez, atestigua la inquietante realidad que se esconde tras la perturbación del *statu quo*⁵².

Al mismo tiempo, la actitud institucional adoptada frente a la protesta influye directamente sobre la trayectoria del movimiento social modificando las tácticas estratégicas adoptadas por el mismo en el desarrollo de las campañas de movilización. Así pues, los líderes del Movimiento por los Derechos Civiles, conscientes de los episodios de violencia supremacista que asolaban el Sur de los EE. UU., aprovecharon el espectáculo ofrecido por el efecto de la brutalidad policial para, a través de la desobediencia civil, alentar a la confrontación social contra el sistema. El balance final se resume en la obtención de infinidad de escenas de odio racial que ilustraban a la perfección el lado más diabólico y perverso del sistema segregacionista sureño⁵³.

En definitiva, el ritmo y la eficacia de la protesta a favor de los derechos de los negros se identifica con la habilidad del MDC para poner en práctica tácticas pioneras y provocativas

⁵⁰ TARROW, *Op.cit.*, p. 263-269.

⁵¹ DELLA PORTA y DIANI, *Op. cit.*, pp. 213-234.

⁵² DELLA PORTA, Donatella, "Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta", en McAdam, Dough, McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones ISTMO, 1999, pp. 100-143.

⁵³ MCADAM, *Op. Cit.*, p. 489.

capaces de desestabilizar el sistema y de propiciar la intervención de las fuerzas federales en el sur estadounidense. La innovación estratégica afroamericana, cuya piedra angular reside en la importancia del *voto negro*, será rechazada por las nuevas generaciones de activistas, quienes, de forma paulatina, abandonarán la lucha no-violenta para abrazar la agresividad del radicalismo. Finalmente, tras el asesinato de Martin Luther King en 1968, el sueño afroamericano se convertirá en pesadilla y la violencia organizada se apoderará de las principales ciudades norteamericanas. La práctica violenta había mermado drásticamente las aspiraciones políticas del MDC desencadenando una represión sin igual que acabaría ocasionando el declive y posterior hundimiento del mismo⁵⁴.

3. ANTECEDENTES. EL MOVIMIENTO ABOLICIONISTA Y EL FIN DEL SISTEMA ESCLAVISTA NORTEAMERICANO (1619-1865).

Desde su llegada a las costas de Jamestown (Virginia) en 1619, los esclavos negro-africanos tuvieron que hacer frente a un infatigable proceso deculturador promovido por las élites colonizadoras blancas, quienes, desde su posición dominadora, buscaron estimular el desarraigo socio-cultural y político-económico de las originarias comunidades de negros subsaharianos. Las prácticas deculturadoras, iniciadas en las factorías costeras del litoral africano, tenían como objetivo final la aniquilación absoluta de cualquier forma de identidad afroamericana, un elemento indispensable para la resistencia negra frente a la esclavitud, lo que, en cierto modo, buscaba garantizar la estabilidad y continuidad del lucrativo sistema esclavista⁵⁵.

Asimismo, la esclavitud, una dramática realidad que violaba cruelmente los principios liberales sobre los que se asentaba la democracia estadounidense, también precisaba para su sostenimiento de un minucioso aparato racional que permitiese legitimar la superioridad socio-política de los colonos blancos, ya que según lo recogido en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América -un documento inviolable de gran valor político-simbólico adoptado por el Congreso el 4 de julio de 1776- todos los hombres habían sido creados iguales; dotados por su creador de unos derechos inalienables entre los que figuraban el derecho a la vida, a la libertad y, en definitiva, a la pureza de la felicidad humana⁵⁶.

⁵⁴ MCADAM, MCCARTHY y ZALD, *Op. Cit.*, pp. 34-37.

⁵⁵ LAVIÑA, Javier, “Comunidades afroamericanas. Identidad de resistencia”, en *Boletín Americanista*, 48 (1998), pp.139-141.

⁵⁶ Traducción propia del original: *We hold these truths to be self-evident, that all men are created equal, that they are endowed by their creator with certain unalienable rights, that among these are Life, Liberty, and the pursuit of Happiness*. Disponible en <https://www.wdl.org/es/item/109/view/1/1/>. Consultado el 26 de junio de 2021.

Como es evidente, el canon liberal subyacente a los principios independentistas entraba en directa contradicción con la realidad represiva del sistema esclavista, por lo que, para subsanar esta confrontación de intereses, los supremacistas blancos atribuyeron al esclavo negro un carácter infrahumano, una condición que, articulada en torno a un vírico odio racial, proporcionó el aparato ideológico necesario para, por un lado, reafirmar la inherente inferioridad del hombre negro con respecto al hombre blanco, y para, por otro lado, garantizar la continuidad de un sistema productivo de mano de obra no remunerada que proporcionó a los Estados Unidos una competitividad comercial sobresaliente en el panorama económico internacional.

La moderna esclavocracia estadounidense dotaba a los amos blancos de un férreo poder de control sobre los esclavos africanos, un poder absoluto e incondicional que, a lo largo de casi trescientos años, trató de someter cualquier tipo de voluntad liberadora por parte de los negros de la plantación. De este modo, junto a la inferioridad innata imputada a las gentes de color, comenzaron a surgir diversos mecanismos psicológicos, jurídicos, económicos y militares de opresión racial que, de alguna manera, permitieron afianzar la jerarquía socio-racial del sistema. Entre ellos podemos mencionar, por ejemplo, la declaración de subordinación al hombre blanco difundida por la religiosidad, la separación inmediata de los miembros que componían las distintas familias o tribus africanas, el acusado militarismo característico de los Estados esclavistas o, finalmente, las distintas restricciones legislativas a las que se veían sometidos los negros, tanto libres como esclavos⁵⁷.

El negro americano, en consecuencia, se encontraba preso de una normativa jurídica paternalista que limitaba seriamente sus derechos y libertades. Así pues, los afroamericanos carecían de derechos civiles “básicos” como el derecho al voto, al tiempo que, por iniciativa legal, veían restringida, tanto su libertad de movimiento, como sus posibilidades educativas y ocupacionales. Todas estas medidas habían contribuido a forjar las cadenas de la esclavitud y, en definitiva, hacían del sur estadounidense un auténtico infierno racial que, más temprano que tarde, acabaría por precipitar el estallido de las temidas rebeliones serviles.

La barrera racial había despojado a las comunidades de esclavos negros de su tierra y de su entorno cultural privándoles de cualquier tipo de símbolo de identidad colectiva salvo,

⁵⁷ AP THEKER, Herbert, *Las revueltas de los esclavos negros norteamericanos*, Madrid, Siglo XXI de España editores, 1978, pp. 58-80.

por supuesto, la racial. En un principio, la desestructuración del colectivo esclavo fue total, pero, poco a poco, el afloramiento de la denominada *cultura del barracón* había permitido mantener la cohesión interna del grupo negro introduciendo elementos de humanización y dignificación en la cotidianeidad del esclavo africano. En pocas palabras, el barracón se había posicionado como el principal estandarte de la libertad, un espacio de combate frente a la virulencia del régimen esclavista a partir del cual los esclavos negros habían sido capaces de reconstruir sus vidas. Además de su función cultural, el barracón contaba con un papel destacado en el ámbito de resistencia, siendo el paraje por excelencia desde el que, cuidadosamente, los esclavos insurgentes pusieron en marcha las tácticas de rebeldía⁵⁸.

El régimen esclavista norteamericano fue un sistema de explotación brutal que, desde un principio, pese a la concepción mítica del acomodacionismo del esclavo negro difundida por los sectores blancos, contó con la oposición frontal de los negros importados, quienes, de forma implacable, rechazaron la subyugación a la voluntad del hombre blanco bajo pena de mutilación o muerte. La negativa del pueblo negro a aceptar el dominio de los colonos blancos adquirió muy diversas formas: sabotajes, huelgas de brazos caídos, huidas, infanticidios, incendios intencionados, autolesiones..., lo que, evidentemente, confirmaba que, ante todo, los esclavos negros eran seres humanos, y que su insaciable ansia de libertad hacía cada vez más insostenible la continuidad del represivo sistema negro⁵⁹.

En este sentido, la *violencia* se posicionaba como el principal elemento vertebrador de la singular relación entre el amo y el esclavo, identificándose como la máxima expresión de la capacidad represiva del régimen esclavista. La muerte, por tanto, era una aterradora realidad que recorría la totalidad del imaginario negro y, con total seguridad, fue el tenebroso destino de todos aquellos esclavos que osaron sublevarse en favor de la libertad.

Las máximas formas de protesta eran la rebelión o la conspiración: esto implicaba un compromiso colectivo y global de éxito poco probable y cuyo costo, en caso de fracasar, era sin duda la muerte. [...] la rebelión y la conspiración constituyen las formas más elevadas de protesta. Por lo tanto, allí donde se presentan tales formas se puede perfectamente sacar la conclusión de que reflejan un malestar profundo y generalizado; la insurrección o el amotinamiento era, como si dijéramos, el fogaño que revelaba el profundo malestar reinante.⁶⁰

⁵⁸ LAVIÑA, *Op. Cit.*, pp. 142, 145, 146.

⁵⁹ ZINN, Howard, *La otra historia de los Estados Unidos. Desde 1492 hasta el presente* (3ª ed.), New York, Siete Cuentos, 2011, pp. 22-25.

⁶⁰ APTHEKER, *Op. Cit.*, p. 4.

Si bien las rebeliones esclavas son un elemento consustancial al propio periodo esclavista, no será hasta las décadas precedentes al cruento conflicto secesionista cuando se documente el mayor incremento de los levantamientos de esclavos negros. Durante este periodo, el acusado sentimiento antiesclavista, alentado por las incipientes manifestaciones abolicionistas de finales del siglo XVIII, entre las que destaca, de forma sobresaliente, la supresión constitucional del régimen esclavista por parte de la República de Vermont en 1777, desencadenará una ardua y dilatada lucha insurreccional por la liberación personal de los esclavos afroamericanos.

El primer episodio representativo de esta coyuntura sociopolítica nos remite al año 1800, momento en el que un grupo de esclavos liderados por Gabriel Prosser emprendieron la primera rebelión numéricamente importante. Prosser era un negro africano criado en el seno de la esclavitud, un hombre con una firme convicción religiosa cuya voluntad era la de configurar un Estado negro independiente en Richmond (Virginia) en el que, tras el triunfo de la revolución, pudiese ser proclamado como rey. Con esta convicción, la noche del 30 de agosto de 1800, Prosser, junto con otros mil esclavos, decidieron sublevarse contra el dominio blanco, viéndose sus esfuerzos drásticamente truncados por una catastrófica tormenta que, inevitablemente, acabaría por frustrar totalmente el levantamiento. Después de todo, Prosser fue arrestado y, tras ser juzgado por conspiración, tanto él como algunos de sus seguidores fueron ahorcados⁶¹.

Uno de los aspectos más interesantes de la rebelión de Gabriel es la recuperación de los planteamientos ideológicos del antiesclavismo primitivo, es decir, de aquellos proyectos colonialistas de tinte segregacionista diseñados por renombrados abolicionistas como Thomas Jefferson que, hipotéticamente, promovían el sentimiento de liberación del hombre negro. Estas políticas colonizadoras cobraron un protagonismo especial durante los compases finales del siglo XVIII, siendo su objetivo primordial el de preparar a los esclavos negros para la libertad, garantizando, así, la integridad étnica de los Estados Unidos de América y, en consecuencia, haciendo de este territorio un espacio exclusivo para blancos. De este modo, a medida que el movimiento abolicionista fue abriéndose paso entre la sociedad norteamericana comenzaron a surgir múltiples asociaciones encaminadas hacia la urgente materialización de la fantasía colonial del hombre blanco.

⁶¹ ORTIZ, Federico, “La rebelión de los esclavos y la literatura norteamericana”, en *Revista de Estudios Norteamericanos*, 7 (2000), pp. 168-169.

Los primeros intentos colonizadores no tardaron en llegar y, para la década de 1820, la recién fundada *American Society for Colonizing the Free People of Color in the United States* ya había puesto en marcha la conocida campaña de *Retorno a África*, una estrategia de liberación que, en lugar de velar por los intereses de la negritud, fue empleada únicamente como pretexto para repatriar a Liberia a gran parte de aquellos molestos miles de afroamericanos libres. Sin embargo, los libertos, pese a la infatigable insistencia de los sectores blancos, vagamente veían en África una oportunidad de promoción, siendo incluso más beneficioso el devenir proporcionado por la condición esclava, por lo que, para 1830, el proyecto colonizador habría fracasado de forma muy sonora, siendo abandonado por completo tras el estallido de la Guerra de Secesión⁶².

Durante el periodo *ante bellum*, el abolicionismo se había convertido en la bandera definitoria del pujante norte industrial, mientras que, por el contrario, el arcaico sur estadounidense abrazaba imperiosamente la esclavitud en un intento desesperado por salvaguardar los intereses comerciales de un modelo agrario profundamente estancado. El delicado equilibrio sociopolítico de los Estados Unidos pendía de un fino hilo tejido por las estipulaciones recogidas en el *Compromiso de Missouri* de 1820, mediante el cual se regulaba la incorporación equitativa de los nuevos Estados en la Unión, de forma que, simultáneamente, ingresasen uno esclavista y otro no esclavista. El discurso abolicionista, por ende, había acabado por polarizar la opinión pública de la sociedad norteamericana, consolidando una sólida escisión territorial que, gradualmente, fue dando forma a las futuras fuerzas de la Unión y de la Confederación⁶³.

Entretanto, hacia 1822, Denmark Versey, un afroamericano libre de Charleston (Carolina del Sur), había logrado atraer la atención de varios esclavos de la región para iniciar una nueva revuelta negra, un trágico episodio que, pese a no haber detonado abiertamente, se saldó con el asesinato de casi medio centenar de esclavos negros y la represión, ya fuera mediante arresto o exilio, de otros doscientos. El malestar de la población esclava era evidente, lo que se tradujo directamente en un aumento exponencial de los episodios de agitación que, para este momento, contaban con el apoyo incondicional de los negros libres y, en menor medida, de la minoría de hombres blancos vinculados al incipiente movimiento abolicionista

⁶² DRAPER, Theodore, *El nacionalismo negro en los Estados Unidos*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, pp. 9-19.

⁶³ OÑATE, Alfonso, "El Sur de los Estados Unidos: Desde la esclavitud hasta la lucha por los Derechos Civiles", en *Trocadero*, 16 (2004), pp. 288-289.

norteamericano⁶⁴. La tensión social iba *in crescendo* y llegó a su clímax en la década de 1830, en la que la esclavitud se posicionó, junto a los derechos de la mujer, la cruzada contra el alcohol y las reformas educativo-sanitarias, en uno de los principales puntos reformistas del gobierno estadounidense. Es cierto que el abolicionismo norteamericano cuestionaba peligrosamente los pilares básicos sobre los que se asentaba el sistema sureño, pero también es cierto que no era partidario de una integración social inmediata de la población de color. El racismo era, y aún hoy en día es, una característica estructural de la América más primitiva y su erradicación definitiva precisaba, y aun actualmente requiere, de magnos esfuerzos sociales y políticos que permitieran combatir el prejuicio racial y la desigualdad de oportunidades, dos elementos que históricamente han obstaculizado el desarrollo vital del individuo afroamericano.

En los Estados del norte, la esclavitud había ido desapareciendo gradualmente desde 1780, aunque bajo unas condiciones tan sumamente ambiguas que, presumiblemente, envolvían a la población negra en un complejo proceso de transición hacia la servidumbre. Sea como fuere, los acelerados cambios sociales que tímidamente se habían ido introduciendo a lo largo de la década de 1830 posibilitaron el adentramiento de los antiguos esclavos en las comunidades libres de las ciudades septentrionales, lo que, inevitablemente, despertó el recelo de los blancos del Norte, quienes veían en los primeros una angustiosa competencia laboral. El exacerbado nerviosismo social era insostenible y, durante las tres décadas siguientes, cristalizó en forma de violentos disturbios urbanos que sumergieron a ciudades como Providence, Cincinnati, Ohio, Detroit, Michigan, Nueva York o Filadelfia en una auténtica espiral de odio racial⁶⁵.

La represión de las enfurecidas muchedumbres blancas fue especialmente representativa en espacios como Providence o Cincinnati, en los que la población negra fue totalmente expulsada viéndose obligada a huir a Canadá. No obstante, en otras ciudades del Norte como, por ejemplo, Nueva York, los negros libres emprendieron una serie de iniciativas particulares para proteger y defender los derechos y la seguridad de los afroamericanos, especialmente de aquellos esclavos huidos que, legalmente, según lo estipulado en la *Fugitive Slave Act* de 1793, cuya normativa fue posteriormente fortalecida en 1850, debían ser devueltos a sus respectivos Estados de origen. Así surge, entre otros, el *New York Oversight Committee*, un cuerpo solidario

⁶⁴ ORTIZ, *Op. Cit.*, p. 169.

⁶⁵ JENKINS, Philip, *Breve Historia de los Estados Unidos* (4ª ed.), Madrid, Alianza Editorial, 2012, pp. 148-155, 180-182.

negro de vigilancia y autodefensa colectiva que buscaba contrarrestar el profundo salvajismo urbano al que habían sucumbido las principales ciudades norteamericanas⁶⁶.

Simultáneamente, en los territorios del Sur se reactivaron las actividades conspirativas y, en agosto de 1831, Nat Turner, un predicador negro, lideró una nueva rebelión en Southampton (Virginia) que se hacía eco del clima de descontento y protesta imperante en el sur estadounidense. Turner, apodado por sus camaradas negros como “El Profeta”, logró capitanear un importante grupo insurreccional formado por setenta esclavos, los cuales, al cabo de un par de días, habían logrado acabar con la vida de alrededor de medio centenar de blancos. El pánico cundió entre la población a medida que avanzaba la rebelión, lo que, irremediablemente, propició la colaboración de las fuerzas militares de territorios colindantes como Carolina del Norte que, fugazmente, reprimieron cualquier vestigio de rebeldía mediante un asesinato indiscriminado de población negra. El conflicto se saldó con cerca de cien esclavos asesinados y, finalmente, con la ejecución pública de Turner en noviembre de 1831. La horca, una vez más, parecía ser el destino final de todos aquellos esclavos que, desde lo más profundo de su corazón, amaban la libertad por encima de su propia vida⁶⁷.

El levantamiento de Turner desencadenó un efecto contagio y, pronto, comenzaron a surgir distintos síntomas de agitación esclava en los territorios sureños, trasladando el terror insurreccional a gran parte de la órbita territorial virginiana. Este episodio, por tanto, representó el endurecimiento de los mecanismos represivos sur estadounidenses -supresión de la tolerancia religiosa y de la libertad de reunión de los esclavos- y supuso la recuperación de los estruendosamente fracasados esfuerzos colonizadores africanos que, de nuevo, sucumbirían a la negativa voluntad del negro afroamericano⁶⁸. No obstante, para 1847, algunos de los negros que, a regañadientes habían decidido formar parte del obsoleto proyecto de la Sociedad Colonizadora Norteamericana, lograron, con auténticas dificultades, organizarse en la emergente República de Liberia, dotándose de una constitución que, para sorpresa de muchos, imitaba al modelo estadounidense⁶⁹.

⁶⁶ MIXON, Gregory, “«Merecemos un tratamiento mejor»: Auge y caída de las milicias negras en el hemisferio occidental durante el s. XIX”, en *Boletín Americanista*, 68 (2014), pp. 62-65.

⁶⁷ ORTIZ, *Op. Cit.*, p. 170.

⁶⁸ APTHEKER, *Op. Cit.*, pp. 321-343.

⁶⁹ MORISON, Samuel, COMMAGER, Henry y LEUCHTENBURG, William, *Breve historia de los Estados Unidos* (4ª ed.), México DF, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 273.

En el Norte, cada vez eran más los hombres y mujeres blancos que simpatizaban con las ideas de la ética abolicionista, llegando, incluso, a formar parte de algunas iniciativas antiesclavistas que, en cierto modo, ponían en jaque los intereses del anquilosado modelo esclavista defendido por sus compatriotas sureños. Como ya hemos advertido, la prensa desempeñaba un papel fundamental en la difusión ideológica de los principios abolicionistas, por lo que, siguiendo este criterio, William Lloyd Garrison, un reputado blanco antiesclavista, creó, en 1831, el periódico *The Liberator*, un organismo informativo que, entre otras cosas, buscaba denunciar algunos de los aspectos más tenebrosos de la realidad esclava. Esta propuesta contó con una gran aceptación social entre los abolicionistas, garantizándose el apoyo, entre otros, de una de las más influyentes personalidades afroamericanas de la época como es la de Frederick Douglass; aunque en el Sur no corrió la misma suerte y, en el mejor de los casos, Garrison tuvo que lidiar con aquellas voces que, de forma constante, le acusaban de instigar a los esclavos hacia la rebelión⁷⁰.

Otro de los proyectos de liberación emprendidos por los abolicionistas norteamericanos fue el conocido *Underground Railroad*, un sistema solidario de apoyo a los esclavos huidos que, entre 1810 y 1850, posibilitó la liberación de más de cuarenta mil esclavos fugitivos. Entre sus “conductoras” más afamadas encontramos a Harriet Tubman, una ex esclava afroamericana que había escapado, en repetidas ocasiones, de las plantaciones algodoneras sureñas y que, durante sus años de actividad, orientó a alrededor de trescientos esclavos negros por la senda de la libertad; un arduo camino que concluía con la llegada a las prometedoras tierras canadienses⁷¹.

Ahora bien, si hablamos de blancos partidarios de la lucha esclava, ninguno sobresale más que el martirizado John Brown, un genuino militante del abolicionismo norteamericano que, un siglo más tarde, sería recuperado por el discurso radicalista del activista afroamericano Malcolm X. Brown, al igual que gran parte de los futuros nacionalistas negros, era partidario de la *acción violenta* como el único mecanismo capaz de romper las cadenas de la esclavitud y, siguiendo esta convicción organizó, en 1859, un pequeño pelotón abolicionista que atentó frontalmente contra la represiva autoridad esclavista blanca de Virginia con el tradicional objetivo de establecer un Estado negro independiente en los montes Apalaches para, desde allí,

⁷⁰ MIEDER, Wolfgang, “La Regla de Oro y la Persuasión Moral. La lucha proverbial de Frederick Douglass por los derechos humanos”, en *Paremia*, 13 (2004), pp. 21, 24, 28.

⁷¹ MORISON, COMMAGER y LEUCHTENBURG, *Op. Cit.*, pp. 274-275; ORTIZ, *Op. Cit.*, pp. 171-172.

emprender una incesante guerra de guerrillas contra la esclavitud. Así, en octubre de ese mismo año, Brown, junto a un regimiento multiétnico compuesto por dieciocho hombres, emprendió una campaña insurgente en Harpers Ferry, donde asesinó al alcalde y apresó a distintos dirigentes del poblado. Finalmente, como de costumbre, las fuerzas esclavistas acudieron al auxilio de los blancos autoritarios para sofocar la rebelión y, tras un rápido enjuiciamiento, Brown, considerado como un traidor a la patria, fue condenado a muerte, siendo ahorcado en el mes de diciembre⁷².

La alarma secesionista que, a priori, había estallado en la década de 1850 precipitó un incremento abrumador de los levantamientos esclavos y, tras la sutil victoria presidencial del republicano Abraham Lincoln en las disputadas elecciones de 1860, algunos estados esclavistas, presos del pánico ante la muy posible desaparición de la esclavitud, decretaron su desvinculación de la Unión; el desequilibrio sociopolítico de los Estados Unidos de América se hizo evidente y la guerra parecía el único vehículo capaz de apagar las llamas que, de forma desenfadada, amenazaban con destruir la integridad de la nación.

A lo largo de su historia, el pueblo afroamericano había mostrado una firme oposición frente todos aquellos intentos que insistían, de forma deliberada, en apartarlos de la que hoy era su tierra natal y, ahora, debían tomar parte en el asunto para reivindicar su muy probable, aunque incierto, futuro dentro de la ciudadanía norteamericana. De este modo, siguiendo el modelo alumbrado por John Brown, la guerra de guerrillas se posicionará como uno de los mecanismos más recurrentes de la lucha esclava, una práctica especialmente imperante durante la pugna secesionista que, a través de una magnífica actividad incendiaria y bandoleril, asolará las principales ciudades esclavistas sureñas, sembrando el caos entre la población y dejando tras de sí una aparentemente interminable estela de violencia.

La desaparición definitiva de la esclavitud en los territorios del Norte durante la década de 1830 había permitido a los afroamericanos gozar de una mayor participación en el entramado político y económico de la Unión, pero la voluntad de los abolicionistas iba más allá y, en 1863, Lincoln, haciendo gala de su indiscutible autoridad federal, liberó *de facto* a los cerca de cuatro millones de esclavos sureños, quienes, en principio, desde el 1 de enero, gracias a la famosísima *Emancipation Proclamation*, habían logrado sacudirse el yugo de la esclavitud⁷³. Esta medida

⁷² Ibidem, pp. 316-317; APTHEKER, *Op. Cit.*, pp. 386-387.

⁷³ GRUNSTEIN, Arturo, "Segregación y discriminación: el nacimiento de Jim Crow en el sur de los Estados Unidos", en *El Cotidiano*, 134 (2005), pp. 96-97.

fue contemplada por los esclavos negros como el gran gesto esperanzador, la chipa que serviría de detonante para que, durante los dos años siguientes, brindasen su apoyo incondicional a la causa abolicionista encabezada por el republicanismo lincolniano. La *Proclama*, rechazaba unilateralmente la institución de la esclavitud, pero no abogaba por una convivencia racial colaborativa, sino que, más bien, defendía, ante todo, la total integridad de la Unión frente al clamor continuado de las alertas secesionistas.

Sin lugar a dudas, el líder afroamericano por antonomasia durante este periodo será el Dr. Martin R. Delany. Delany, considerado por muchos como el padre del nacionalismo negro, era un sabio conocedor de la terrible situación a la que se veían sometidos todos aquellos millones de esclavos afroamericanos y, ya durante las décadas previas el conflicto secesionista, había desempeñado un papel protagonista en la lucha abolicionista al colaborar con Frederick Douglass en la edición del renombrado periódico antiesclavista afroamericano *North Star*, que, desde 1846, denunciaba, sin ambages, las despiadadas atrocidades cometidas por los hacendados sureños en el decadente clima de la plantación algodonera. Esta labor había conferido a Delany una apreciable popularidad entre sus homólogos y, pronto, pasó a posicionarse como una de las piezas clave de la escena reivindicativa decimonónica orquestada por la labor de las Convenciones Nacionales Negras⁷⁴.

Desde un principio, Delany se había mostrado especialmente crítico con la labor colonizadora emprendida por la *American Colonization Society*, y, pese a que condenaba rotundamente la repatriación de los negros americanos al continente africano, no se mostraba muy disconforme con las teorías emigracionistas que sugerían el desplazamiento de las masas afroamericanas hacia puntos geográficos alternativos como, por ejemplo, América Central y del Sur, Haití o Canadá, aunque esta última solo de forma provisional, puesto que consideraba que, tarde o temprano, acabaría sucumbiendo al dominio estadounidense. No fueron pocas las veces que Delany hizo referencia a la naturaleza sumamente racista de los Estados Unidos y al problema que esto suponía para la negritud, ajena a las leyes y privilegios políticos férreamente defendidos por el norteamericanismo blanco; y, bajo este convencimiento, en 1854, se refirió a sus compatriotas negros reunidos en la Convención de Cleveland de la siguiente manera:

El principal problema al que nos enfrentamos los afroamericanos no es a una cuestión de ricos contra pobres, ni de la gente común contra las clases más altas; sino a una cuestión de blancos

⁷⁴ PINKNEY, Alphonso, *Red, black and green: Black Nationalism in the United States*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 23-24.

contra negros, puesto que, cualquier persona blanca, por derecho legal, se considera superior a cualquier persona negra o de color.⁷⁵

De este modo, Delany denunciaba el profundo abandono político-institucional al que se veían sometidos los negros estadounidenses y, en su defecto, propugnaba nuevas fórmulas de desarrollo personal vinculadas al emigracionismo, una práctica que, *lato sensu*, marcará el devenir de la historia afroamericana durante el siglo XX. No obstante, la actitud migrante adoptada por Delany cuenta con una serie de matices importantes que, bajo ningún concepto, deben confundirse con el rechazo del norteamericanismo afroamericano. Es más, para Delany, pues así lo muestra en su libro *The Condition, Elevation, Emigration and Destiny of the Colored People of the United States* (1852), los negros son norteamericanos por nacimiento y, por ello, garantes de unos derechos inalienables de ciudadanía que jamás podrían ser anulados.

Nuestro país común son los Estados Unidos. Aquí nacimos, aquí crecimos y nos educamos, aquí están las escenas de la infancia, los gratos recuerdos de nuestros días escolares, los amados gozos de nuestras relaciones domésticas y hogareñas y las tumbas sagradas de nuestros padres, y no seremos expulsados de aquí por ninguna política que pueda idearse contra nosotros. [...] Somos norteamericanos con derecho a la ciudadanía por nacimiento... aspiraciones naturales sobre el país... comunes a todos los demás de nuestros conciudadanos... con derechos naturales que pueden ser obstaculizados en virtud de leyes injustas, pero que nunca podrán anularse. [...] Amamos a nuestra patria, la amamos tiernamente; pero ella no nos ama... nos desprecia, nos pide que nos vayamos, nos aleja de sus brazos...⁷⁶

Durante el primer periodo de su liderazgo, Delany irá adoptando, de forma gradual, una postura más moderada con respecto al emigracionismo africano y, bajo el lema *África para los africanos*, desarrollará un escueto proyecto expeditivo centrado en la costa oriental africana con el objetivo de establecer, a futuro, un Estado negro independiente. Sin embargo, tras el estallido de la Guerra Civil en 1861, Delany abandonará momentáneamente las estrategias migratorias para tomar parte en la pugna bélica, concebida por los negros norteamericanos como la gran esperanza de liberación. Su idea principal era la de formar una unidad militar estrictamente negra que luchase junto al ejército de la Unión bajo la denominación de “cuerpo de África”, pero no será hasta el final de la guerra, en 1865, cuando se le presente la ocasión para materializar su propuesta. En este contexto surgirá la 104 Tropa de Color de los Estados Unidos, una brigada militar compuesta por cerca de 40 000 negros que, junto a las tácticas de desgaste bélico ejecutadas por las guerrillas esclavas, contribuirá de forma notoria, no sólo a engrosar

⁷⁵Citado en Ibidem, p. 25.

⁷⁶ Citado en DRAPER, *Op. Cit.*, p. 30.

las filas militares del ejército abolicionista de la Unión, sino también a desequilibrar las anquilosadas fuerzas esclavistas de la Confederación⁷⁷.

Con el ocaso del conflicto, y ante la muy probable victoria del abolicionismo, comenzaron a surgir diversos organismos encargados de velar por los intereses de los negros liberados. Entre ellos el más importante fue la Agencia de Libertos o *Freedman's Bureau*, una entidad filantrópica que, entre 1865 y 1870, colaboró estrechamente con los esclavos liberados promoviendo, de forma activa, la defensa de los intereses políticos, económicos y educativos de los afroamericanos. Esta iniciativa también contó con el apoyo y la participación de Delany, quien había abandonado su originaria ideología emigracionista para luchar en favor de los Derechos Civiles de los negros en los Estados Unidos, una lucha librada a la luz de las enmiendas constitucionales cuyo objetivo final era la conquista de la igualdad social⁷⁸.

Todo conflicto bélico es heredero de un gran cambio. La Guerra de Secesión, uno de los conflictos más sangrientos del siglo XIX, no fue una excepción y, tras la victoria de las fuerzas de la Unión en 1865, logró posicionar a los Estados Unidos como el legítimo heredero de una joven tradición abolicionista que, de forma inmediata, había decretado el fin definitivo de la esclavitud mediante la promulgación de la 13ª Enmienda Constitucional, dando paso a un nuevo periodo histórico conocido como la *Reconstrucción* que, mayormente, se caracterizará por el acusado intervencionismo de los antiguos territorios confederados por parte de la tropas federales.

Ahora bien, hablar del final de la esclavitud en un territorio con una arraigada experiencia esclavista implica, necesariamente, referirse a la violenta resistencia blanca frente a los constantes esfuerzos de los nuevos afroamericanos libres por ejercer su poder, su total autonomía y, en definitiva, por granjearse una legítima posición en el seno de la ciudadanía norteamericana. Desde luego, a esta labor no ayudaba en absoluto el sorpresivo asesinato de Abraham Lincoln en 1865 y, menos aún, el acceso de un confiado racista como Andrew Johnson a la presidencia de los Estados Unidos. De este modo, tras la Guerra de Secesión, pese a la indiscutible victoria de las tropas de la Unión, la violencia racista no tardaría en apoderarse de algunos de los principales enclaves sureños, desencadenando un conjunto de coléricos disturbios raciales que, entre 1865 y 1866, atormentaron las ciudades de Norfolk, Nueva

⁷⁷ Ibidem, pp. 38-40.

⁷⁸ Ídem.

Orleans, Luisiana o Memphis, donde la violencia contra la comunidad negra alcanzó cotas demasiado insostenibles como para poder ser evitada⁷⁹.

En gran parte, muchos de estos disturbios estuvieron motivados por el creciente miedo de la población blanca que, desde este preciso momento, había visto peligrar su superioridad étnico-social y su preeminencia en el entramado político en favor de los negros. Los racistas blancos defendían imperiosamente su legítimo derecho a gobernar y, para ello, pues así había sido hasta entonces, no dudaron en emplear la acción violenta para perpetrar sus intereses. Las tensiones se agudizaron en el momento en el que la cuestión del sufragio negro entró en la escena política estadounidense. En este sentido, los afroamericanos, al menos según lo defendido por Delany, constituían una novedosa y vigorosa fuerza de la vida norteamericana que, durante la Guerra de Secesión, había demostrado su más que excepcional capacidad de determinación y, tarde o temprano, estos pasarían a formar parte activa de la vida política de la nación para, de algún modo, influir en el desarrollo futuro de los Estados Unidos: “Lo que se hace necesario ahora, pues, para asegurar y perpetuar la Unión, argüía, es simplemente los *derechos de ciudadanía* y el reconocimiento de la *igualdad política* de negros y blancos en todas sus relaciones como ciudadanos norteamericanos”⁸⁰.

En definitiva, la libertad sin igualdad había sido un elemento indisoluble de la herencia secesionista e, irremediablemente, había condicionado el futuro de aquellos negros que, durante décadas, se habían entregado en cuerpo y alma a la causa antiesclavista. Lamentablemente, la capacidad de promoción del individuo negro dependía, como hasta entonces, de la voluntad de un individuo blanco que, cuanto menos, veía en la negritud un prejuicio de inferioridad que, sin duda, alimentaba un profundo racismo fámelico que, a lo largo de los tiempos, ha sido, es y será el principal motor de perpetración de la jerarquía racial definidora del *establishment* norteamericano. Esta realidad es perfectamente rastreable desde los momentos previos a la abolición y puede verse plasmada en las sobrecogedoras palabras enunciadas por el liberto afroamericano Thomas Hall que, en cierto modo, preludiaban el futuro segregacionista en el que se verían sumergidos los negros americanos tras obtener su libertad.

Lincoln se llevó las alabanzas por liberarnos, pero ¿lo hizo? Nos dio la libertad sin darnos ninguna oportunidad de vivir por nuestros medios y todavía teníamos que depender del blanco sureño para

⁷⁹ MIXON, *Op. Cit.*, p. 66.

⁸⁰ Citado en DRAPER, *Op. Cit.*, p. 41.

nuestro trabajo, nuestra comida y nuestra ropa, y nos mantuvo según su necesidad y deseo en un estado de servilismo que apenas era mejor que la esclavitud.⁸¹

En efecto, el final de la guerra había dejado en los Estados Unidos alrededor de cuatro millones de negros libres, en su mayor parte analfabetos, con una carencia total y absoluta de experiencia en la vida pública, por lo que su participación en las estructuras sociopolíticas de la época se veía severamente limitada, al menos en un primer momento, por el amargo legado cultural cedido por la esclavitud. Así pues, el abolicionismo había desamparado al negro norteamericano, quien, ausente de cualquier medio de subsistencia, simplemente había conservado su fuerza de trabajo como principal motor de promoción vital. Para este momento, la mano de obra negra gozaba de una magnífica competitividad monetaria y, rápidamente, comenzó a copar los principales complejos industriales de las ciudades del Norte. Allí, al igual que en las ciudades del sur, los negros liberados tuvieron que hacer frente al racismo y la discriminación de las gentes blancas, quienes veían peligrar sus intereses económicos a causa de los bajos salarios atribuidos a los trabajadores negros. De forma sutil, el prejuicio racial fue consolidando una actitud segregacionista, fundamentada, como hasta ahora, en la inferioridad y el odio hacia el negro, que, como bien había dicho Hall, mantuvo al individuo afroamericano en un estado de servilismo y docilidad, un estado que, al igual que la esclavitud, se encontraba sostenido por el ejercicio de la violencia y la represión racial⁸².

Sin duda alguna, hasta este momento el emigracionismo había sido la fantasía blanca por excelencia para con el futuro de la negritud ya que, al igual que los defensores del incipiente nacionalismo negro, los blancos norteamericanos no creían que la convivencia multiétnica fuese posible dentro de la sociedad estadounidense. Sin embargo, tras la victoria de las fuerzas abolicionistas, algunos de los teóricos antiesclavistas más notables se hicieron eco del exacerbado optimismo reinante durante el periodo reconstruccionista y, en consecuencia, comenzaron a emerger nuevas teorías sociales que apostaban por la integración de las poblaciones de color en la esfera social de los Estados Unidos.

El máximo exponente de este tipo de planteamientos asimilativos fue Frederick Douglass, un activista negro de largo recorrido que, durante las décadas previas al conflicto secesionista, había ejercido un papel destacado como portavoz de los intereses abolicionistas.

⁸¹ Citado en ZINN, *Op. Cit.*, p. 147.

⁸² GORLIER, Claudio, *Historia de los negros de los Estados Unidos*, Madrid, Ediciones Iberoamericanas, 1968, pp. 65-66.

Douglass era contrario al separatismo social defendido por el supremacismo consuetudinario y, en su defecto, rechazaba los planteamientos emigracionistas tradicionales, sea cual fuere su destino, para defender el integracionismo social alegando que los afroamericanos eran un producto derivado del propio desarrollo histórico de los Estados Unidos.

La tierra natal del negro americano es América. Sus huesos, sus músculos, sus tendones, son todos americanos. Sus antepasados durante doscientos setenta años han vivido, trabajado y muerto en suelo estadounidense, y millones de su posteridad han heredado sangre caucásica. Es pertinente, por tanto, preguntar, en vista de esta mezcla, así como en vista de otros hechos, a dónde van a ir las personas de este mestizo, pues sus antepasados son blancos y negros, y será difícil encontrar su tierra natal en cualquier lugar fuera de los Estados Unidos.⁸³

A fin de cuentas, Douglass planteaba que la emigración y el segregacionismo eran conceptos contrarios al propio progreso histórico y que estos simplemente constituían mecanismos coercitivos destinados a preservar el *statu quo* racial impidiendo, en consecuencia, el progreso y desarrollo pleno de la población de color. Durante la *Reconstrucción*, Douglass mostró una seria preocupación por aquellas cuestiones relacionadas con la vulneración de los Derechos Civiles de los estadounidenses negros y, como método de presión, emprendió una serie de iniciativas a favor del voto negro, el único elemento capaz de poner punto y final a la arraigada tradición esclavista norteamericana.

La cuestión del voto negro comulgaba, como hemos visto, con el concepto de *igualdad pública* promovido por Delany. La *igualdad pública* abogaba por el reconocimiento de los derechos civiles y políticos de la comunidad negra, al tiempo que reclamaba el libre acceso de los afroamericanos a las principales instalaciones públicas del Estado⁸⁴. Este tipo de demandas igualitarias chocaban de forma directa con los intereses conservadores de los supremacistas blancos, especialmente en los territorios del sur, lo que degeneraría en una tensión social insostenible que, finalmente, acabaría por desatar una incontrollable ola de violencia racial contra la población afroamericana.

Un ejemplo de este tipo de comportamientos abusivos fue el *linchamiento*, una práctica postesclavista tolerada y de carácter ilegal que entregaba las vidas de miles de negros norteamericanos a muchedumbres racistas profundamente enfurecidas para, mediante el empleo de la violencia, reiterar su carácter infrahumano y su necesaria subyugación a la

⁸³ Citado en SUNDSTORM, Ronald, "Frederick Douglass", en Zalta, Edward (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Stanford University, 2017, disponible en <https://plato.stanford.edu/entries/frederick-douglass/>. el 11 de junio de 2021.

⁸⁴ DRAPER, *Op. Cit.*, p. 44-45.

voluntad del hombre blanco. La popularización de esta práctica fue especialmente intensa durante el periodo segregacionista y, en prácticamente la totalidad de los casos, suponía la tortura y el apaleamiento de los supuestos sospechosos afroamericanos hasta la muerte. El racismo, una vez más, vertebraba un sistema profundamente segregacionista que, pese a dotar a los negros afroamericanos de su ansiada libertad, relegaba a las personas de color a la condición de ciudadanos de segunda clase para, así, a través de políticas discriminatorias fundamentadas en la restricción del derecho de sufragio o la limitación en el acceso a la vivienda, al empleo o a la educación, perpetuar aquella hegemonía sociopolítica que tradicionalmente había definido la pertenencia al sector dominante blanco⁸⁵.

4. DE LA RECONSTRUCCIÓN O SEGUNDA REVOLUCIÓN NORTEAMERICANA AL SISTEMA DE *JIM CROW* (1865-1920). EL «VERANO ROJO DE 1919»

El impacto demográfico de la Guerra de Secesión fue más que evidente, saldándose con un total de 620 000 muertes a las que, más tarde, habría que sumar unos ingentes daños materiales que terminaron por arruinar el floreciente apogeo económico de las décadas precedentes. En general, tanto en el Norte como en el Sur, el final de la guerra trajo consigo cuantiosas pérdidas económicas derivadas de la destrucción de los centros industriales y ferroviarios norteamericanos y, por supuesto, de la desaparición de la que, hasta entonces, había sido la fuerza de trabajo sureña por excelencia, el esclavo negro. Ciertamente, la abolición de la esclavitud había sido el precio a pagar para la perpetuación de la unidad nacional, una unidad que, a partir de este momento, abandonó progresivamente su marcada pluralidad para, al menos en la teoría, priorizar el fortalecimiento del poder federal⁸⁶.

Este es el contexto en el que se inicia el periodo histórico conocido como *Reconstrucción*, una etapa de frenética actividad político-legislativa cuyo principal protagonista fue el negro norteamericano. Como ya se ha insistido con especial atención, en la práctica, la 13ª Enmienda Constitucional de los Estados Unidos tan sólo había abolido la esclavitud de forma nominal, puesto que, tan pronto como la medida alcanzó rango constitucional, los abatidos estados de la vieja Confederación comenzaron a revisar los antiguos *Slave Codes*, aquellos mecanismos legales que habían permitido la institucionalización de la práctica esclava y que, mayormente, habían sido empleados como el modelo de represión por antonomasia para,

⁸⁵ DAVIS, Ángela, *Democracia de la abolición. Prisiones, racismo y violencia*, Madrid, Editorial Trotta, 2016, pp. 40-43.

⁸⁶ JENKINS, *Op. Cit.*, pp. 205-207.

entre otras cosas, prevenir la mezcolanza étnica mediante la prohibición del matrimonio interracial; garantizar la supremacía blanca en la vida pública a través del rechazo unilateral al voto negro; restringir la hipotéticamente sagradas libertades de movimiento y reunión o, finalmente, garantizar una serie de privilegios raciales exclusivos para blancos como, por ejemplo, el acceso a los cargos públicos del Estado y el derecho a portar armas⁸⁷.

El resultado de este reexamen fue la implantación de los aberrantes *Black Codes*, una serie de iniciativas legales que, al igual que los anteriores, aspiraban, o, mejor dicho, lograron regular inequívocamente la conducta vital de todos aquellos negros que recientemente habían alcanzado la libertad. Estos nuevos *Codes*, inspirados por el prejuicio racial latente durante las centurias precedentes, concedían a los afroamericanos un limitado derecho a la propiedad privada y legalizaban los enlaces matrimoniales, pero, a cambio, ilegalizaban comportamientos como el vagabundaje, la holgazanería, el incumplimiento de las responsabilidades laborales u ocupacionales, la posesión de armas de fuego o los gestos ofensivos⁸⁸. La situación se vio agudizada por el establecimiento de un polémico toque de queda que ponía de manifiesto la exasperada racialización de la legalidad, hasta el punto de que, el cumplimiento este tipo de obligaciones, no solo quedaba restringido a las personas de origen negro, sino que, realmente, los afroamericanos eran los únicos penalizados ante una posible infracción.

El final de la pugna secesionista, por tanto, no supuso el final de la represión de la comunidad negra, es más, probablemente la empeoró. Sí, en efecto la empeoró ya que, si durante la esclavitud los derechos y privilegios sociales se encontraban asociados al *status* de persona libre, a partir de este momento, su disfrute dependía exclusivamente de la designación directa de una clase hegemónica blanca que, resentida tras su derrota en la guerra, veía en la segregación el primordial camino a seguir para el mantenimiento del *statu quo* racial⁸⁹. Los *Black Codes*, en definitiva, fueron el paso previo al segregacionismo, y su finalidad no era más que la de suplir la carencia de mano de obra gratuita que había acompañado al final de la anquilosada esclavocracia.

Es por ello que los *Black Codes* afectaron indistintamente a todos los negros que residían en el Sur, independientemente de si estos eran ex esclavos o libertos, por lo que su

⁸⁷ MAESTRO, Javier, “«El dilema norteamericano». De la esclavitud a la institucionalización de la discriminación racial”, en *Studia Histórica: Historia contemporánea*, 26 (2008), p. 56.

⁸⁸ DAVIS, *Op Cit.*, p. 45.

⁸⁹ HIGGINBOTHAM, Michael, *Ghosts of Jim Crow. Ending Racism in Post-Racial America*, New York, New York University Press, 2013, pp. 37-38.

discriminación sociopolítica no se veía derivada de su anterior condición esclava, sino que, por el contrario, respondía a connotaciones puramente raciales vinculadas a los rasgos fisiológicos de los infractores. El prejuicio racial, en definitiva, jugó, y aún juega, un papel fundamental en la convencional relación negritud-criminalidad y, durante los años posteriores a la guerra, contribuyó a consolidar un aparato carcelario fundamentado en criterios raciales que reesclavizó a la población negra convirtiéndola en parte capital de un emergente sistema de trabajo no remunerado conocido con el nombre de *sistema de arrendamiento de convictos*⁹⁰.

Al día siguiente de la Emancipación, las cárceles meridionales vieron cómo se llenaban de población negra de la noche a la mañana, cuando «miles de ex esclavos fueron detenidos, juzgados y condenados por actos que antes se había encargado de castigar sólo el amo» y por negarse a comportarse como siervos y a seguir las reglas degradantes del código de conducta racial. Poco después, los antiguos Estados confederados introdujeron el «arrendamiento de presidiarios», en respuesta al pánico moral ante la «delincuencia negra» [*Negro crime*], que ofrecía la doble ventaja de generar fondos ingentes para las arcas del Estado y de proveer abundante mano de obra coaccionada para labrar los campos, construir los diques, poner las vías ferroviarias, limpiar los pantanos y cavar en las minas de la región en condiciones homicidas.⁹¹

El aparato arrendatario procesal se valía de una de las excepciones recogidas en la 13ª Enmienda Constitucional, por la que se rechazaba cualquier tipo de esclavitud o servidumbre involuntaria, “*salvo como castigo por un delito*, por el cual la parte haya sido debidamente condenada”⁹². Este agujero legal fue despiadadamente explotado por los defensores de los *Black Codes*, quienes de forma astuta se atribuyeron un nuevo punto a favor aferrándose a la constitucionalidad de la controvertida servidumbre penal. Pronto, el imaginario blanco norteamericano formó un sólido vínculo de parentesco que conectaba al negro con la delincuencia y, por ende, con la cárcel, consolidando un añejado prejuicio racial que todavía pervive en nuestros días.

En contrapartida, como habíamos avanzado con anterioridad, las triunfantes fuerzas abolicionistas apostaron por una política paternalista de ocupación territorial cuyo objetivo final fue la reincorporación gradual de los Estados secesionistas a la Unión. Así, entre 1865 y 1877, los antiguos territorios confederados se vieron bruscamente intervenidos por las fuerzas militares del gobierno federal. En un principio, este intervencionismo, más que imponer su férrea autoridad, buscaba armonizar los intereses sociopolíticos de la comunidad afroamericana en los espacios sureños, entornos sumamente racistas que, como ya hemos visto, se negaban en

⁹⁰ Ibidem, pp. 63-64.

⁹¹ WACQUANT, Loïc, “De la esclavitud al encarcelamiento masivo”, en *New Left Review*, 13 (2002), p. 50.

⁹² DAVIS, Angela, *Una historia de la conciencia. Ensayos escogidos*, Guadarrama, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2016, p. 219.

rotundo a integrar los nuevos artículos constitucionales que, tras el conflicto, garantizaban las libertades y los derechos políticos de la comunidad afroestadounidense⁹³.

Sin embargo, pese a la acusada reticencia de los supremacistas sureños, motivada en parte por el temor al autogobierno de la comunidad negra, el Congreso de los Estados Unidos, con una amplia mayoría republicana, logró aprobar, en 1866, la que sería la primera legislación sobre Derechos Civiles de los afroamericanos. Las leyes aprobadas en el Congreso, posteriormente elevadas a rango constitucional, contaron de antemano con el veto presidencial del demócrata Andrew Johnson, aunque esa no fue dificultad para que, finalmente, tras una larga lucha, se confiriese la ciudadanía y la igualdad ante la ley a todos los negros afroestadounidenses. Estas medidas, conocidas popularmente como Leyes de Reconstrucción o *Reconstruction Acts*, rehusaban, al menos en la teoría, de cualquier tipo de condición de inferioridad que se asemejase a la esclavitud y, sobre el papel, permitían al negro norteamericano el pleno disfrute de sus derechos civiles⁹⁴.

De este modo, la 14ª Enmienda Constitucional de los Estados Unidos, aprobada en 1868, permitía a los afroamericanos disfrutar, al menos en la teoría, de todos los derechos y privilegios derivados de la ciudadanía norteamericana. Poco después, en 1870, la 15ª Enmienda garantizaba el derecho al voto de los hombres negros y, expresamente, prohibía cualquier tipo de discriminación al derecho de sufragio por razones de raza, color o anterior condición de servidumbre. Así, a partir de 1867, la constante negativa ofrecida por los Estados sureños a la hora de incorporar la nueva legislación en sus respectivas constituciones estatales, suscitó el reforzamiento de la autoridad militar federal que, de ahora en adelante, intervendría de forma directa en la vida política sureña, supervisando, por ejemplo, el sistema de participación electoral para, entre otras cosas, fomentar el voto negro⁹⁵.

La *Reconstrucción* parecía avecinar un profundo cambio social que, durante décadas, había sido limitado por la colisión ideológica entre los partidarios y los detractores de los Derechos Civiles de los afroamericanos. *Ab initio*, cualquier tipo de alteración social con respecto a la comunidad negra había degenerado en violentos disturbios y enfrentamientos entre

⁹³ PITA, Federico, “Del movimiento por los derechos civiles al New Jim Crow”, en *Huellas de Estados Unidos. Estudios y debates desde América Latina*, 2016, disponible en http://www.huellasdeeu.com/ediciones/EJ_150_50/06_FedericoPita_p62-74.pdf. Consultado el 25 de mayo de 2021, pp. 62-63.

⁹⁴ MAESTRO, *Op. Cit.*, pp. 65-67.

⁹⁵ JENKINS, *Op. Cit.*, pp. 210, 212.

blancos y negros. Ya nos habíamos referido anteriormente a las *riots* de 1866 en lugares como Memphis, donde se produjo la quema de doce iglesias afroamericanas y fueron asesinados cerca de medio centenar de negros; así como los sucesos de Nueva Orleans, en ese mismo año, donde el ataque a la comunidad negra se saldó con 35 afroamericanos asesinados y más de cien heridos⁹⁶. Con el final de la esclavitud, la colectividad negra en su conjunto se había convertido en el principal objetivo de los supremacistas sureños y, con la ampliación de sus libertades civiles, se desató un nuevo episodio de violencia racial que, irremediablemente, acabaría con la vida de miles de negros recientemente liberados.

El frenético ritmo de los acontecimientos exigía de una actividad violenta organizada que, de alguna forma, torpedease los constantes intentos de equiparación racial en el ámbito sociopolítico. Es así como, en 1866, en Tennessee, un pequeño grupo de veteranos de la Confederación sentaron las bases para la formación del *Ku Klux Klan*, una organización paramilitar extraordinariamente racista que, en su primera etapa vital, hasta 1871, atemorizó a los afroestadounidenses sureños a través de nocivas actitudes violentas entre las que se incluían, generalmente, el linchamiento, el hostigamiento, la tortura y el asesinato. La iniciativa supremacista, cuyo propósito era la intimidación de la comunidad negra, enseguida se extendió por los territorios del Sur desencadenando una espiral de violencia letal que sembró el caos en los principales enclaves sureños. Siguiendo el modelo del *Klan* emergieron nuevas organizaciones represivas como los *Knights of the White Camelia* que, junto a los primeros, constituyeron el más importante brazo armado del racismo norteamericano⁹⁷.

En efecto, el Klan era una fuerza militar que estaba al servicio de los intereses del Partido Demócrata, la clase plantadora y todos aquellos que deseaban la restauración de la supremacía blanca ... Su objetivo era revertir los cambios entrelazados que se extendieron por el Sur durante la Reconstrucción: destruir la infraestructura del Partido Republicano, socavar el estado de la Reconstrucción, restablecer el control de la fuerza laboral negra y restaurar la subordinación racial en todos los aspectos de la vida sureña.⁹⁸

Desde sus orígenes, el *Klan* luchó incansablemente para impedir el desarrollo educacional, político y económico de los negros y, aunque sus miembros tuvieron que hacer frente a la sólida resistencia del gobierno federal, ello no les impidió hacer gala de una infame espectáculo opresivo que, lentamente, fue tambaleando los frágiles pilares que sustentaban el

⁹⁶ WALLENFELDT, Jeff, "There's a Riot Goin' On: Riots in U.S. History (Part I & II)", en *Encyclopaedia Britannica*, disponible en <https://www.britannica.com/list/theres-a-riot-goin-on-riots-in-us-history-part-two>. Consultado el 17 de junio de 2021.

⁹⁷ MAESTRO, *Op. Cit.*, p. 68.

⁹⁸ HIGGINBOTHAM, *Op. Cit.*, p. 68.

equilibrio postbélico. Durante los años subsiguientes, la actividad represiva del *Ku Klux Klan* resonó con especial virulencia en zonas como Carolina del Sur, donde en 1868 la violencia racista acabó con la vida de tres legisladores republicanos negros. Más tarde, se produjeron nuevas matanzas en las regiones de Luisiana y de Texas, donde se registraron las muertes de, al menos, cinco mil negros en el periodo comprendido entre 1868 y 1870⁹⁹.

La situación era especialmente crítica y exigía una respuesta inmediata del gobierno republicano radical de Ulysses Grant que, un año más tarde, se materializó en las *Enforcement Acts* o leyes anti *Ku Klux Klan*, una especie de códigos criminales que endurecían considerablemente las penas derivadas de la coacción de los derechos de los ciudadanos afroestadounidenses¹⁰⁰. Sin embargo, pese a que la nueva legislación redujo considerablemente los incidentes racistas, no logró desarticular definitivamente al *Klan* que, para 1873, aún con la presencia de las tropas federales en los territorios sureños, protagonizó un nuevo ataque racial en Colfax (Luisiana). Allí, los miembros armados del *Klan* rodearon el Palacio de Justicia donde se encontraban reunidos algunos republicanos negros, quemaron el edificio y asesinaron a todas las personas que se encontraban en su interior¹⁰¹. La implacable actividad del *Klan* ponía en entredicho la hegemonía autoritaria del radicalismo republicano en los Estados Unidos y, tras su hipotética desaparición, el testigo fue recogido por nuevas organizaciones como la *White League* o los *Red Shirts*, movimientos revolucionarios blancos que defendían abiertamente el segregacionismo y que, al igual que las anteriores, se posicionaban bajo el amparo del Partido Demócrata.

La violencia y la represión racial poco a poco fueron mermando la influencia hegemónica del republicanismo norteamericano en los territorios del Sur y dilapidando los ininterrumpidos esfuerzos en favor de la igualdad social defendidos por el ambicioso plan reconstructor postbélico. Pese a ello, para 1870 todos los Estados secesionistas habían incorporado las distintas reformas legales a sus respectivas constituciones y, en consecuencia, el Congreso había decretado su reincorporación a la Unión. Sin embargo, desde el año anterior, territorios como Tennessee o Virginia ya se encontraban fuera de la órbita de influencia del gobierno federal; un comportamiento infeccioso que, en adelante, se expandiría por nuevos espacios sureños, de modo que, para 1877, tan solo los gobiernos estatales de Florida, Carolina

⁹⁹ JENKINS, *Op. Cit.*, p. 211.

¹⁰⁰ GRUNSTEIN, *Op. Cit.*, p. 99.

¹⁰¹ HIGGINBOTHAM, *Op. Cit.*, p. 70.

del Sur y Luisiana mantenían su fidelidad a las reformas introducidas por el plan de Reconstrucción¹⁰².

Tan solo un año más tarde del fracasado golpe de Estado liderado por la *White League* en Nueva Orleans en 1874, el gobierno de Grant y sus afines lograron aprobar una nueva *Civil Rights Act* por la que se reconocía la igualdad de raza y color en el uso de los todos servicios públicos norteamericanos. La *Reconstrucción*, al menos aparentemente, había supuesto un importante avance para los afroamericanos en la conquista de sus derechos de ciudadanía y, además, había posibilitado su introducción en las redes electorales de la época garantizado, por consiguiente, su participación en la vida política del Estado norteamericano.

Lamentablemente, esta situación de tolerancia y benevolencia no estaba destinada a perdurar en el tiempo, siendo las disputadísimas elecciones de 1876 el punto de inflexión que precipitaría el fin de la ocupación militar de los territorios sureños y la clausura de las efímeras políticas reconstruccionistas. Será pues, a partir del conocido *Compromiso* [bipartidista] *de Hayes-Tilden* de 1877 cuando se ponga punto y final a la vertiginosa *Reconstrucción*. El *Compromiso*, en suma, entregaba la presidencia de los Estados Unidos al republicano Hayes y, a cambio, dotaba a los supremacistas blancos de la autoridad necesaria para autogestionar la cuestión racial afroamericana en sus respectivos territorios¹⁰³.

La consecuencia más inmediata de este tipo de decisiones fue el inicio de un proceso de transición hacia una nueva época: la *Redención* (1877-1887), un periodo marcado por una drástica regresión de los derechos y libertades de los afroamericanos que, a buen seguro, contribuyó a la gestación de la futura legislación segregacionista *Jim Crow*. Durante estos diez años, la violencia contra el colectivo afroestadounidense se incrementó notablemente como resultado de la difusión desenfadada de la práctica del linchamiento masivo y, en la mayor parte de los casos, estuvo acompañada por una explotación económica sin igual que, a través del endeudamiento del individuo negro, garantizó, de nuevo, la continuidad del trabajo coercitivo de los ahora hombres y mujeres libres¹⁰⁴.

Las políticas reconstruccionistas no habían logrado, ni por asomo, apaciguar la enraizada mentalidad racista del americanismo blanco, y mucho menos acabar con la

¹⁰² JENKINS, *Op. Cit.*, p. 214.

¹⁰³ *Ibidem*, pp.214-215.

¹⁰⁴ GRUNSTEIN, *Op. Cit.*, pp. 100-101.

discriminación racial implícita en los inquebrantables *Black Codes* sureños que, de ahora en adelante, pasarían a convertirse en el principal elemento coordinador de las relaciones sociales entre negros y blancos. Los *Codes* atentaban abiertamente contra unos derechos civiles que, tímidamente, habían sido conquistados por los afroestadounidenses durante el periodo anterior y, nuevamente, introducían severas restricciones legales que contribuían a consolidar el segregacionismo de la población de color en los distintos aspectos de la esfera sociopolítica del ámbito sureño.

La situación se recrudeció todavía más en 1883 cuando el Tribunal Supremo invalidó la *Civil Rights Act* de 1875, lo que, gradualmente, fue privando a los afroestadounidenses, entre otras cosas, de aquel ansiado derecho al voto que tanto les había costado conseguir. De aquí en adelante, fundamentalmente en los territorios del Sur, los supremacistas blancos emprendieron imperiosos esfuerzos coercitivos para, de alguna forma, tratar de reducir al mínimo la participación electoral negra. De este modo, contrariamente a lo estipulado en las enmiendas constitucionales, el ejercicio del derecho al sufragio por parte de los negros norteamericanos implicó sortear magnas limitaciones, cuya superación dependía, por ejemplo, de la presentación de títulos de propiedad y certificados de residencia, del pago de impuestos electorales, de la carencia de antecedentes penales, de la resolución de complicadísimas pruebas de alfabetismo o, incluso, de la superación de algunos mecanismos más sofisticados como la *cláusula del abuelo*¹⁰⁵.

El veredicto del Tribunal Supremo había preparado el terreno para el establecimiento de una nueva barrera racial que permitiese distanciar socialmente a negros y blancos, aunque no asestó el golpe de gracia hasta 1896 en el caso *Plessy vs Ferguson*, cuya sentencia, de forma cuasi unánime, decretó la legitimidad constitucional de la discriminación racial defendida por los *Black Codes* y, con ello, instauró la doctrina segregacionista *separate but equal*. Este, en definitiva, es el origen del conocido como régimen de *Jim Crow*, un sistema de “códigos legales y sociales que prescribían la completa separación de las «razas» y restringían severamente las oportunidades de vida de los afroamericanos, al mismo tiempo que les ataban a los blancos

¹⁰⁵ Ibidem, p. 102. La *cláusula del abuelo* fue una disposición legal aprobada por siete Estados de la antigua Confederación entre 1895 y 1910 para dificultar el ejercicio del derecho de sufragio por parte de los ciudadanos afroamericanos. Este dispositivo constitucional únicamente permitía que votasen aquellos individuos que hubiesen disfrutado del derecho al voto con anterioridad a 1867 y, al mismo tiempo, eximía a sus descendientes directos de los requisitos limitativos recientemente promulgados. Este instrumento fue especialmente útil para reprimir el voto negro y permitió el acceso a las urnas a una importante proporción de blancos analfabetos y/o empobrecidos.

dentro de una relación de sumisión impregnante respaldada por la coacción legal y por la violencia terrorista”¹⁰⁶.

De aquí en adelante, los afroestadounidenses se vieron sometidos a la voluntad de un sistema segregacionista que, como de costumbre, coartaba gravemente sus derechos y libertades. La discriminación racial convirtió, una vez más, al sur estadounidense en un auténtico infierno para la población negra, un espacio vital donde la segregación *de iure* decretaba la completa separación física de las razas en el uso de cualquier servicio público. En este sentido, el régimen de *Jim Crow*¹⁰⁷ obligaba a los negros a recibir su educación en colegios separados, a utilizar baños y transportes exclusivos para negros, a recibir atención sanitaria en hospitales de personal negro y a rezar en iglesias solo para negros. La teoría de la superioridad blanca iba mucho más allá e, incluso, transgredía los umbrales de la muerte al decretar el enterramiento de los individuos negros en cementerios racialmente segregados¹⁰⁸.

El perverso deterioro de la situación sociopolítica de los afroamericanos en los Estados sureños era cada vez más evidente, lo que, unido a la creciente escasez de mano de obra derivada del estallido de la Primera Guerra Mundial, motivó el desarrollo forzoso de una densa actividad migratoria orientada, como siempre, hacia los prósperos núcleos urbanos industriales del Norte. Como hemos visto, el éxodo negro ya había sido una práctica recurrente durante el final de la Guerra de Secesión, pero, sin duda, no será hasta este momento cuando alcance su mayor grado de esplendor. De este modo, entre 1890 y 1920 se documentan indicios de una creciente actividad migratoria negra cuyos destinos predilectos fueron las ciudades de Detroit, Chicago, Filadelfia, Nueva York, Boston, Minneapolis, St. Louis o Cleveland; entre ellas, algunos enclaves urbanos que, poco después del final del conflicto, se convertirían en el escenario central de una serie de sangrientos disturbios raciales desarrollados durante el denominado *bienio rojo* (1919-1921)¹⁰⁹.

El clima de bonanza que se respiraba en los núcleos fabriles norteamericanos suscitó la llegada de nuevos contingentes de afroestadounidenses procedentes del ámbito agrario sureño. Así, la definida como *The Great Black Migration*, o simplemente como el Gran Éxodo, arrojó, entre

¹⁰⁶ WACQUANT, *Op. Cit.*, p. 43.

¹⁰⁷ El régimen represivo de *Jim Crow* adquiere su nombre del espectáculo caricaturesco *Jump Jim Crow*, una composición teatral interpretada por Thomas Dartmouth en la que se trataba de imitar, a través del canto y la danza, los gestos de un esclavo negro con discapacidad física en un intento de ridiculizar la imagen estereotípica del colectivo afroamericano.

¹⁰⁸ Ídem.

¹⁰⁹ MAESTRO, *Op. Cit.*, p. 70-71.

1915 y 1970, con menor intensidad durante la Gran Depresión y con un despegue ineluctable durante y tras la Segunda Guerra Mundial, alrededor de siete millones de negros a los espacios productivos del Norte, donde, principalmente, aspiraban a disfrutar de mejores oportunidades laborales que en el Sur y, aún más importante, de una cierta autonomía social e igualdad política de la que, sistemáticamente, habían sido privados¹¹⁰.

Las ciudades norteamericanas ofrecían al negro mejores oportunidades educativas, empleos mejor pagados y viviendas asequibles y, además, contaban con medidas segregacionistas mucho más relajadas que, incluso, reconocían el derecho al voto, un elemento que proporcionaba al afroamericano un nuevo rol en la política nacional y que distaba, en demasía, de la posición absentista a la que había sido inducido por la represión sureña. Este aspecto, en definitiva, contribuyó a engendrar una nueva generación de carismáticos líderes negros que, durante años, lucharon incansablemente a favor de los derechos de ciudadanía de los afroestadounidenses¹¹¹.

Tras la Primera Guerra Mundial, los continuos flujos migratorios, no solo los de carácter interno, sino también los externos, con una importancia manifiesta de la inmigración europea, fomentaron la jerarquización del espacio urbano de las metrópolis industriales septentrionales promoviendo el hacinamiento de los distintos grupos étnicos en barrios marginales y dando paso a un nuevo periodo discriminatorio conocido popularmente como *Era del gueto*¹¹². En sentido amplio, el *gueto* se identifica como un espacio superpoblado y desatendido que, demonizado a causa de la delincuencia, la ruina y la enfermedad, ha constituido el principal mecanismo de dominación étnico-racial para la preservación del *statu quo* desde 1915 hasta nuestros días. Estos entornos, generalmente conflictivos, limitan seriamente las oportunidades de promoción de colectivos profundamente estigmatizados y contribuyen a alimentar el insaciable prejuicio racial que nutre al voraz racismo estadounidense.

Durante la Gran Guerra al menos 380 000 soldados afroamericanos lucharon en el extranjero, siempre por supuesto en pelotones segregados, por hacer del mundo un lugar más seguro para la libertad y la democracia, valores que suscitaron, necesariamente un cambio en

¹¹⁰ BOUSTAN, Leah, "The Great Black Migration: Opportunity and competition in northern labor markets", en *Focus*, 1 (2015), pp. 24-25.

¹¹¹ CREW, Spencer, "The Great Migration of Afro-Americans, 1915-1940", en *Monthly Labor Review*, 110 (1987), pp. 34-36.

¹¹² DEGLER, Carl, *Historia de Estados Unidos. El desarrollo de una nación (1860-1985)*, Barcelona, Ariel, 1986, pp. 69-76.

la conciencia del negro estadounidense. El *New Negro*, proveído de un orgullo patrio a causa de la triunfante victoria americana en el conflicto internacional, estaba convencido de que ahora debía hacerse respetar en los EE. UU. y, en consecuencia, pasó a adoptar una posición más crítica con respecto al segregacionismo, rechazando su condición de ciudadano de segunda clase y luchando, de forma activa, por el reconocimiento y la inviolabilidad de sus derechos como pleno ciudadano norteamericano¹¹³.

El ambiente reinante durante los años de la posguerra era, cuanto menos, turbulento: los soldados americanos regresaban a casa y, ahora, se enfrentaban a un mercado laboral incierto caracterizado por el aceleradísimo desplome de la industria bélica; al mismo tiempo, los negros se mostraban confusos ante el desconocimiento de su nuevo *status* social; las mujeres, por su parte, luchaban ferozmente por el derecho al sufragio -obtenido finalmente en 1920 gracias a la 19ª Enmienda Constitucional- y los obreros, cada vez más empobrecidos, recurrían a la huelga para obtener aumentos salariales y distintos réditos económicos. Todos estos aspectos, unidos a la nueva actitud del negro y a su cada vez mayor presencia en los centros industriales nortños, acrecentaron las tensiones raciales y económicas en los Estados Unidos e, indudablemente, contribuyeron a desatar la feroz ola de violencia interracial escenificada durante los sucesos del *Red Summer* de 1919¹¹⁴.

El término *Red Summer* hace referencia al conjunto de linchamientos y disturbios raciales (*race riots*) que tuvieron lugar, tanto en los Estados del norte como en los del sur, entre los meses de abril y diciembre del año 1919, aunque algunos autores prologan este acontecimiento hasta 1921, llegando a su cénit con la gran masacre racista de Tulsa. En general, la diferencia fundamental entre las *race riots* y otras formas de violencia colectiva radica en que, las primeras, siempre implican un asalto violento e indiscriminado sobre personas y propiedades simplemente por razones étnico-raciales, mientras que, los linchamientos, por ejemplo, orientan la violencia hacia un individuo en particular y, en la mayor parte de los casos, aunque también pueden esconder alguna connotación racial, constituyen una respuesta colectiva frente a un acto específico, más o menos verídico, desarrollado por la víctima¹¹⁵.

¹¹³ NEENO, Timothy, "Red Summer, United States, 1919", en Ness, Immanuel (ed.), *The International Encyclopedia of Revolution and Protest. 1500 to present*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2009, p. 2822.

¹¹⁴ SCHAIBLE, Matthew, "The War At Home: Race Violence in the Red Summer of 1919", en *Michigan Journal History*, 8 (2012), disponible en <https://michiganjournalhistory.files.wordpress.com/2014/02/schaible.pdf> Consultado el 10 de enero de 2021.

¹¹⁵ LIEBERSON, Stanley y SILVERMAN, Arnold, "The Precipitants and Underlying Conditions of Race Riots", en *American Sociological Review*, 30(1965), pp. 887-898.

Ya durante el periodo *ante bellum*, los linchamientos se habían cobrado anualmente la vida de, al menos, cien afroamericanos en los Estados Unidos, especialmente en el Sur, donde gran parte de los blancos recurrían a la ofensa y a la falsa acusación para, de algún modo, justificar el legítimo ejercicio de la violencia racial durante estos incidentes. La periodicidad de los linchamientos era cada vez más preocupante y su intensificación durante la primera mitad del siglo XX no parecía augurar nada bueno. Muchos de estos ataques tumultuosos lideraron la actividad racista de las coléricas muchedumbres supremacistas en las *riots* que sacudieron las ciudades de Springfield (1904 y 1908) y East St. Louis (1917), lo que tarde o temprano acabaría por desatar la respuesta defensiva de la población negra.

El odio racial había alcanzado cotas anteriormente insospechables e, inevitablemente, durante el verano de 1919, explotó de forma violenta sembrando el caos en algunos de los principales centros urbanos y rurales del territorio norteamericano. De este modo, bajo la denominación *Red Summer* se incluyen un total de veinticinco disturbios raciales y setenta y seis linchamientos promovidos por multitudes de agitadores blancos que, a través del ejercicio de la violencia racista, trataron de someter nuevamente a la población negra para reafirmar una supremacía étnico-racial que, de forma casi imperceptible, en especial tras el final de la Primera Guerra Mundial, había sido puesta en entredicho. Algunos de estos disturbios no gozaron de una repercusión importante y, prácticamente, fueron sofocados pocas horas más tarde, pero otros, sin embargo, manifestaron una agresividad y destrucción tan brutales que, durante días, mantuvieron inmovilizadas algunas de las principales urbes estadounidenses, tales como Washington DC o Chicago, entre otras.

La primera gran *riot* del verano rojo se produjo el 13 de abril de 1919 en el Condado de Jenkins (Georgia) después de que Joe Ruffin, un distinguido terrateniente negro, se viese envuelto en una disputa con dos policías blancos y acabase recibiendo un disparo casi mortal en la cabeza. El incidente se produjo cuando Ruffin se ofreció a pagar la fianza de su amigo Edmund Scott, quien había sido detenido por, supuestamente, haber portado un arma no registrada en su vehículo personal. La negativa de los policías degeneró en una pequeña discusión que, rápidamente, evolucionó hacia un conflicto mayor donde las armas se convirtieron en las verdaderas protagonistas. Ruffin fue disparado por uno de los oficiales cerca de la Iglesia bautista negra de Carswell Grove, donde se encontraban reunidos un amplio número de afroamericanos para conmemorar el aniversario de la institución.

Al escuchar el tiroteo, sus dos hijos, que se encontraban en el interior de la Iglesia, inmediatamente acudieron al lugar de los hechos y, según algunos rumores, guiados por un fuerte sentimiento de impotencia, arremetieron contra los agresivos policías con una sucesión de disparos que no encontraron objetivo. El rumbo de los acontecimientos había permitido que Ruffin, muy malherido, lograra escapar y, posteriormente, junto a sus hijos, acudió aceleradamente a refugiarse en su domicilio. Desgraciadamente la noticia había corrido como la pólvora por el Condado, lo que había motivado a los supremacistas blancos para tomar represalias. De este modo, tan solo unas horas más tarde de los sucesos, una gran turba blanca se aproximó hacia la residencia de Ruffin, secuestró a sus dos hijos y, finalmente, se dirigió, de nuevo, a la Iglesia de Carswell Grove, uno de los símbolos más representativos de la comunidad negra local. Una vez allí, la muchedumbre blanca prendió fuego al edificio y, enseguida, arrojó los cuerpos de los hijos de Ruffin a las llamas.

Este dramático acontecimiento despertó la reacción de los negros locales, quienes previamente se encontraban refugiados en sus hogares ante el creciente miedo al linchamiento y, armados de valor, tomaron las calles por la fuerza. El motín racial se saldó con la muerte de siete personas, entre las que se encontraban los dos policías envueltos en la reyerta. Cuando la *race riot* llegó a su fin la justicia tomó parte en el asunto y absolvió de cualquier cargo posible a todos los blancos implicados en el desorden. Ruffin, por su parte, fue acusado de los asesinatos de los policías y, en consecuencia, fue condenado a la pena capital siendo ejecutado en 1921¹¹⁶.

Un mes más tarde un nuevo disturbio estalló en Charleston (Carolina del Sur) motivado porque, presuntamente, un hombre negro había empujado a un marine fuera de la acera. La ofensa no quedó impune y, aunque esta vez los niveles de violencia fueron más moderados, las turbas blancas saquearon copiosamente los locales comerciales de los afroamericanos e iniciaron tiroteos indiscriminados que acabaron con la vida de tres afroamericanos¹¹⁷. Sin embargo, no sería hasta el mes de julio cuando se desatasen los conflictos más sangrientos, iniciados con los aluviones de violencia de Longview (Texas) y culminados con los levantamientos racistas de Omaha (Nebraska).

¹¹⁶ KLOSOVÁ, Michaela, *The Racial Riots of the Red Summer of 1919*, Universidad de Masaryk, 2017, disponible en <https://theses.cz/id/mhiokw/>. Consultado el 15 de junio de 2021.

¹¹⁷ VOOGD, Jan, "Charleston (South Carolina) Riot of 1919", en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, pp. 92-93.

La *riot* de Longview se inició en la noche del 10 de julio de 1919, pocos días más tarde del asesinato de Lemuel Walters, un negro local que, supuestamente, había sido sorprendido en un dormitorio con una mujer blanca. Este hecho, pese a que la susodicha mujer había declarado amarle incondicionalmente, le había valido a Walters su condena a prisión, condena que no llegaría a cumplir ya que, poco tiempo después, sería encontrado muerto, en extrañas circunstancias, junto a las vías del ferrocarril. Para entonces, Longview era un brillante centro comercial e industrial que rompía con los eminentes esquemas rurales de la economía sureña. Allí, la comunidad negra gozaba de un importante peso poblacional y lideraba una industria algodonera con unos precios increíblemente competitivos que, en suma, ponían en riesgo los intereses comerciales de los operadores blancos¹¹⁸.

El recrudecimiento de las tensiones raciales era cada vez más evidente y, una vez más, acrecentaron el descontento de los sectores blancos, quienes, continuamente, se quejaban por no poder disfrutar de unos niveles de prosperidad similares a los de los negros acomodados. Cuando las noticias del caso Walters salieron a la luz, los angustiosos supremacistas blancos vieron en él el pretexto necesario para poner coto al fructífero desarrollo negro. Una vez que Walters fue puesto a disposición policial, una horda de blancos impotentes decidió acudir a la institución penal local, donde fueron recibidos amablemente por el Sheriff, quien, sin ningún tipo de impedimento, entregó el indefenso prisionero a la muchedumbre. A continuación, Walters fue conducido hacia las afueras de Longview, donde fue fusilado¹¹⁹.

Al día siguiente, los medios de comunicación oficiales se hicieron eco del suceso y tacharon la muerte del afroamericano de auténtico misterio. Esta historia no convenció mucho a algunos intelectuales negros de la zona, quienes estaban completamente seguros de que este constituía un nuevo episodio de violencia racial. Entre ellos se encontraba Samuel L. Jones, un colaborador del prestigioso periódico *Chicago Defender* a cuyos oídos parecía haber llegado la auténtica versión de los acontecimientos. De este modo, el afamado semanario negro publicó, poco después, un artículo en el que se relataba, con todo lujo de detalles, qué había pasado esa noche, precipitando el estallido una violencia racial generalizada que perduró a lo largo de ocho días¹²⁰.

¹¹⁸ VOOGD, Jan, "Longview (Texas) Riot of 1919", en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, p. 369.

¹¹⁹ Ibidem, p. 370.

¹²⁰ KLOSOVÁ, *Op. Cit.*

Tras conocerse los hechos, tres hombres blancos enfurecidos -dos de los cuales eran hermanos de la mujer que se encontraba junto a Walters- increparon a Jones instándole a que diese a conocer el nombre de su fuente, a lo que el autor se negó, siendo posteriormente agredido e invitado a abandonar la ciudad ante la amenaza de un muy posible linchamiento. Jones, aterrado, solicitó la protección de las autoridades municipales, pero su petición fue rechazada, lo que le llevó a buscar auxilio en la consulta de su médico, el Dr. Davis, quien también había sido amenazado. Este curó sus heridas y le ayudó a reclutar un grupo de veinticinco hombres negros que, en caso de ataque, debían estar preparados para emprender una acción de autodefensa. Las amenazas se cumplieron y, la noche del 10 de julio, una muchedumbre blanca compuesta por entre doce y quince personas acudió al domicilio de Jones para tomar represalias¹²¹.

Lo que estos no sabían es que en las inmediaciones de la vivienda había un amplio grupo de afroamericanos armados, por lo que, a su llegada, fueron sorprendidos por una tormenta de disparos que dejó un muerto y varios heridos. La turba blanca devolvió los disparos, pero finalmente pareció disiparse. La sorprendente actitud de resistencia liderada por una orgullosa comunidad de negros crispó todavía más los ánimos y, en cierto modo, suscitó el refuerzo del grupo de agitación con mil nuevos integrantes que, ahora, se encontraban proveídos de un magnífico arsenal bélico que incluía pistolas, rifles y municiones de diverso tipo. Al amanecer, la muchedumbre se dirigió de nuevo hacia la casa de Jones, esta vez encontrándola vacía, y dio paso a un espectáculo incendiario que afectó a diversas residencias de las barriadas negras. La situación era crítica y, aunque Jones y Davis habían logrado escapar de la ciudad, los ataques no habían cesado, lo que llevó a decretar la ley marcial en la totalidad del Condado de Gregg.

El alcalde había solicitado la ayuda de los Rangers y de la Guardia Nacional de Texas para sofocar la revuelta, lo que implicó, necesariamente, el desarme total de la población de Longview, incluidas las autoridades locales. Finalmente, el estado de excepción restauró el orden y, tras los disturbios, fueron arrestados setenta blancos acusados de intento de asesinato y otros nueve a los que se les imputaban incendios premeditados. Sin embargo, todos los blancos y negros implicados en la *riot* fueron absueltos, dando por finalizados los desórdenes el 18 de julio de 1919¹²².

¹²¹ NEENO, *Op. Cit.*, p. 2824.

¹²² VOOGD, Jan, "Longview (Texas) Riot of 1919", *Op. Cit.*, pp. 370-371.

Un día más tarde, la capital, Washington DC, se vio envuelta en una nueva ola de disturbios raciales motivados por la propagación de una serie de rumores relacionados con supuestos ataques sexuales perpetrados por individuos negros. Durante los últimos años, la Gran Migración había aumentado considerablemente el volumen poblacional negro de la capital estadounidense y, para 1919, una cuarta parte de sus habitantes eran de origen afroestadounidense. Este hecho generó una serie de cambios de actitud con respecto a los residentes negros y, ante el miedo a una posible pérdida de la hegemonía política blanca, desde el mes de enero, la ciudad fue incorporando algunas de las políticas del sistema *Jim Crow*. La importación del segregacionismo sureño tenía como objeto reducir la importancia del negro en el mundo laboral, así como restringir su participación política en las cuestiones relacionadas con la administración local¹²³.

Asimismo, la llegada de cientos de veteranos militares blancos desmovilizados aumentó las presiones sobre el mercado laboral -gran parte de los puestos de trabajo se encontraban en manos de ciudadanos negros, mientras que los veteranos de guerra deambulaban uniformados por las calles en busca de algo en lo que emplearse-. Evidentemente, este aspecto despertó el recelo de los ex militares, quienes ahora se veían opacados por la increíble productividad industrial generada por los afroamericanos en el contexto de la Gran Guerra. Durante los días previos al estallido del *rioting* comenzaron a circular falsos rumores que acusaban a los negros de aprovecharse sexualmente de mujeres blancas e, incluso, de forzarlas, lo que, poco a poco, había ido tensando la situación.

El clímax llegó la noche del 19 de julio de 1919, momento en el que varios centenares de soldados y marines fuera de servicio irrumpieron en una de las zonas residenciales negras para vengar a una mujer blanca a la que, supuestamente, dos negros habían increpado el día anterior. El incidente se saldó con numerosas agresiones raciales y con el destrozo de varios hogares negros, comportamientos que persistieron, de forma sucesiva, durante varias noches más. Dos noches más tarde, concretamente el 21 de julio de 1919, algunos afroamericanos, cansados de ceder, abandonaron su actitud pasiva y emprendieron una respuesta defensiva frente a los ataques de las muchedumbres blancas y contra la policía. En este sentido, una serie

¹²³ VOOGD, Jan, "Washington (D.C.) Riot of 1919", en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, p. 682.

de hombres negros se subieron a sus respectivos automóviles y condujeron durante toda la noche alrededor de la ciudad disparando indiscriminadamente a las cuadrillas blancas¹²⁴.

El caos urbano había sobrepasado las limitadas fuerzas de un cuerpo policial incapaz y restringido a, tan solo, 700 efectivos, por lo que, para poner fin a los disturbios se hizo necesaria la colaboración de mil soldados adicionales procedentes de las fuerzas militares, muchos de los cuales tomaron parte activa en la represión contra la comunidad negra. La *riot* terminó el 22 de julio y su balance final incluyó un total de cuarenta muertos y ciento cincuenta heridos, en mayor parte afroamericanos, en un episodio racial que pasaría a los anales de la historia como el *Infierno de Washington*¹²⁵.

A finales del mes de julio, la violencia interracial se había extendido a la ciudad de Chicago, donde se documentó el que, probablemente, sería el disturbio urbano más devastador y catastrófico de todo el *Red Summer*. Chicago era la segunda ciudad más grande y poblada de los Estados Unidos y, por ende, sus calles contaban con la presencia de un importante crisol de razas que hacía de la convivencia urbana un elemento particularmente delicado. En general, los distintos grupos étnicos -polacos, alemanes, irlandeses, etc.- se encontraban divididos en sus respectivos barrios marginales, barriadas superpobladas que, con las fuertes migraciones que sucedieron a la Primera Guerra Mundial, se mostraban incapaces de absorber nueva población.

La hostilidad entre los grupos de irlandeses y polacos, por un lado, y la comunidad negra, por el otro, degeneró en un fuerte conflicto por el control de la vivienda y el empleo industrial. Muchos de estos nuevos migrantes se encontraban asentados en las inmediaciones de uno de los barrios negros más importantes de la urbe, el denominado *Black Belt*, un espacio caracterizado por la precariedad y la insalubridad donde, irónicamente, el precio de los alquileres era muy superior al de los vecindarios tradicionalmente vinculados a la ocupación blanca. A todo ello, debemos sumar que, al menos desde 1915, apenas se construyeron nuevas edificaciones, lo que había hecho del acceso a la vivienda un problema de primer orden en la ciudad¹²⁶.

Chicago, uno de los centros industriales más importantes del Norte, contaba, a su vez, con una importante tradición obrera y sindical, registrando, tan solo en 1919, un total de 139

¹²⁴ Ibidem, p. 681.

¹²⁵ KLOSOVÁ, *Op. Cit.*

¹²⁶ STOLZ, Claudia, "Chicago (Illinois) Riot of 1919", en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, p. 103.

huelgas que, en repetidas ocasiones, paralizaron momentáneamente la producción fabril del enclave norteño. Este aspecto también generaba severos roces con la comunidad afrodescendiente puesto que, los negros, deseosos de mejorar su *status* social, y ante todo atemorizados por el miedo a perder su empleo, se posicionaron como auténticos rompehuelgas. Es por ello que, con anterioridad al *Red Summer*, ya en 1905, la ciudad de Chicago había presenciado múltiples conflictos laborales que enfrentaron a los sindicalistas blancos contra los esquiroles afroamericanos¹²⁷.

La tensión racial en el ámbito urbano de Chicago iba en aumento y, un mes antes del estallido de la *race riot*, los jóvenes obreros blancos, quienes se habían negado a trabajar salvo que los negros fuesen despedidos u obligados a afiliarse al sindicato, organizaron pequeñas bandas de represión conocidas con el nombre de *athletic clubs*. Estas bandas, formadas mayormente por descendientes de irlandeses, emprendieron una importante actividad represiva durante los momentos previos al disturbio, golpeando y disparando a los trabajadores negros desde las ventanas de sus automóviles. La actividad de estas bandas no se limitó a la represión laboral, sino que, además, incluyó una serie de bombardeos que, de forma indiscriminada, atentaron contra las viviendas de los afroamericanos y contra las de todo aquel blanco que, de alguna forma, hubiese brindado al negro la posibilidad de adquirir un nuevo inmueble¹²⁸.

Todos estos acontecimientos generaron el perfecto caldo de cultivo para que, el 27 de julio de 1919, estallase un virulento disturbio racial que acabó por convertir a la ciudad de Chicago en un campo de batalla mucho más peligroso que el de la reciente guerra. El detonante de los sucesos fue el asesinato de Eugene Williams, un adolescente afroamericano que, ese mismo día, se encontraba, junto a algunos de sus amigos, navegando en una balsa por la playa segregada del Lago Michigan. Los jóvenes afroamericanos no se habían percatado de que, durante su travesía, habían sobrepasado la línea de color que consuetudinariamente había dividido las zonas de baño de blancos y negros, a lo que un enfurecido racista blanco, George Stauber, quien anteriormente había tenido un conflicto con otro grupo de negros, respondió de forma violenta arrojándoles piedras y botellas, con tan mala suerte de que, una de ellas, impactó en la cabella del pequeño Williams, sacándole de la embarcación y provocando su posterior ahogamiento¹²⁹.

¹²⁷ SCHAIBLE, *Op. Cit.*

¹²⁸ STOLZ, *Op. Cit.*, pp. 104-105; KLOSOVÁ, *Op. Cit.*

¹²⁹ SANDBURG, Carl, *The Chicago Race Riots*, New York, HBH, 1919, pp. 1-4.

Al poco tiempo, algunos oficiales de policía acudieron al lugar de los hechos, entre ellos Daniel Callahan, quien, haciendo caso omiso a las declaraciones de los testigos negros, no solo no arrestó al clarísimo culpable, sino que, para colmo, también impidió a sus compañeros negros que lo arrestasen. La versión de los acontecimientos había mutado rápidamente y, en cuestión de minutos, se había difundido por la ciudad el falso rumor de que un hombre blanco había sido ahogado a manos de un hombre negro. La tensión social era ya insostenible. De este modo, poco después, dos grupos, uno formado por blancos y otro por negros, se reunieron en la playa desatando una auténtica batalla campal. Una vez allí, James Crawford, un hombre negro angustiado ante la inoperancia del cuerpo policial, disparó su arma contra un grupo de policías, hiriendo a uno de ellos, a lo que estos respondieron devolviendo el fuego y acabando con la vida del afroamericano. La *riot* acababa de comenzar ¹³⁰.

Esa misma noche, los *athletic clubs* patrullaron las calles golpeando, apuñalando e, incluso, disparando indiscriminadamente a multitudes de negros; la violencia racista se había apoderado totalmente del entorno urbano, por lo que no tardaría en llegar a las barriadas negras del *Black Belt*. Aquí, las turbas blancas tuvieron que hacer frente a la resistencia negra, lo que acentuó todavía más la peligrosidad del conflicto. La situación estaba completamente descontrolada, el *Black Belt* se encontraba en llamas y los elevadísimos niveles de violencia urbana habían sobrepasado, al igual que en Washington, la capacidad policial para contener la revuelta. Una vez más, se decretó la ley marcial y se solicitó el apoyo del ejército para poner fin a las hostilidades, lo que precipitó la llegada de 6 000 voluntarios de la Guardia Nacional, un hecho que, provisionalmente, permitió restaurar el orden en la ciudad. Sin embargo, el 2 de agosto las tensiones se reanudaron y muchedumbres de supremacistas blancos volvieron a atentar contra las viviendas de los afroamericanos. Hubo que esperar hasta el día 8 de agosto para que las fuerzas militares pudiesen sofocar los disturbios y retirarse de Chicago. La *riot* de Chicago había concluido ese mismo día dejando tras de sí un total de 38 muertos, 537 heridos y más de mil afroamericanos sin hogar. Los daños materiales y humanos habían sido significativos, por lo que la ciudad tardaría algunos años más en recuperarse de la situación¹³¹.

Más tarde, el 30 de agosto de 1919, Knoxville, una ciudad que había servido fielmente a los intereses republicanos tras la Guerra Civil, se unió al resto de poblaciones norteamericanas en una nueva *race riot* que, ahora sí, fue sofocada con rapidez. Los disturbios de Knoxville

¹³⁰ KLOSOVÁ, *Op. Cit.*

¹³¹ NEENO, *Op. Cit.*, p. 2823; STOLZ, *Op. Cit.*, pp. 100-101.

estuvieron relacionados con la muerte de una mujer blanca, Bertie Lindsey, quien estaba siendo cuidada por una de sus sobrinas, Ora Smyth, siendo su casa asaltada por un intruso que, de forma fugaz, robó su bolso y escapó de la vivienda. Ora huyó desconsolada hacia el domicilio de uno de los policías de su vecindario, desde donde se dio el aviso a las fuerzas del orden. Cuando la policía llegó al lugar del crimen, se encontró una muchedumbre blanca rabiosa que había acudido allí para tomar represalias. El chivo expiatorio de todo este asunto fue Maurice Mays, un hombre negro vinculado familiarmente con el alcalde de la ciudad, quien inmediatamente fue puesto a disposición policial¹³².

Durante años, Mays había desempeñado un papel crucial en la canalización del voto negro en Knoxville y, ahora, se encontraba entre los barrotes de la prisión. La posibilidad de que un negro hubiese tomado parte en el asesinato de una mujer blanca no gustó mucho a los sectores más racistas y, tan pronto como Mays fue encarcelado, una multitud de blancos acudió en su busca a la prisión del condado. Así, una turba compuesta por cinco mil blancos locales marchó hacia las instalaciones carcelarias, derribó las puertas de la prisión y se abrió paso por la fuerza a través de la cárcel, saqueando todo lo que encontraba a su paso y liberando a todos y cada uno de los prisioneros blancos. Lamentablemente, no encontraron a Mays, por lo que, finalmente, proyectaron su descontento sobre el resto de la comunidad negra.

Los rumores sobre un posible ataque hacia los afroamericanos circularon aceleradamente por las calles de Knoxville, por lo que los negros se armaron para hacer frente a una posible invasión. Ese mismo día por la noche, uno de los distritos negros más importantes de la ciudad se vio inmerso en una incesante balacera que, según los medios oficiales, se saldó con dos muertes, un hombre blanco y otro negro, aunque algunos testigos presenciales llegaron a contabilizar hasta veinticinco asesinatos. El orden fue restaurado al día siguiente, dando por finalizada la *riot* el 31 de agosto y, aunque no existía ninguna prueba fehacientemente incriminatoria, Mays fue condenado finalmente a la silla eléctrica, siendo ejecutado en 1922¹³³.

Un caso similar fue el que envolvió a Omaha en una nueva ola de disturbios. Aquí, unos días antes del estallido de la *riot*, una joven mujer blanca había denunciado ante la policía el ataque de un individuo negro, una acusación polémica que se zanjó con el arresto de Will Brown. De nuevo, al igual que en el caso anterior, una vez que las muchedumbres blancas

¹³² COLLINS, Ann, "Knoxville (Tennessee) Riot of 1919", en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, pp. 346-347.

¹³³ *Ibidem*, p. 348.

fueron conscientes de los acontecimientos, se desplazaron hacia el Palacio de Justicia, donde se encontraba Brown, y prendieron fuego al edificio dejando atrapados al Sheriff y a múltiples empleados y prisioneros. La policía no pudo hacer nada por proteger a Brown, quien, finalmente, fue entregado a la turba para que, posteriormente, una vez linchado, mutilado y quemado, exhibiese su cuerpo calcinado por las calles de la ciudad¹³⁴.

En el mes de septiembre el torrente racial arribó a la localidad de Elaine, un pequeño pueblo del Estado de Arkansas con una amplia concentración de población afrodescendiente. En Elaine, gran parte de los miembros de la comunidad negra estaban ocupados en la aparcería, una actividad que no reportaba grandes beneficios y cuyo sistema resultaba francamente desventajoso para los trabajadores negros. Estos, profundamente intimidados ante las continuas amenazas de linchamiento por parte de los patronos blancos y ante los diversos disturbios raciales que habían estallado a lo largo y ancho del país, se mostraban incapaces de ofrecer una resistencia laboral aislada, por lo que decidieron sindicalizarse. En general, los negros tenían serios problemas a la hora de conseguir acuerdos justos para el precio del algodón, siendo esta la principal causa de su enorme endeudamiento, así que, para remediar esta situación, fundaron el *Progressive Farmers and Household Union of America*, un sindicato de granjeros y temporeros afroamericanos que buscaba mejorar sus precarias condiciones laborales y que, inevitablemente acabaría por recrudecer las ya de por sí tensas relaciones interraciales, precipitando el estallido de una de las matanzas negras más aterradoras de la historia norteamericana¹³⁵.

La pesadilla comenzó el 30 de septiembre de 1919, momento en el que el fundador del sindicato, Robert L. Hill, propuso a los miembros del mismo llevar a cabo una reunión en Hoop Spur, una iglesia cercana, donde discutirían acerca de la coordinación de sus demandas salariales. Los acontecimientos estaban emprendiendo rumbo peligroso y, en consecuencia, los campesinos negros habían comenzado a armarse, lo que no gustó en demasía dentro de la comunidad blanca que, poco a poco, fue considerando la posibilidad de una hipotética rebelión negra. En suma, la reunión sindical fue concebida por los patronos blancos como una auténtica

¹³⁴ NEENO, *Op. Cit.*, p. 2824.

¹³⁵ ROGERS JR., Oscar Allan, "The Elaine Race Riots of 1919", en *The Arkansas Historical Quarterly*, 2 (1960), pp. 142-147; WILLIAMS, Lee, *Anatomy of Four Race Riots. Racial conflict in Knoxville, Elaine, Tulsa and Chicago, 1919-1921*, United States, University Press of Mississippi, 1972, pp. 38-39.

conspiración agraria y, rápidamente, se iniciaron un conjunto de actividades represivas para impedir los frutos del encuentro¹³⁶.

Como se había acordado, los negros sindicalistas habían acudido a la Iglesia de Hoop Spur, donde contaron con la presencia de una histérica turba blanca a la que, poco después, se uniría el Sheriff del Condado, Charles Pratt, a quien le fue negada la entrada a la reunión. Los intentos por torpedear el encuentro eran francamente insistentes, lo que lentamente fue crispando los ánimos de los supremacistas blancos, quienes liberaron una serie de disparos. La escena parecía indicar que el Sheriff Pratt había muerto a manos de W.A. Adkins, un campesino negro que, aun estando herido, había logrado escapar. Los agricultores negros alegaron en su defensa que los blancos habían disparado primero, pero, como siempre, nadie estaría dispuesto a creer esta versión de los hechos¹³⁷.

Al día siguiente por la mañana, la prensa local plasmó los sucesos de forma sesgada y contribuyó a difundir lo que, para algunos, era un secreto a voces, es decir, que la muerte del Sheriff Pratt había sido consecuencia directa de una insurrección negra. De este modo, una muchedumbre blanca armada, compuesta por entre 500 y 1 000 personas, se desplazó hacia Elaine para tomarse la revancha, donde gozarían del apoyo de algunas fuerzas militares que habían sido enviadas a esta localidad en auxilio de los patronos e, incluso, del apoyo de las escasas fuerzas policiales presentes en la región. La comunidad afroamericana trató de defenderse con todas sus fuerzas, pero nada tenía que hacer contra aquel semejante ejército genocida que, finalmente, acabó con la vida de más de doscientos hombres, mujeres y niños negros. La *matanza de Elaine*, recordada con morriña por los supremacistas blancos, finalizó el 4 de octubre de 1919 con un total de entre 200 y 856 muertes, a las que hay que sumar las vidas de los 122 negros represaliados por instigar a la agitación, quienes, en última instancia fueron condenados y ejecutados en la silla eléctrica¹³⁸.

Este había sido el final agónico del *Red Summer*, y aunque en algunas regiones de Pennsylvania, Indiana, Luisiana u Ohio las *riots* se prolongaron hasta diciembre de 1919, ninguna alcanzó un grado de aniquilación que se asemejase al de las turbas populares de

¹³⁶ BENGOCHEA, Soledad, “Bienio rojo de EE. UU. La matanza de Elaine en 1919”, en *Conversaciones sobre Historia*, 6 de junio de 2020, disponible en <https://conversacionsobrehistoria.info/2020/06/28/bienio-rojo-de-ee-uu-i-los-martires-de-elaine-en-1919/> Consultado el 25 de abril de 2021.

¹³⁷ ROGERS JR., *Op. Cit.*, p. 148.

¹³⁸ BENGOCHEA, *Op. Cit.*

Elaine¹³⁹; unas turbas cuya traumática represión atestiguaba la supervivencia del prejuicio racial norteamericano, un concepto que parecía haber sido opacado, en parte, por los crecientes intereses bélicos derivados del conflicto mundial. El *Red Summer*, en definitiva, evidenció el claro cambio de actitud que había experimentado el negro tras la guerra, abandonando su actitud aparentemente inofensiva para, de ahora en adelante, adoptar nuevas estrategias de autodefensa frente al racismo estadounidense¹⁴⁰.

Sin embargo, la conclusión del sangriento verano del 19 no había supuesto el cese definitivo de las hostilidades y, para 1921, la próspera comunidad negra de la ciudad de Tulsa (Oklahoma) tuvo que hacer frente a un nuevo envite de violencia racial. Los disturbios comenzaron el 31 de mayo, cuando Dick Rowland, un hombre negro, fue acusado de atacar a una mujer blanca en un hotel. La policía no tardó en apresarse al supuesto agresor y, a medida que los exagerados rumores circulaban por las calles, fue formándose una colérica turba de blancos que clamaba por la muerte de Rowland. Los negros, temerosos ante un inminente linchamiento, decidieron refugiarse en el distrito de Greenwood, un exitoso espacio comercial conocido como el “Wall Street Negro”, donde se prepararon para la defensa. Todo el distrito fue arrasado, quemado y saqueado; más de 300 negros perdieron la vida en los disturbios y cerca de 1 200 se vieron privados de su hogar. Nadie fue juzgado por los hechos¹⁴¹.

5. LA ODISEA POR LA IGUALDAD. EL ACTIVISMO AFROAMERICANO DURANTE LA REVOLUCIÓN POR LOS DERECHOS CIVILES (1920 – 1965)

Entretanto, el paulatino establecimiento del segregacionismo *de iure* en los territorios sureños a partir de 1896 había truncado todos los esfuerzos reconstruccionistas en lo referente al derecho de sufragio de los negros, una batalla legislativa emprendida por los sectores blancos que había fracasado de forma significativa. Tras esta derrota, el negro estadounidense decidió emprender su propia campaña de liberación aferrándose a la lucha por el disfrute sus derechos educativos. La educación, como elemento represivo de control intelectual, había sido vetada por completo a los antiguos esclavos, por lo que, una vez liberados, los negros mostraron un

¹³⁹ VOOGD, Jan, *Race Riots & Resistance. The Red Summer of 1919*, New York, Peter Lang, 2008, pp. 62-65.

¹⁴⁰ MORENO, Hernán Rodrigo, “Las dos naciones, el abandono y la tensión racial. Una mirada sociológica sobre la segregación de la población negra en los Estados Unidos”, en *Hic Rhodus*, 18 (2020), p. 54.

¹⁴¹ DÍEZ, Beatriz, “Masacre de Tulsa: qué ocurrió en la oculta matanza del “Wall Street negro”, uno de los peores crímenes racistas en la historia de EE. UU.”, en *BBC*, 19 de junio de 2020, disponible en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-53073126>. Consultado el 16 de junio de 2021; BROPHY, Alfred, *Reconstructing the dreamland. The Tulsa Riot of 1921. Race, reparations and reconciliation*, New York, Oxford University Press, 2002, pp. 24-63.

creciente interés en la instrucción académica, por ver en ella una victoria simbólica definitiva de su nuevo *status* social.

A esta labor, desde 1865, había contribuido notablemente la *Agencia de Libertos*, pero tras su desaparición unos años más tarde, los Estados sureños, profundamente empobrecidos a causa de la derrota bélica, se vieron incapaces de mantener un sistema educativo segregado, dual y costoso que, realmente, no les reportaba ningún tipo de beneficio. Llegados a este punto, ante la ausencia de financiación, fueron las instituciones religiosas y las sociedades filantrópicas las encargadas de reforzar los tambaleantes pilares económicos sobre los que se asentaban las *Black Schools*, proporcionando a los negros un espacio autónomo en el que fraguar una conciencia étnica y de clase que, en cierto modo, permitió la creación de un conjunto de rasgos identitarios e intereses comunes definitorios de la comunidad¹⁴².

En esta dinámica educativa destacan, fundamentalmente, dos figuras negras: Booker T. Washington y W.E.B. DuBois; quienes, más allá de representar dos enfoques educativos contrapuestos, identificaban sus planteamientos instructivos como “dos estrategias de lucha de un pueblo oprimido, dos programas políticos encaminados a la conquista de un futuro difícil e incierto”¹⁴³. El prestigioso Washington, por su parte, decidió adoptar una postura más moderada y acomodacionista, una filosofía que encantó a la comunidad blanca. La estrategia washingtoniana defendía la condición de inferioridad del hombre negro y, en consecuencia, propugnaba que su bienestar social y político únicamente era posible mediante la obtención de la prosperidad material y de la independencia económica. De este modo, el proyecto educativo de Washington brindaba al negro una educación rural profesionalizante que le dotaba de las capacidades necesarias para ocupar empleos en el campo y en las artesanías y, al mismo tiempo, reconocía el segregacionista sur de los Estados Unidos como su espacio de desarrollo natural. Los resultados del proyecto, aunque cuestionables, fueron evidentes y, para el año 1900, el analfabetismo estaba prácticamente erradicado en la antigua Confederación¹⁴⁴.

W.E.B. DuBois, en cambio, se oponía al programa de educación técnica, conciliación con el Sur y silencio con respecto a los derechos civiles y políticos elaborado por Washington

¹⁴² TORRES GUTIÉRREZ, Alejandro, *Minorías y multiculturalidad en los Estados Unidos de Norteamérica*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2002, pp. 156-157; QUINTERO, Pablo, “Etnicidad, proletarización y luchas sociales en el proceso de escolarización de los afroamericanos en Estados Unidos (1865-1965)”, en *Gazeta de Antropología*, 24 (2008), pp. 4-5.

¹⁴³ RODRÍGUEZ VARELA, José, “Algunos textos de Washington y DuBois: dos filosofías de la educación”, en *Analecta Malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras*, 4 (1981), p. 41.

¹⁴⁴ MORISON, COMMAGER y LEUCHTENBURG, *Op. Cit.*, pp. 586-587; GORLIER, *Op. Cit.*, pp. 105-108.

y, en su lugar, apostaba enérgicamente por la reivindicación del derecho al voto, la igualdad cívica y la adecuación educativa de las juventudes afroamericanas a propósito de sus habilidades¹⁴⁵. Esta concepción representaba el ala más radicalista y revolucionaria de la negritud estadounidense y se posicionaba como una defensora acérrima de la educación superior universitaria, el único elemento capaz de combatir aquel enraizado prejuicio de inferioridad intelectual que durante años había perseguido al colectivo negro y de garantizar una cierta participación de este último en la vida nacional.

La rápida difusión del mensaje acomodacionista de Washington había desactivado por completo la lucha en favor de los Derechos Civiles de los negros, generalizando una actitud conformista que ponía en riesgo los intereses del ala radicalista. Es por ello que, ante este peligro inminente, en 1909, DuBois y sus seguidores decidieron dar un paso al frente fundando la que, probablemente, sea la organización negra más longeva e influyente de todos los tiempos, la *National Association for the Advancement of Colored People* (NAACP), una asociación que aún perdura en la actualidad y que, de ahora en adelante, lideraría la batalla legal del colectivo afro en materia de discriminación racial. Los primeros éxitos jurídicos de la NAACP no tardaron en llegar y, para 1915, ya habían logrado anular las *cláusulas del abuelo* en algunas constituciones estatales. Tan solo dos años más tarde, se apuntaron un nuevo tanto en la ciudad de Louisville (Kentucky) donde consiguieron revocar una serie de medidas legales que imponían la segregación residencial¹⁴⁶.

La NAACP también desarrolló una labor particularmente importante durante los sucesos del *Red Summer* participando, por ejemplo, en la defensa de algunos de los negros inmiscuidos en los disturbios de Elaine. Así, para 1923, el cuerpo de abogados de la NAACP representó a un total de setenta y nueve afroamericanos, algunos directamente sentenciados a muerte, y a través de su persuasiva oratoria lograron que todos y cada uno de ellos saliesen impunes. Sin embargo, el gran crac del 29 y la posterior Depresión mermaron drásticamente los esfuerzos asociacionistas de este colectivo, manteniendo la batalla legal por los Derechos Civiles prácticamente muerta hasta la entrada en la década de los 40¹⁴⁷.

¹⁴⁵ BOSCH, Aurora, “La educación como campo de batalla: la desegregación escolar en Estados Unidos (1954-1980)”, en *Educació i Història*, 34 (2019), pp. 71-72.

¹⁴⁶ MAESTRO, *Op. Cit.*, pp. 72-73; MORISON, COMMAGER, y LEUCHTENBURG, *Op. Cit.*, p. 588; GORLIER, *Op. Cit.*, pp. 114-118.

¹⁴⁷ DEL CAMPO, Salustiano y DÍEZ, Juan, “El negro americano”, en *Revista de Estudios Políticos*, 120 (1961), pp. 201-202.

El éxito de las campañas jurídicas encabezadas por la NAACP había sido evidente, pero la concepción emigracionista duboisiana que ante el posible fracaso de la lucha por la igualdad en Norteamérica recuperaba el entorno africano como destino alternativo del negro no había gozado del mismo reconocimiento. África, como de costumbre, atraía vagamente los intereses de un *New Negro* que, desde el final de la Gran Guerra, veía en Norteamérica su principal espacio de desarrollo social, político, económico y cultural. En este contexto, comenzaron a surgir nuevos competidores intelectuales, siendo el más destacado el nacionalista africano Marcus Garvey, quien, en 1914, ya había fundado la *Universal Negro Improvement Association* (UNIA), una nueva organización negra que, tan solo cuatro años después de su formación, contaba con cerca de cuatro millones de miembros, muchos más de los que la NAACP, en sus nueve años de existencia, podía haber llegado a imaginar¹⁴⁸.

La filosofía extremista de Garvey apelaba a la unidad africana y exaltaba el orgullo racial de los negros en un intento por configurar un conjunto de señas de identidad que permitiesen combatir la discriminación norteamericana. No obstante, su proyecto rechazaba unilateralmente la posibilidad de una hipotética convivencia racial en suelo estadounidense y, por contra, aspiraba a la creación de una Gran República negro-africana por y para los negros. En pocos años, Garvey había hecho sentir al negro orgulloso de su ser y, aún más importante, orgulloso de sus orígenes africanos, pero su irrefrenable obsesión con el mantenimiento de la pureza racial negra habría supuesto el principio de su final. Esta concepción le había llevado a defender abiertamente la acción represiva del renacido *Klan* (1915), propugnando una especie de racismo a la inversa que acabaría por quebrar todos sus esfuerzos anteriores. El fenómeno del garveyismo había sido propulsado de una forma frenética durante los primeros compases de la década de 1920, pero acabaría por diluirse de forma todavía más rápida pocos años más tarde. La fantasía africanista de Garvey había fracasado, aunque quizás no del todo, ya que, como hemos mencionado, dotó a la población afrodescendiente de un valioso orgullo racial que, más tarde, inspiraría a las masas negras para tomar las calles en defensa de la igualdad de derechos y oportunidades¹⁴⁹.

Hacia la década de 1930, la cuestión negra había experimentado avances significativos gracias a las políticas intervencionistas del *New Deal*, políticas que mostraban una cierta preocupación por la situación socioeconómica del colectivo negro y que introdujeron, por

¹⁴⁸ DRAPER, *Op. Cit.*, pp. 56-59; MAESTRO, *Op. Cit.*, pp. 74-75.

¹⁴⁹ SILBERMAN, Charles, *El problema racial en Norteamérica*, México DF, Ediciones ERA, 1966, pp. 115-117.

ejemplo, mejoras educativas, ayudas económicas específicas para afroamericanos e, incluso, diversos adelantos en el ámbito político con la creación de una sección de Derechos Civiles dentro del Departamento de Justicia o el aumento de los índices de empleabilidad de los afroamericanos en la burocracia estatal. Este progreso, en suma, sentó las bases para la futura movilización en pro de los Derechos Civiles de los negro-estadounidenses y, por supuesto, tuvo una espectacular repercusión política haciendo que, por primera vez desde la Guerra de Secesión, la mayoría negra se postulase al amparo del Partido Demócrata¹⁵⁰.

El segundo punto de inflexión en la moderna lucha por la igualdad racial será la entrada de los Estados Unidos en el ambiente bélico de la Segunda Guerra Mundial, una pugna intercontinental definida por DuBois como “una guerra por la igualdad racial [...] la democracia no sólo para los blancos, sino también para los amarillos, cafés y negros”¹⁵¹. La Segunda Guerra Mundial alumbró las constantes contradicciones que existían entre el discurso democrático e igualitario estadounidense y las prácticas antidemocráticas y discriminatorias que definían su realidad social. Estos elementos fueron analizados en detalle por el economista sueco Gunnar Myrdal, quien, en 1944, en su estudio sobre las relaciones raciales norteamericanas titulado *An American Dilema. The Negro Problem and Modern Democracy*, insistió con firmeza en la creciente necesidad que los Estados Unidos tenían por superar su antagónica dicotomía democracia-racismo, un elemento que, en apariencia, había perdido totalmente su razón de ser a medida que los regímenes democráticos se imponían sobre los despiadados fascismos europeos¹⁵².

En efecto, la década de los 40´ había supuesto un nuevo avance para la lucha negra y su reflejo más evidente fue la implementación de nuevas medidas legislativas como la *Executive Order* de 1941, por la que el presidente Roosevelt prohibía la discriminación por razones de raza, color, nacionalidad o religión en los trabajos de la industria de defensa¹⁵³, o, también, la *Executive Order 9981* de 1948, por la que el presidente Truman premiaba los esfuerzos bélicos

¹⁵⁰ ACKERMAN, Bruce, *We the People III. La Revolución de los Derechos Civiles*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019, pp. 16-18; CARBONE, Valeria Lourdes, “Shall they overcome?... Ayer y hoy de Moderno Movimiento por los Derechos Civiles de los Afro-americanos en los Estados Unidos”, en *Antíteses*, 2 (2008), pp. 328-329; OÑATE, *Op. Cit.*, pp. 293-294.

¹⁵¹ Citado en MATEWS, Audrey y JEFFERSON, Renee, “Derechos civiles, Acción afirmativa y presiones contra la diversidad: una visión afroamericana”, en *El color de la tierra. Las minorías en México y Estados Unidos*, 2001, p. 116.

¹⁵² AGUILAR FERNÁNDEZ, Susana, “Contexto político y protesta: El Movimiento por los Derechos Civiles en Estados Unidos (1933-68)”, en *Revista de Estudios Políticos*, 136 (2007), pp. 22-24; BOSCH, *Op. Cit.*, pp. 74-75.

¹⁵³ BROUSSARD, Albert, “El movimiento por los derechos civiles y la lucha de los negros por la libertad, 1945-1968”, en *El color de la tierra. Las minorías en México y Estados Unidos*, 2001, pp. 100-101.

del colectivo afro-estadounidense con la “igualdad de trato y oportunidad”, y por tanto con el fin de la discriminación racial, en las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos¹⁵⁴. Estas medidas no siempre fueron asumidas de forma positiva por la población blanca, lo que, una vez más, incrementó las tensiones sociales dando lugar a nuevas *riots*.

Este nuevo ciclo de desórdenes civiles, cuya sucesión se remonta al verano de 1943, salpicó a ciudades como Los Ángeles (California) y Beaumont (Texas); pero los disturbios más violentos y destructivos fueron, sin duda, los que tuvieron lugar en ciudades como Nueva York o Detroit. Allí, al igual que en el caso del *Red Summer*, las disputas se encontraban íntimamente relacionadas con la alta demanda laboral derivada de los esfuerzos bélicos, unos esfuerzos que habían propiciado nuevos desplazamientos migratorios generando una fuerte competencia en el acceso al mercado industrial. En Detroit, la *riot* estalló después de que una reyerta interracial enfrentase a un grupo de negros con otro de migrantes blancos, extendiendo rápidamente la violencia a toda la ciudad. El episodio, que duró tres días, recordaba a lo sucedido en lugares como Chicago en 1919, y se saldó con un total de 34 muertes confirmadas, 760 heridos y alrededor de dos millones de dólares en daños a la propiedad producidos, mayormente, por los devastadores incendios que consumieron la ciudad¹⁵⁵.

En Nueva York, por su parte, la insurrección tuvo su epicentro en el Harlem, un famoso gueto negro que entre 1920 y 1940 había sido protagonista de uno de los fenómenos culturales afroamericanos más importantes de todos los tiempos: el *Harlem Renaissance*. En el caso del Harlem, la violencia se generalizó después de que un soldado negro, supuestamente, golpearase a un oficial de policía para tratar de liberar a una mujer negra arrestada injustamente. Ante este hecho, el policía blanco reaccionó disparando e hiriendo al soldado afroestadounidense en un brazo, y aunque este último logró huir, algunos individuos comenzaron a difundir rumores sobre la presunta muerte de un hombre negro a manos de la policía. El resultado de la contienda fue el estallido de una *riot* promocionada por sectores eminentemente afroamericanos, en la que miles de alborotadores sembraron el caos, provocando incendios y saqueando todo tipo de propiedades blancas. Finalmente, tras dos días de violencia colectiva, los disturbios cesaron,

¹⁵⁴ MATEWS y JEFFERSON, *Op. Cit.*, p. 116-117.

¹⁵⁵ HERMAN, Max, “Detroit (Michigan) Riot of 1943”, en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, pp. 160-165;

saldándose, por una parte, con 40 agentes heridos y, por otra parte, con el asesinato de 6 afroamericanos y el arresto cerca de otros 1 000¹⁵⁶.

Tras este breve interludio, los juristas de la NAACP, liderados por el prestigioso abogado afroestadounidense Thurgood Marshall, consiguieron nuevas victorias legales -en 1944 lograron revocar la exclusiva participación blanca en las elecciones primarias de cada partido y en 1946 garantizaron la desegregación del transporte público de media distancia en Alabama-, pero, sin duda, la más importante de todas estas fue la del caso *Brown vs Board of Education of Topeka* de 1954, en el que el Tribunal Supremo reconoció la inconstitucionalidad de la doctrina *separate but equal*, alegando que esta violaba las estipulaciones igualitarias sancionadas por la 14ª Enmienda Constitucional de los Estados Unidos¹⁵⁷.

Según la sentencia judicial del caso *Brown*, a partir de 1955 las escuelas segregadas americanas debían iniciar un proceso de transición hacia la integración, un aspecto que todavía es cuestionable en la actualidad y que, en 1957, llevó a la crisis escolar de Little Rock (Arkansas) en la que el senador Orval Farvus impidió la entrada de nueve estudiantes negros en la segregada Little Rock Central High School ignorando, por completo, los avances en materia de igualdad establecidos por caso *Brown*. La coyuntura se saldó con la intervención de las tropas federales a petición del presidente Eisenhower y en cumplimiento de la legislación vigente, lo que, en cierto modo, despertó el descontento de los sectores blancos más conservadores. Una larga época de lucha contra la violencia y la intimidación racial estaba a punto de comenzar.

5.1 Rosa Parks, Martin Luther King y el movimiento no-violento. *La Carta desde la prisión de Birmingham*

A partir de 1955, avalado por las recientes conquistas en el área educativa, el Movimiento por los Derechos Civiles entró en una fase de mayor madurez. Durante este periodo, la lucha por la igualdad librada en los tribunales será paulatinamente abandonada, dando paso al desarrollo de un importantísimo activismo afroamericano que, de ahora en adelante, convertirá el espacio urbano en su principal entorno reivindicativo. Este fue, en definitiva, el periodo de las grandes manifestaciones y de las marchas multitudinarias negras,

¹⁵⁶ NYANGONI, Betty, "New York City Riot of 1943", en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, pp. 476-478. SWAN, Alex, "The Harlem and Detroit Riots of 1943: A comparative analysis", en *Berkeley Journal of Sociology*, 16 (1972), pp. 77-84.

¹⁵⁷ FABRINI, Rosario, "Separate and unequal: Thurgood Marshall y el desafío a Jim Crow", en *Ágora UNLaR*, 5 (2018), pp. 79-82.

de las *sit-ins* estudiantiles y de los viajes por la libertad, elementos que definieron un pionero *repertorio de confrontación* que, articulado sobre la actitud combativa de la filosofía no violenta, llevó la lucha afroamericana a su punto más álgido.

El elemento catalizador de esta nueva lucha nos remite al verano de 1955, momento en el que un joven afroamericano, Emmett Till, se había desplazado a Mississippi para visitar a uno de sus familiares. Una vez allí, Till, acusado de silbar a una mujer blanca, fue brutalmente apalizado hasta la muerte; siendo su cadáver posteriormente arrojado a las profundidades de un río cercano. El cuerpo sin vida de Till, hundido a causa del peso ejercido por un enorme collar de púas que rodeaba su cuello, se encontraba totalmente desfigurado como consecuencia de las salvajes lesiones a las que había sido sometido. En vista de esto, la incapacidad de determinar fehacientemente la identidad de la víctima valió la absolución de los dos hombres blancos involucrados en el conflicto. Nadie fue condenado por asesinato¹⁵⁸.

La sentencia del caso Emmett Till había extendido un profundo sentimiento de ofensa entre los miembros de la comunidad afroamericana de diversas partes del país. La situación era realmente crítica y la reacción negra no se hizo esperar. Así pues, tan solo cuatro meses más tarde, la icónica activista afroamericana Rosa Parks se negó a ceder su asiento en un ómnibus a un hombre blanco en Montgomery, Alabama; un gesto de protesta contra las políticas segregacionistas del régimen *Jim Crow* que, tradicionalmente, ha sido concebido como el principal detonante del moderno activismo por los Derechos Civiles¹⁵⁹.

Este hecho llamó la atención del reverendo baptista negro Martin Luther King, un famoso orador y activista por los Derechos Civiles que, inmediatamente, acudió a Montgomery para liderar el emblemático boicot contra los autobuses de 1955. El Boicot a los Autobuses de Montgomery, frecuentados mayormente por la población de color, tuvo un éxito rotundo y, durante 381 días, inmovilizó el transporte público urbano llevando a muchas de estas empresas a la quiebra. Muchos negros, aun estando tremendamente cansados, se desplazaban a pie hacia sus trabajos o, en ocasiones, compartían, en una fantástica muestra de solidaridad comunitaria,

¹⁵⁸ LÓPEZ SERRANO, Alfredo, “La imagen violenta como argumento contra la violencia. El papel de las imágenes violentas en la lucha por los Derechos Civiles de los Afroamericanos”, en Amador Carretero, M.ª Pilar (dir.), Robledano Arillo, Jesús y Ruiz Franco, M.ª Rosario (coords.), *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Imagen, Cultura y Tecnología*, Madrid, Universidad Carlos III, 2008, pp. 129-130.

¹⁵⁹ CARPIZO, Elssié, “Rosa Parks: Primera dama de los Derechos Civiles”, en *Revista de la Facultad de Derecho de México*, 265 (2016), pp. 38-42; GAILLARD, Frye, “Rosa Parks”, en *Encyclopedia of Alabama*, Auburn University, 14 de marzo de 2007, disponible en <http://www.encyclopediaofalabama.org/article/h-111>. Consultado el 26 de junio de 2021.

sus coches particulares para trasladarse por la ciudad. El boicot, además, despertó la indignación de un revivido *Ku Klux Klan* que no dudó en acudir al escenario de las protestas, donde, esta vez, los negros, cargados de orgullo racial, repelieron el ataque violento obligando a las fuerzas supremacistas a replegarse¹⁶⁰.

Los sucesos de Montgomery lograron atraer el interés de los principales medios de comunicación de país, haciendo de estas protestas una cuestión de ámbito nacional. El tajante liderazgo de King había representado un auténtico desafío para las autoridades estatales y, a través de las tácticas de desobediencia civil, había logrado probar la acusada incidencia que los prejuicios raciales tenían en el seno de la sociedad sureña. Esto, desde luego, fue percibido por el Tribunal Supremo que, con el fin de las protestas, al igual que en el ámbito educativo, sentenció que la segregación en los autobuses públicos era rotundamente anticonstitucional. La filosofía combativa de King había dado sus frutos y, pronto, comenzó a propagarse por los Estados Unidos¹⁶¹.

El MDC gozaba de un amplio reconocimiento y, pronto, logró nuevos avances en materia de derechos para los negros. En 1957, durante la presidencia de Eisenhower, el Congreso estadounidense, liderado por Lyndon Johnson, aprobó una nueva *Civil Rights Act* -la última databa de 1875- por la que se dotaba a los afroestadounidenses de mayores garantías electorales y se creaba una Comisión específica encargada de velar por el cumplimiento de los mismos¹⁶². Sin embargo, la implacable resistencia de las autoridades sureñas ante el fin del segregacionismo hacía excesivamente complicada la implementación de las nuevas medidas en estos territorios. La lucha continuaba.

Ese mismo año, Martin Luther King decidió constituir una nueva organización negra, la *Southern Christian Leadership Conference* (SCLC), que se uniría a la labor del *Congress On Racial Equality* (CORE), fundado en 1942, y de la NAACP en la lucha contra la discriminación de los afroamericanos. Si la NAACP había desarrollado su actividad en el ámbito legal, el CORE, desde la década de los 40', venía ejerciendo una labor especialmente representativa en el campo de la discriminación en lugares públicos. A partir de la década de los 60', la más brillante en lo referente a la acción no-violenta, la acción del CORE contó con el apoyo la

¹⁶⁰ GORLIER, *Op. Cit.*, pp. 237-249.

¹⁶¹ GALLEGO, Marisa, *La rebelión negra en Estados Unidos*, Buenos Aires, Maipue, 2015, pp. 29-30; AGUILAR FERNÁNDEZ, *Op. Cit.*, pp. 26-27.

¹⁶² MATEWS y JEFFERSON, *Op. Cit.*, p. 117; MORISON, COMMAGER, y LEUCHTENBURG, *Op. Cit.*, pp. 768- 770; GORLIER, *Op. Cit.*, p. 588.

vanguardista estrategia reivindicativa profesada por la SCLC para mantener los cambios iniciados en los tribunales, lo que se tradujo en el desarrollo de las famosas *sit-ins* o sentadas, tácticas de resistencia pasiva que buscaban la integración racial en el uso de los servicios públicos¹⁶³.

La campaña de *sit-ins* se desarrolló con particular interés entre los meses de enero y febrero de 1960 y afectó a un total de 54 ciudades distribuidas en 9 Estados, siendo algunas de las más representativas las sucedidas en Greensboro, Portsmouth, Tallahassee, Nashville, Orangeburg o Baton Rouge. En general se trataba de poblaciones sureñas en la que las violentas agresiones sufridas por los pacíficos activistas negros ponían de manifiesto la necesidad de solventar el problema racial norteamericano. Las *sit-ins*, como instrumento reivindicativo, contaban con una participación mayoritaria de estudiantes universitarios negros, por lo que, partiendo de estas iniciativas, comenzó a florecer un movimiento estudiantil organizado en torno al *Student Nonviolent Coordinating Committee* (SNCC). En 1961, tan solo un año más tarde de su fundación, el SNCC colaboró con el CORE para orquestar los famosísimos *Freedom Rides*, viajes interraciales que denunciaban la existencia de una discriminación racial anticonstitucional en los desplazamientos interestatales. Estas iniciativas fueron duramente reprimidas por el *Ku Klux Klan*, cuya labor intimidatoria, después de tantos años, continuaba frustrando gran parte de los esfuerzos integradores¹⁶⁴.

El negro estadounidense había comprendido que la resistencia pasiva era su mejor arma, ya que ponía de manifiesto la cruenta represión a la que era sometido. La represión violenta ofrecía un morboso espectáculo que atraía el interés de los medios televisivos, los cuales se encargaban de trasladar a gran parte de los hogares norteamericanos las desoladoras escenas de violencia racial que embriagaban por completo el ambiente reivindicativo de las actividades pacifistas negras. Era, pues, ese potencial de violencia y represión el que garantizaba el éxito de la movilización social. El ejemplo más claro de esta teoría es la *Campaña de Albany*, Georgia, donde, en 1962, el SNCC convocó una manifestación multitudinaria para denunciar la discriminación laboral y las prácticas de brutalidad policial a las que habían sido sometidos los negros locales. Allí, la moderada actuación de las fuerzas del orden, liderada por el jefe de policía Laurie Pritchett, frustró totalmente las aspiraciones del Movimiento al optar, como

¹⁶³ AGUILAR FERNÁNDEZ, *Op. Cit.*, pp. 28-29; MORISON, COMMAGER y LEUCHTENBURG, *Op. Cit.*, p. 588; GORLIER, *Op. Cit.*, p. 771.

¹⁶⁴ DEL CAMPO y DíEZ, *Op. Cit.*, pp. 203-207; JENKINS, *Op. Cit.*, pp. 350-352.

nunca hasta entonces, por una táctica diplomática de arrestos masivos que, sin ningún tipo de violencia descontrolada, disipó fugazmente a los activistas congregados¹⁶⁵.

Albany había supuesto una brusca desaceleración para la causa negra de la que no se recuperaría hasta un año más tarde. En 1963, concretamente en abril, Martin Luther King y la SCLC convocaron una nueva campaña, esta vez en Birmingham (Alabama), una ciudad con una de notoria tradición segregacionista que, además, contaba con un responsable del orden público extremadamente racista e iracundo, Bull Connor. King, en su *Carta desde la prisión de Birmingham* llegaría a escribir lo siguiente:

No cabe discutir el hecho de que la injusticia racial embraga a esta comunidad. Birmingham es probablemente la ciudad más drásticamente segregada de toda Norteamérica. Su horrenda lista de violencias es conocida por todos. Los negros han sufrido de modo flagrante un trato injusto por parte de los tribunales; ha habido más destrucciones de domicilios e iglesias negros a consecuencia de bombas, que han quedado sin revolver en Birmingham que en cualquier otra ciudad de la nación.¹⁶⁶

En Birmingham, el objetivo de las protestas pacíficas era boicotear el sector comercial de la ciudad y, aunque los activistas no lo lograron, el pésimo espectáculo ofrecido por la ferocidad de la represión policial garantizó su total cobertura mediática. Allí, los afroamericanos tuvieron que enfrentarse a las agresiones físicas de los agentes, quienes además repelían las aglomeraciones con gas lacrimógeno, y a una brutalidad sin igual que tuvo a los desenfrenados ataques de los rabiosos perros de presa y a las mangueras de agua a presión como sus principales protagonistas, elementos que, en definitiva, ahogaban por completo el clamor de las reivindicaciones sociales de los manifestantes negros¹⁶⁷.

Tras los sucesos, centenares de activistas negros, entre los que se encontraba King, fueron detenidos. En la cárcel de Birmingham, y ante las acusaciones de “agitador extranjero” que habían emanado de algunos sectores clericales blancos, King escribió una carta en la que denunciaba los agravios que habían determinado el desarrollo de la historia del negro estadounidense y, al mismo tiempo, plasmaba de forma audaz su programa de acción no violenta en un intento por reafirmar la legitimidad de las protestas afroamericanas. La *Carta desde la prisión de Birmingham*, desde luego, constituye un auténtico manifiesto de la filosofía

¹⁶⁵ AGUILAR FERNÁNDEZ, *Op. Cit.*, pp. 30-31; MCADAM, *Op. cit.*, pp. 486-487; GALLEGU, *Op. Cit.*, pp. 36-39.

¹⁶⁶ LUTHER KING, Martin, *Carta desde la cárcel de Birmingham*, disponible en: <http://institutoprogresista.org/wp-content/uploads/2018/04/Carta-de-Birmingham.pdf> . Consultado el 27 de junio de 2021.

¹⁶⁷ ZINN, *Op. Cit.*, pp.342-343.

pacifista de King, un testimonio que ha logrado rebasar los umbrales del tiempo para influir en la mentalidad reivindicativa de miles de hombres y mujeres negras.

[...] se habían defraudado nuestras esperanzas, y se apoderó de nosotros la sensación de un profundo desaliento. No teníamos más salida de la que apercibirnos para la acción directa en la que presentaríamos nuestros cuerpos como instrumentos de exposición de nuestro caso ante la conciencia de la comunidad local y nacional. A sabiendas de las dificultades existentes, decidimos emprender un proceso de autopurificación. Dimos comienzo a la creación de toda una serie de seminarios para aleccionar sobre la no-violencia. [...] Conscientes de que un programa de boicot económico sería la consecuencia de la acción directa.¹⁶⁸

Como nos muestra King, la acción directa no-violenta no surge de forma espontánea, requiere de un arduo proceso de preparación en el que los activistas negros, ante todo, deben estar dispuestos a mantenerse impasibles frente a cualquier tipo de agresión supremacista, tanto física como verbal. Solo de este modo, la acción estratégica de la desobediencia civil podrá “crear una crisis tal, y de originar tal tensión, que una comunidad que se ha negado constantemente a negociar se vea obligada a hacer frente a este problema”¹⁶⁹. Este, en definitiva, es el objetivo último de las protestas negras, unas protestas fundamentadas en una tensión no-violenta constructiva necesaria para el crecimiento sociopolítico.

Asimismo, en su testimonio, King se muestra especialmente crítico con la posición del blanco moderado, a quien acusa de anteponer el orden a la justicia, y alude al segregacionismo como una práctica pecaminosa que, al igual que la esclavitud, cosifica a los miembros de la comunidad afroestadounidense, dotándoles, en consecuencia, de una falsa sensación de inferioridad. Por contra, King justifica la necesidad del triunfo de una *revolución social* negra que permita disipar los oscuros nubarrones del prejuicio racial norteamericano y, rechazando el africanismo característico del nacionalismo negro, alude a Norteamérica como la tierra natal del negro culminando, en última instancia, el proceso de creación de la identidad afroamericana.

Los hombres oprimidos no pueden seguir estándolo de por vida. El anhelo de libertad acaba por manifestarse abiertamente, y esto es lo que ha ocurrido con el negro estadounidense. Hay algo dentro de él que le ha recordado que nació con el derecho a la libertad; y algo, otra cosa fuera de él, le ha recordado que esa libertad fue conquistada. [...] Alcanzaremos la meta de la libertad en Birmingham y en toda la nación, porque la meta de Norteamérica es la Libertad. Por más que se nos insulte y se nos haga burla de nosotros, nuestro destino va unido al destino de Estados Unidos. Antes de que los peregrinos arribasen a Plymouth, estábamos aquí. Antes de que la pluma de Jefferson escribiera las majestuosas palabras de la Declaración de Independencia en las páginas de la Historia, estábamos aquí.¹⁷⁰

¹⁶⁸ LUTHER KING, *Op. Cit.*

¹⁶⁹ Ídem.

¹⁷⁰ Ídem.

Por último, King insistía en la necesidad de apostar por la protesta amorosa y no-violenta como el instrumento de presión que permitiera avanzar hacia la justicia social, pero también reconocía que se encontraba en medio de una comunidad, la afroamericana, que, cansada de esperar, había comenzado a abrazar nuevas tendencias ideológicas orientadas hacia la revolución violenta. King, en suma, hacía referencia al radicalismo defendido por la *Nación del Islam*, fundada en 1920, y por los seguidores del incipiente *Black Power*, entre los que se encontraban personalidades como Malcolm X o, incluso, antiguos miembros del SNCC que se habían radicalizado, como Stokely Carmichael. Así pues, de forma casi mesiánica, King hablaba del advenimiento de la *pesadilla racial* norteamericana y afirmaba que, de seguir así, no existiría un destino alternativo para la causa negra.

[...] me encuentro situado en el centro de dos fuerzas opuestas de la comunidad negra. A un lado está la fuerza de la complacencia, [...] negros que, [...] han quedado tan faltos de todo sentido de la propia dignidad [...] que se han adaptado a la segregación; [...] La otra fuerza viene animada por el rencor y el odio, y se acerca peligrosamente a la defensa de la violencia. Trasunto suyo son los varios grupos nacionalistas negros que brotan por toda la nación [...] Nutridos por la frustración del negro, hijo de la permanencia de la discriminación racial, [...] He tratado de mantenerme entre estas dos fuerzas, afirmando que no tenemos necesidad de imitar el inmovilismo de los complacientes ni el odio y la desesperación de los nacionalistas negros. [...] protesta amorosa y no-violenta [...] Si esta filosofía no hubiese surgido, estoy convencido de que actualmente muchas de las calles del Sur norteamericano estarían inundadas de sangre. [...] si nuestros hermanos blancos [...] se niegan a apoyar nuestros esfuerzos no-violentos, millones de negros, presa de la desesperación y de la frustración, buscarán refugio y albergue en las ideologías nacionalistas negras, lo cual, de acontecer, conduciría inevitablemente a una aterradora pesadilla racial.¹⁷¹

5.2 Reclamando un espacio propio. La filosofía radical de Malcolm X

Desde la década de los 50', la Nación del Islam, encabezada por el radicalista Malcolm X, había logrado atraerse la atención de los negros de los guetos de las ciudades del Norte, espacios que habían sido totalmente desatendidos por el Movimiento pro Derechos Civiles, y comenzó a difundir un mensaje revolucionario fundamentado en la necesidad de una lucha violenta que, a través de la acción de guerrillas urbanas negras, permitiese al negro disfrutar de su plena autonomía política, económica y social. Los planteamientos de la filosofía radical de Malcolm X se valían, como bien ha dicho King, del odio y la frustración de la comunidad negra, un odio que, a partir de ahora, convertiría al hombre blanco en el enemigo directo de la causa afroamericana. Así, en su famoso discurso titulado *El Voto o la Bala*, pronunciado en Cleveland en 1964, se refería al problema negro de la siguiente manera:

¹⁷¹ Ídem.

[...] es hora ya de que acallemos nuestras diferencias y nos demos cuenta de que es mejor para nosotros ver primero que confrontamos el mismo problema, un problema común que los hará vivir en un infierno lo mismo si son bautistas que si son metodistas o musulmanes o nacionalistas. [...] Todos estamos metidos en un mismo barco y a todos nos hará vivir en el mismo infierno el mismo hombre blanco. Todos nosotros hemos sufrido aquí, en este país, la opresión política de manos del blanco, la explotación económica de manos del blanco y la degradación social de manos del blanco.¹⁷²

En un inicio, el nacionalismo negro de Malcolm X, al igual que el del difunto Marcus Garvey, rechazaba unilateralmente cualquier tipo de política de integración social. En Norteamérica no había espacio para la convivencia pacífica entre blancos y negros, por lo que, según Malcolm, las viejas teorías emigracionistas constituían la solución más efectiva para solventar este problema. Para Malcolm X, la tierra y el derramamiento de sangre eran los dos pilares fundamentales del espíritu revolucionario, estos habían inspirado la revolución norteamericana de 1776 y, ahora, debían ser recuperados por el nuevo nacionalismo negro para reclamar su espacio propio, África.

Si ustedes y yo fuéramos norteamericanos no habría problemas. Esos *Hunkies* [blancos] que acaban de bajarse del barco ya son norteamericanos; los polacos ya son norteamericanos; los refugiados italianos ya son norteamericanos. Todo lo que vino de Europa, todo lo que tuviera ojos azules, ya es norteamericano. Y con todo el tiempo que llevamos aquí ustedes y yo todavía no somos norteamericanos. [...] No, yo no soy norteamericano. Soy uno entre los veintidós millones de negros víctimas del norteamericanismo. [...] Ahora mismo, en este país, si ustedes y yo, los veintidós millones de afroamericanos... Si, eso es lo que somos: africanos que están en Norteamérica... Ustedes no son ni más ni menos que africanos. Ni más ni menos que africanos. Es más, que saldrían ganando con llamarse a sí mismos africanos en vez de negros. Los africanos no viven en un infierno. Ustedes son los únicos que viven en un infierno.¹⁷³

Sin embargo, a medida que avanzaba en su pensamiento, sus experiencias personales comenzaron a moldear una nueva percepción nacionalista en la que la tierra pasaría a jugar un papel secundario. De este modo, manteniendo todavía presente el ente revolucionario del derramamiento de sangre, el renovado Malcolm X apostaba por un estatismo físico que vinculase al negro con Norteamérica; aunque, a cambio, proponía un emigracionismo intelectual de la comunidad hacia África, un espacio onírico que representaba las raíces y los cimientos fundamentales de los afroestadounidenses, pues, como el propio Malcolm había afirmado, los negros “nunca tendréis cimientos en Norteamérica”¹⁷⁴. De hecho, la finalidad última del nacionalismo no era más que la de dotar al negro de un cierto control sobre la política y sobre los representantes políticos de su propia comunidad, independientemente del territorio

¹⁷² X, Malcolm, “El voto o la bala”, en *Malcolm X. Vida y voz de un hombre negro: autobiografía y selección de discursos*, Navarra, Txalaparta Editorial, 1991, pp. 164-165.

¹⁷³ *Ibidem*, pp. 163, 173.

¹⁷⁴ Citado en DRAPER, *Op. Cit.*, p. 101.

en el que esta se encontrase, por lo que, para ello, el único elemento útil era el voto, un derecho temerariamente perseguido desde el final de la esclavocracia, que ahora, junto a la violencia, constituía el único camino posible para alcanzar la libertad. Esta concepción, en parte, explica la similitud que Malcolm X establece entre el voto y las balas, un voto negro unificado que, bajo ningún concepto puede ser desperdiciado.

Si no hacemos algo muy pronto me parece que estarán ustedes de acuerdo en que nos vamos a ver obligados a escoger entre la bala o el voto. En 1964 hay que escoger entre una cosa y la otra. [...] cuando los blancos están divididos equilibradamente y los negros tienen un bloque de votos propios, les toca a éstos determinar quien irá a parar a la Casa Blanca y quien irá a parar a la perrera. [...] Será la bala o será el voto. Será la libertad o será la muerte. La única diferencia es que esta clase de muerte será recíproca [...] Siempre que sepan que están dentro de la ley, dentro de sus derechos morales, en conformidad con la justicia, entonces mueran por aquello en lo que ustedes creen. Pero no mueran solos. Que su muerte sea recíproca. Eso es lo que quiere decir igualdad. [...] Para mí el voto significa simplemente la libertad.¹⁷⁵

Con todo, Malcolm X abandona el lenguaje conciliador que los dirigentes negros no-violentos habían utilizado hasta entonces y, como hemos podido observar, defiende sin ningún tipo de eufemismo la violencia autodefensiva como instrumento revolucionario. Estas ideas radicales motivaron a las masas de negros estadounidenses para rebelarse y, a partir de 1964, muchos de estos activistas fueron abandonando progresivamente la vía de la no-violencia para militar en las filas de la autodefensa urbana. En febrero de 1965, mientras Malcolm X se encontraba recitando uno de sus discursos en la ciudad de Manhattan, uno de sus antiguos compañeros de la Nación del Islam, Talmadge Hayer, fue sorprendido con un arma y, tras efectuar varios disparos mortales contra el activista, acabó con su vida. Tenía tan solo 39 años. Las noticias del incidente rápidamente llegaron a los oídos de King, quien se refirió al asesinato como “un acto estúpido que debería hacer ver a nuestra sociedad que la violencia y el odio son fuerzas demoníacas que deben ser hundidas en un limo sin fondo”¹⁷⁶.

5.3 I *Have a Dream*. De la Marcha sobre Washington a la legislación sobre Derechos Civiles

Las explícitas escenas de odio racial que caracterizaron la represión policial en Birmingham, difundidas internacionalmente, convirtieron a este escenario en la tumba provisional del segregacionismo. Con el fantasma de la Guerra Fría acechando en cada esquina, el presidente Kennedy, que si bien hubiese preferido un movimiento de reforma mucho más

¹⁷⁵ X, Malcolm, “El voto o la bala”, *Op. Cit.*, pp. 165, 168, 170, 172, 173.

¹⁷⁶ VIANA, ISRAEL, “Malcolm X: crónica de una muerte anunciada”, en *ABC*, 30 de octubre de 2013, disponible en: https://www.abc.es/historia/abci-asesinato-malcolm-201102220000_noticia.html Consultado el 27 de junio de 2021.

gradual en el Sur, no pudo permanecer impasible ante tan deleznable espectáculo y se vio obligado a poner en marcha un proyecto legislativo de carácter federal que atentase transcendentalmente contra la discriminación y la segregación de la población de color. Esta iniciativa contó, desde el principio, con la implacable negativa del Congreso, especialmente reticente hacia todo aquello relacionado con los Derechos Civiles de los afrodescendientes, lo que, poco más tarde, en agosto de 1963, culminó con una multitudinaria marcha negra hacia la ciudad de Washington, en la que fueron congregadas alrededor de 200 000 personas¹⁷⁷.

En Washington, situado en las escaleras del monumento a Lincoln, con la increíble carga simbólica que ello supone, King pronunció uno de sus más célebres discursos, *I Have a Dream*, en el que, una vez más, incidía en la lucha no-violenta como la principal herramienta capaz de garantizar la justicia racial, una justicia ligada a la majestuosa promesa de la libertad; una promesa que, reiteradamente, había sido incumplida por la tierra de las oportunidades. King, además, insistía con ímpetu en la necesidad de una reforma acelerada en materia de Derechos Civiles que permitiese, al menos en parte, calmar los ánimos de una comunidad negra que, para aquel momento, estaba harta de esperar. La presión social ejercida por la Marcha fue determinante para incrementar los esfuerzos legislativos. El régimen de *Jim Crow* tocaba definitivamente a su fin, pero una nueva tormenta de violencia racial amenazaba con estallar en cualquier momento.

No habrá descanso ni tranquilidad en América hasta que las personas negras tengan garantizados sus derechos como ciudadanos. Los torbellinos de revuelta continuarán sacudiendo los cimientos de nuestra nación hasta que nazca el día brillante de la justicia. Pero hay algo que debo decir a mi pueblo [...] En el proceso de lograr nuestro legítimo lugar, no debemos ser culpables de acciones equivocadas. No busquemos saciar nuestra sed de libertad bebiendo de la copa del encarnizamiento y del odio. Debemos conducir siempre nuestra lucha en el elevado nivel de la dignidad y la disciplina. No debemos permitir que nuestra fecunda protesta degenera en violencia física.¹⁷⁸

La agonía de *Jim Crow* generó una impresionante escalada de violencia y radicalización por parte de los sectores supremacistas blancos, suscitando la inmediata respuesta de un activismo afroamericano que, tras los sucesos de Washington, había experimentado una abrupta escisión ideológica de la que habían surgido dos nuevas fuerzas perfectamente diferenciadas: por un lado, la integracionista, partidaria de las enseñanzas de King y de la convivencia pacífica entre blancos y negros; y, por otro lado, la separatista, respaldada por grupos nacionalistas como

¹⁷⁷ MORISON, COMMAGER y LEUCHTENBURG, *Op. Cit.*, pp. 804-806; JENKINS, *Op. Cit.*, pp. 354-355.

¹⁷⁸ LUTHER KING, Martin, *I Have a Dream*, disponible en: <http://ficus.pntic.mec.es/jals0026/documentos/textos/IHAVEADREAM.pdf> . Consultado el 27 de junio de 2021.

la Nación del Islam o los *Black Panthers* -esta última a partir de 1966-, promotoras de tácticas autodefensivas y firmes opositoras de las políticas de conciliación. La radicalización del MDC suponía una seria amenaza para los Estados Unidos y hacía cada vez más necesaria una aclamada reacción legislativa que permitiese preservar el orden nacional¹⁷⁹.

En noviembre de 1963, el despiadado asesinato del presidente Kennedy había dejado a una nación huérfana presa de la desesperación y del pánico. Fue en este clima de inestabilidad e incertidumbre en el que el demócrata Lyndon B. Johnson asumió el interrumpido mandato presidencial de su predecesor. Consciente de los numerosos problemas que afectaban a la población afroamericana -bajos ingresos, educación precaria, déficit en la atención sanitaria, etc.- emprendió un programa reformista que se convertiría en el principal adalid de las corrientes afroestadounidenses. Así, tras varios años de lucha, el gobierno federal aprobó la *Civil Rights Act* de 1964, una nueva ley de Derechos Civiles que prohibía cualquier limitación en el ejercicio del derecho al voto, así como toda discriminación en el uso de los servicios públicos¹⁸⁰.

Los escasos avances en el derecho de sufragio apenas habían logrado satisfacer las demandas del MDC, lo que dio paso a una nueva Campaña en Selma (1964/65), donde tras la muerte de un joven negro, miles de afroamericanos se lanzaron a las calles como símbolo de protesta. Este escándalo nacional fue aprovechado por King para orquestar otra de sus famosas marchas, esta vez de Selma hasta Montgomery, la cual se saldó con la aprobación de la *Voting Rights Act* de 1965, en la que se establecían severas sanciones criminales para todos aquellos que trataran de coaccionar o intimidar a cualquier persona que ejerciese su derecho al voto. La aplicación de esta medida fue realmente significativa e incrementó exponencialmente la participación electoral de la comunidad afroamericana¹⁸¹.

6. I HAVE A NIGHTMARE. EL ESTALLIDO DE LAS TENSIONES RACIALES DURANTE LAS RIOTS DE 1967/1968

Entre 1963 y 1965 el Movimiento por los Derechos Civiles había alcanzado su cénit y, una vez promulgada la *Voting Rights Act* de 1965, con la consiguiente reestructuración del sistema político norteamericano, había conseguido cumplir gran parte de sus objetivos originales. En cierto modo, al alcanzar sus aspiraciones más directas el Movimiento había

¹⁷⁹ CARBONE, "Shall they overcome?...", *Op. Cit.*, pp. 331-332.

¹⁸⁰ TORRES GUTIÉRREZ, *Op. Cit.*, pp. 132-133.

¹⁸¹ AGUILAR FERNÁNDEZ, *Op. Cit.*, pp. 34-35.

perdido su razón de ser y, en consecuencia, sus reivindicaciones comenzaron a caer en picado. Como hemos visto, desde sus orígenes, el MDC había sido muy autodisciplinado en el ejercicio de la no-violencia, pero, tras las victorias legislativas de 1964 y bajo el amparo ideológico del influyente nacionalismo negro, la actitud pasiva que había caracterizado las movilizaciones pasadas fue cediendo espacio a la controvertida respuesta agresiva y violenta¹⁸².

La situación era especialmente drástica en los guetos negros de las ciudades del Este y del Norte de los Estados Unidos, donde la inquietante precariedad económica y social encontró refugio en el discurso radicalista del nacionalismo negro. A este respecto, para nada ayudaba la sucesión continua de escenas de brutalidad policial hacia la comunidad negra, escenas extremadamente violentas que, indudablemente, acabaron por desatar varios disturbios en algunas de las principales ciudades del país. De aquí en adelante, las *riots* y los “largos y cálidos veranos” pasarían a convertirse en el principal elemento definitorio de la vida urbana estadounidense¹⁸³.

Ya había estallado en el Harlem, en julio de 1965, un violento disturbio a causa del asesinato de un joven afroamericano de 15 años a manos de un policía blanco, un motín racial de cuatro noches de duración que todavía, al menos, contaba con marchas pacíficas negras que predicaban a favor de la restauración del orden. Muy distinto fue el caso del Watts, uno de los más grandes guetos de la ciudad de Los Ángeles, donde tan solo cinco días más tarde de la promulgación de la *Voting Rights Act*, estalló un ardiente *race riot* como resultado de una fuerte confrontación entre un grupo de negros locales y la policía¹⁸⁴.

Watts era un distrito frecuentado, prácticamente en su totalidad, por población afroamericana. En general, se trataba de un amplio vecindario negro marcado, como gran parte de los guetos norteamericanos, por el segregacionismo, la pobreza estructural y la precariedad laboral y educativa. Watts, en definitiva, era un espacio profundamente abandonado en el que los exagerados niveles de desempleo y de fracaso escolar habían deteriorado por completo a una comunidad negra sumamente empobrecida, y en el que los afroestadounidenses, ausentes de toda esperanza, clamaban por una renovación urbana, por el desarrollo de programas que permitiesen luchar contra la pobreza y por la reactivación del empleo a través de proyectos de capacitación laboral. Estas iniciativas encajaban perfectamente dentro del programa de “guerra

¹⁸² JENKINS, *Op. Cit.*, p. 355.

¹⁸³ *Ibidem*, p. 356.

¹⁸⁴ LÓPEZ SERRANO, *Op. Cit.*, pp. 137-138.

contra la pobreza” defendido por Lyndon B. Johnson y, una vez más, los disturbios parecían indicar la necesidad de un actuación rápida por parte del gobierno federal¹⁸⁵.

En Watts, el origen de los enfrentamientos tuvo lugar el 11 de agosto de 1965, cuando el oficial de policía Lee Minikus detuvo el coche de un joven afroamericano, Marquette Frye, ante la sospecha de que éste estaba conduciendo bajo los efectos del alcohol. Marquette, de veintiún años, regresaba a casa junto a su hermano Ronald tras haber acudido a una fiesta junto a sus amigos y, efectivamente, se encontraba ebrio. Mientras el agente Minikus trataba de confirmar sus sospechas realizando un test de alcoholemia a Marquette, Ronald acudió rápidamente al domicilio de su madre, Rena Frye, quien no dudó ni un momento en desplazarse al lugar de los hechos tras conocer que uno de sus hijos estaba siendo arrestado. A su llegada, Minikus se encontró solo frente a una multitud compuesta por entre 200 y 300 afroamericanos que observaba atentamente cada uno de sus movimientos, por lo que, ante el miedo a una posible revuelta, solicitó inmediatamente refuerzos¹⁸⁶.

La tensiones se incrementaron en el momento en el que Marquette Frye, el sospechoso, comenzó a resistirse cuando estaba siendo detenido. En consecuencia, el agente Minikus se vio obligado a emplear una fuerza abusiva con la intención de reducir al joven afroamericano, la brutalidad de la escena era evidente y, tan pronto como llegaron los refuerzos policiales, se desató un peligroso altercado que involucró a toda la familia Frye y que se saldó con el arresto de sus tres miembros. Acto seguido, conforme las patrullas policiales abandonaban el lugar de los hechos, comenzó a circular entre los negros del gueto el falso rumor de que un agente de policía había agredido a una mujer afroamericana embarazada¹⁸⁷.

A partir de este momento comenzaron a formarse los primeros grupos insurrectos, colectivos de negros norteamericanos que, armados con piedras y botellas, emprendieron una acción directa violenta contra las unidades policiales que se encontraban patrullando por la zona. Poco después, la intimidante revuelta negra se transformó en un pavoroso mar de llamas que arrasó con todo cuanto salía a su paso. De este modo, el incontrolable avance de los incendios masivos provocados por los alborotadores afroamericanos calcinó cientos de

¹⁸⁵ ROTHMAN, Lily, “50 Years After Watts: The Causes of a Riot”, en *TIME*, 11 de agosto de 2015, disponible en <https://time.com/3974595/watts-riot-1965-history/>. Consultado el 26 de junio de 2021.

¹⁸⁶ HALL, John, “Los Ángeles (California) Riot of 1965”, en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, pp. 371-373;

¹⁸⁷ DUBIE, Sven, “Urban rebellions, United States”, en Ness, Immanuel (ed.), *The International Encyclopedia of Revolution and Protest. 1500 to present*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2009, p. 3399.

edificios e, incluso, manzanas completas. Una terrible tempestad de violencia invadió por completo las calles y, poco a poco, fue haciéndose eco de la pobreza, del maltrato policial y de todas aquellas frustraciones que habían sido reprimidas por la comunidad negra¹⁸⁸.

La *riot* se prologó a lo largo de cinco días y precisó para su extinción de la intervención de una coalición de fuerzas militares compuesta por cerca de 14 000 soldados, quienes fueron desplegados en las calles de Los Ángeles el 15 de agosto de 1965, aunque no lograron sofocar las protestas raciales hasta el día siguiente. El balance de lo acontecido en Watts fue realmente trágico, 34 personas perdieron la vida, 1 032 fueron hospitalizadas y 3 438 arrestadas por la policía. Los daños a la propiedad fueron igual de estremecedores y, con pérdidas que ascendían a los 40 millones de dólares, supusieron la destrucción y el saqueo de alrededor de 600 edificios y establecimientos comerciales¹⁸⁹.

Los sucesos de Watts, donde King fue recibido con cierta hostilidad, habían hecho comprender al activista que, quizás, aquellos problemas de discriminación y pobreza que afectaban a los enclaves urbanos del Norte no habían sido abordados con suficiente atención por su organización. Por ese motivo, King, en un ejercicio de autocrítica, decidió trasladar la labor del MDC a los espacios norteamericanos más necesitados y emprendió una nueva campaña reivindicativa en Chicago, donde el objetivo era denunciar las espantosas condiciones de vida que definían el gueto urbano y las políticas de segregación en lo referente al acceso a la vivienda. Sin embargo, la filosofía no-violenta no tenía cabida entre las masas de negros pobres arraigadas en el gueto, mucho más atraídas, como hemos podido comprobar, por el discurso radicalista del difunto Malcolm X¹⁹⁰.

En 1966, organizaciones como el CORE y la SNCC adoptaron el eslogan *Black Power* como símbolo de autodefensa y separatismo racial, lo que supuso la escisión definitiva del Movimiento por los Derechos Civiles que, de ahora en adelante, nunca más volvería a actuar de forma conjunta y cohesionada. Los seguidores del *Black Power* estaban convencidos de que “los desórdenes serían en único medio posible de avanzar en la pedagogía social iniciada por los Derechos Civiles. Los motines y saqueos serían «los únicos medios de que disponen los

¹⁸⁸ EDY, Jill, “Watts riots of 1965”, en *Encyclopaedia Britannica*, disponible en <https://www.britannica.com/event/Watts-Riots-of-1965>. Consultado el 28 de junio de 2021; GERSHON, Livia, “Did The 1965 Watts Riots Change Anything?”, en *JSTOR Daily*, 13 de julio de 2016, disponible en <https://daily.jstor.org/did-the-1965-watts-riots-change-anything/>. Consultado el 28 de junio de 2021.

¹⁸⁹ HALL, “Los Ángeles (California) Riot of 1965”, *Op. Cit.*, pp. 371, 375.

¹⁹⁰ AGUILAR FERNÁNDEZ, *Op. Cit.*, p. 36.

habitantes de los ghettos negros para dirigir la palabra a las altas capas blancas y a sus lacayos negros»¹⁹¹. En palabras del Stokely Carmichael, uno de sus principales representantes, el *Black Power* se define como “una posición de fuerza que obligue a la atención y al respeto” y, en términos políticos, hace referencia a “la agrupación de los negros para elegir representantes y obligar a esos representantes a convertirse en voceros de sus necesidades”¹⁹².

Con esta convicción, en 1966 surgirá en Oakland, California, el *Black Panther Party*, la que, de ahora en adelante, constituiría la auténtica voz de una comunidad negra ultrajada. Los *Black Panthers* eran la organización política del *Black Power*, un partido nacionalista negro centrado en la autodefensa de la comunidad y con un proyecto de revolución social mucho más amplio en el que se incluían, por ejemplo, exigencias sobre el pleno empleo, la vivienda decorosa, la educación y la liberación de todos los presos negros.

Estos hombres y mujeres están dispuestos a la elección en noviembre si es que viven para entonces. Su símbolo electoral es la pantera negra: un animal hermoso, audaz, que representa la fuerza y la dignidad que hoy requiere el negro. Un hombre necesita a su lado una pantera negra cuando él y su familia deben soportar -como lo han soportado cientos en Alabama- la pérdida del trabajo, el lanzamiento de domicilio, el hambre, y a veces, la muerte, por su actitud política. También puede necesitar un revólver y SNCC reafirma el derecho universal de los negros a defenderse en caso de amenaza o ataques.¹⁹³

Por su parte, la SCLC y la NAACP, asociaciones de carácter más tradicionalista, apostaron por una reinterpretación del MDC y emprendieron una seria oposición hacia la Guerra de Vietnam, elevando su causa a la lucha en favor de los Derechos Humanos. El liderazgo de King había mermado considerablemente a causa de su férrea oposición hacia las tácticas violentas, llegando, incluso, a ser conocido, al menos por el ala más radical del MDC, como un hombre fracasado que, tristemente, había sido incapaz de dirigir a sus manifestantes hacia el combate contra la policía durante los conflictos de 1965 en Selma¹⁹⁴.

Sea como fuere, King se mantenía fiel a las tácticas pacifistas que tantos réditos políticos habían proporcionado a la comunidad afroamericana y, partiendo de su renovado programa de derechos humanitarios, emprendió, en 1967, la *Poor People's Campaign*. King creía que paliando los males económicos que perturbaban los guetos negros sería capaz de acallar aquellos discursos que vociferaban sobre la necesidad de emprender una acción violenta y que, por consiguiente, una vez que el negro viese garantizados sus plenos derechos, incluso los

¹⁹¹ LÓPEZ SERRANO, *Op. Cit.*, p. 140.

¹⁹² CARMICHAEL, Stokely, “El problema negro en los Estados Unidos”, en *Punto Final*, 35(1967), pp. 2-3.

¹⁹³ *Ibidem*, p. 3.

¹⁹⁴ AGUILAR FERNÁNDEZ, *Op. Cit.*, pp. 37-38; JENKINS, *Op. Cit.*, 357-358.

económicos, la violencia urbana cesaría. Sin embargo, aquellos “problemas de negros” tenían escaso o nulo interés para la casta política dominante blanca-estadounidense que, para entonces, consideraba que ya se les habían otorgado demasiadas concesiones. Los lentos pero continuados avances en favor de la “igualdad total” habían contribuido, al menos sobre el papel, a derribar la sólida barrera racial que vertebraba el sistema de relaciones sociales en los Estados Unidos, minimizando, en consecuencia, la hegemonía sociopolítica de los sectores blancos¹⁹⁵.

Así pues, la constante lucha por retener la consuetudinaria supremacía blanca norteamericana generó un chispeante choque de intereses que, de nuevo, degeneró en el estallido de nuevas *riots*. La segregación urbana continuaba siendo un hecho y, pese a que la situación había mejorado hipotéticamente con respecto al pasado, el aislacionismo seguía siendo una condición definitoria de la negritud. El *statu quo* racial se mantenía inamovible y la rebelión urbana era el único elemento capaz de desafiarlo. De este modo, en el verano de 1967, motivados por el ambiente turbio que imperaba durante las protestas contra la impopular Guerra de Vietnam, estalló una nueva oleada de violencia en los guetos negros de diversas parte del país¹⁹⁶.

El definido como *Largo y Cálido Verano de 1967* fue un conjunto de levantamientos de carácter socio-racial que afectó a más de 150 ciudades industriales norteamericanas y que, una vez más, atestiguaba la dramática situación en la que se veían sumergidos los guetos afroamericanos. Los disturbios se extendieron a lo largo y ancho de los Estados Unidos y afectaron especialmente a ciudades como Boston, Cincinnati y Atlanta, aunque los más sangrientos y destructivos fueron, sin duda, los que tuvieron lugar en Newark y Detroit¹⁹⁷.

Desde 1950, la ciudad de Boston (Massachussets) había comenzado a absorber un importante volumen migratorio de afroamericanos que, en el contexto de la Gran Migración, habían acudido a estos centros urbanos en busca de trabajo y nuevas oportunidades económicas. La incorporación de nuevos efectivos demográficos vino acompañada de un proceso de remodelación urbana que permitiese acoger a los migrantes negros, provocando el traslado de los antiguos guetos hacia algunas de las zonas más ruinosas de la ciudad. Estos espacios

¹⁹⁵ BROUSSARD, *Op. Cit.*, pp. 106-107; OLZAK, Susan, SHANAHAN, Suzanne y MCENEANEY, “Poverty, Segregation, and Race Riots: 1960 to 1993”, en *American Sociological Review*, 4 (1996), pp. 590-593.

¹⁹⁶ DUBIE, “Urban rebellions, United States”, *Op. Cit.*, p. 3396

¹⁹⁷ SCHALLER, Paula, “Las revueltas negras en EE. UU.: el ascenso de la década del 60 y el «largo verano caliente»”, *La Izquierda Diario*, 1 de junio de 2020, disponible en <https://www.laizquierdadiario.com/Las-revueltas-negras-en-EE-UU-el-ascenso-de-la-decada-del-60-y-el-largo-verano-caliente> Consultado el 19 de mayo de 2021.

precarios, unido al escaso número de afroamericanos que componían la comunidad local, dificultaban la puesta en marcha de las políticas de paridad racial recogidas por la nueva legislación vigente y, en consecuencia, los negros se veían profundamente perjudicados en el ejercicio de sus derechos¹⁹⁸.

La revuelta comenzó el 3 de junio de 1967 cuando una decena de activistas negras, bajo el nombre de *Mothers for Adequate Welfare* (MAW), decidieron encerrarse, como método de protesta, en una de las oficinas de asistencia social situadas en la ciudad. Allí, exigieron una serie de demandas ciudadanas a la policía y se negaron a abandonar el edificio hasta que todas sus peticiones fuesen satisfechas. El encierro pacífico había dejado dentro del recinto, no solo a las convencidas activistas, sino también a algunos trabajadores sociales y a cerca de una decena de policías. La escandalosa respuesta que los agentes ofrecieron ante la situación atrajo la atención de una pequeña muchedumbre de afroamericanos que, rápidamente, se congregó en las inmediaciones del edificio en apoyo de las manifestantes.

La policía había realizado varios intentos por tomar el edificio de forma relativamente pacífica, pero ante la sucesión de fracasos decidieron optar por derribar violentamente la puerta de entrada. Tan pronto como ingresaron en el edificio, una dolorosa tormenta de piedras y botellas arremetió contra sus cuerpos, los agentes se vieron totalmente acorralados y tan solo pudieron despejar el edificio gracias a la influencia de algunos líderes negros locales. Sin embargo, aquel incidente solo preludiaba el inicio de las hostilidades y, al caer la noche, una multitud negra enfurecida se apoderó de las calles. Al igual que en los casos anteriores, los incendios y los saqueos se extendieron por toda la ciudad y, en tan solo doce horas, la *riot* había causado cientos de miles de dólares en daños a la propiedad. Aunque apenas hubo fallecidos, los heridos se contaban por decenas y, entre ellos, había al menos treinta policías¹⁹⁹.

Poco después estalló un nuevo conflicto en Cincinnati (Ohio), una ciudad donde el racismo y los episodios de brutalidad policial habían incidido de forma importante a lo largo de la década de los 60'. La discriminación de la comunidad negra era una realidad y su reflejo más evidente fueron las políticas segregacionistas de acceso en la vivienda, las cuales, por un lado, garantizaban la instalación de las adineradas familias blancas en los prósperos suburbios de la ciudad y, por otro lado, relegaban a las empobrecidas familias negras a los hostiles guetos

¹⁹⁸ MILETSKY, Zebulon, "Boston (Massachusetts) Riot of 1967", en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, p. 68.

¹⁹⁹ *Ibidem*, p. 69.

urbanos. Entre 1965 y 1967, Cincinnati se había visto envuelta en una avalancha homicida que se cobró la vida de Elisabeth Kreko, Margaret Helton, Emogene Harrington y Bárbara Bowman, cuatro mujeres blancas que habían sido abusadas sexualmente y posteriormente asesinadas. Estos crímenes, aparentemente perpetrados por un hombre negro, sembraron el miedo entre la comunidad blanca y, de forma casi inmediata, suscitaron la puesta en marcha de una investigación policial que permitiese esclarecer los hechos²⁰⁰.

Las pruebas eran escasas y los testimonios de los testigos presenciales mostraban demasiadas incongruencias. El caso estaba totalmente paralizado y los investigadores solo podían aferrarse a una de las pruebas imprecisas alumbradas por el caso Bowman, en el que se había identificado al asesino como un taxista negro. Tras algunas indagaciones, los agentes detuvieron a Postel Laskey, un joven ex taxista de 29 años que contaba con antecedentes penales por delito sexual. Laskey fue sometido a un juicio rápido y condenado a muerte por un jurado íntegramente blanco. Una vez que el veredicto se dio a conocer de forma pública, su primo, Peter Frake, inició una fuerte protesta para denunciar el arraigado racismo institucional que dominaba la ciudad, alegando que Laskey era inocente de todos los cargos que se le imputaban. El reclamo de Frake contó con el apoyo de algunos negros locales que, profundamente indignados, protagonizaron gran parte de las actividades de vandalismo que tuvieron lugar durante la manifestación. Al día siguiente todos ellos fueron juzgados y condenados a la pena máxima²⁰¹.

Simultáneamente, el 12 de junio de 1967, un grupo de negros enfurecidos tomó las calles, dando paso a una nueva *riot* en la que el fuego y las piedras fueron los verdaderos protagonistas. Muchos negocios fueron destruidos y otros tantos policías apaleados. Esa misma noche fueron arrestados 14 afroamericanos. La noche siguiente la violencia empeoró, por lo que, para sofocar las revueltas, se solicitó el apoyo de la Guardia Nacional, 900 de sus miembros fueron desplegados en Cincinnati con la orden explícita de disparar a matar. Finalmente, los disturbios cesaron el 15 de junio con un total de 404 personas arrestadas, daños a la propiedad por más de dos millones de dólares y tan solo un fallecido, un hombre negro que había recibido un disparo en el cuello. Pese a todo, Laskey nunca fue absuelto y cumplió condena en la prisión

²⁰⁰ WALLACE, Carvell, “In 1967, the Hunt for a black serial killer in Cincinnati stoked racial unrest and led to a riot”, en *TIMELINE*, 12 de junio de 2017, disponible en <https://timeline.com/in-1967-the-hunt-for-a-black-serial-killer-in-cincinnati-stoked-racial-unrest-and-led-to-a-riot-b85b35fa3fd2>. Consultado el 28 de junio de 2021.

²⁰¹ HOWARD, Marilyn, “Cincinnati (Ohio) Riot of 1967”, en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, p. 106.

hasta que murió en 2007, nunca existieron pruebas fehacientes que permitiesen involucrarle en los hechos, pero, pese a ello, muchos medios se hicieron eco de la noticia refiriéndose a él como el estrangulador de Cincinnati²⁰².

Dos días más tarde, un episodio similar sacudió a la ciudad de Atlanta (Georgia), un espacio sureño en pleno proceso de industrialización donde, el 17 de junio de 1967, ante la persistencia de la segregación *de facto* en el espacio educativo y la constante discriminación salarial de los afroamericanos, explotó una nueva revuelta urbana. Esta vez el catalizador fue un caso de brutalidad policial en el que un oficial blanco disparó su revólver contra un adolescente afroamericano causándole heridas leves. Casualmente, Slokely Carmichael se encontraba dando en un ciclo de discursos en Atlanta y, al enterarse de los sucesos, alentó las muchedumbres negras para emprender represalias. La ofensiva contra la policía fue inminente y comenzó un ataque con piedras y botellas al que las fuerzas del orden respondieron violentamente disparando sus armas. La confrontación fue breve y los afroamericanos, intimidados, decidieron dispersarse. Al día siguiente la tormenta había escampado y tan solo diez personas fueron detenidas, prácticamente en su totalidad eran jóvenes negros²⁰³.

Un sentimiento generalizado de descontento había empezado a expandirse por los territorios del norte y, a comienzos del mes de julio de 1967, el malestar llegó a la ciudad de Newark (Nueva Jersey). Newark era un centro urbano con una importante clase negra trabajadora que residía en un barrio relativamente céntrico donde copaba gran parte de las viviendas públicas de la ciudad. Al igual que en Boston, la presión poblacional ejercida por el Gran Éxodo postbélico provocó el desplazamiento de los sectores blancos hacia los exclusivos suburbios periféricos. Este hecho afectó de una forma muy notable a la tendencia demográfica de la urbe que, para principios de los 60', se posicionaba como una ciudad eminentemente negra. Sin embargo, esta aparente prosperidad del negro norteamericano era pasajera, y en el momento en el que la ciudad se vio necesitada de un proyecto de revitalización no dudó en atender frontalmente contra los sectores más desfavorecidos. Siguiendo esta tónica, Newark emprendió una campaña de remodelación urbana liderada por una propuesta revolucionaria que apostaba por la construcción de un nuevo Campus Universitario Médico y Dental que permitiese atraer nuevas poblaciones. El proyecto era increíblemente ambicioso, pero para

²⁰² Ibidem, p. 107; WALLACE, *Op. Cit.*

²⁰³ STEVERSON, Leonard, "Atlanta (Georgia) Riot of 1967", en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, pp. 24-26.

llevarlo a cabo precisaba de la destrucción de gran parte de estas viviendas de protección oficial en las que se alojaban los afroamericanos²⁰⁴.

Las relaciones entre la comunidad y la policía también eran tremendamente rígidas, con una larga lista de incidentes en los que el pacifismo brillaba por su ausencia. Entre 1965 y 1967, el cuerpo policial de Newark había protagonizado numerosos abusos sobre la comunidad negra que, por señalar algunos casos, habían terminado con la vida de jóvenes afroamericanos como Bernard Rich -asesinado en misteriosas circunstancias cuando se encontraba encerrado en una celda- o Walter Mathis -a causa de un disparo accidental cuando le investigaban por supuesto contrabando ilegal-. El ambiente se estaba caldeando y la comunidad afroestadounidense se preparaba, una vez más, para tomar las calles²⁰⁵.

El desencadenante final de la *riot* no tuvo lugar hasta el 12 de julio de 1967, momento en el que un taxista negro llamado John Smith fue brutalmente apalizado por un grupo de oficiales blancos por haber infringido, al parecer, la normativa de tráfico. Tras la golpiza, Smith fue detenido y llevado a comisaría, donde, de nuevo, fue duramente golpeado. El taxista se encontraba gravemente herido y contaba con serias lesiones causadas por la paliza, por lo que no fue raro que, como hemos visto en otras ocasiones, comenzasen a circular rumores acerca de una posible muerte provocada por los racistas policías blancos que le custodiaban. En un principio, estos espeluznantes murmullos se materializaron en forma de protestas pacíficas, pero esta práctica no duró mucho y, pronto, comenzaron a estallar las reacciones violentas. Así, en pocos minutos, se formó una importante multitud negra que atentó contra la comisaría arrojando cócteles molotov. Los disturbios de Newark habían comenzado²⁰⁶.

El atentado fue repelido por las fuerzas del orden, las cuales replicaron enérgicamente y cargaron contra la multitud dispersando a los manifestantes. A su retirada, los manifestantes negros no dudaron en saquear algunos de los negocios situados en las inmediaciones de una zona comercial cercana a la comisaría y, desde ahí, el pillaje se extendió a la totalidad del casco urbano. La retirada solo había sido un intermedio y los verdaderos disturbios estaban por llegar. A la mañana siguiente, arribaron a Newark refuerzos procedentes de la Guardia Nacional que,

²⁰⁴ HERMAN, Max, "Newark (New Jersey) Riot of 1967", en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, pp. 447-448.

²⁰⁵ Ibidem, p. 449.

²⁰⁶ MITTER, Siddhartha, "The Newark race riots 50 years on: is the city in danger of repeating the past?", en *The Guardian*, 11 de julio de 2017, disponible en <https://www.theguardian.com/cities/2017/jul/11/newark-race-riots-50-years-rebellion-police-brutality>. Consultado el 27 de junio de 2021.

junto con las fuerzas locales, lograron apaciguar momentáneamente el revuelo social. Pese a todo, el 15 de julio, cuando la situación aparentemente estaba mejorando, la actitud beligerante de los soldados, quienes disparaban contra las viviendas de los barrios negros en busca de francotiradores inexistentes y saqueaban todo tipo de negocios de propiedad afroamericana, acabó por revitalizar las protestas. Esa misma noche, alrededor de 900 personas fueron arrestadas y otras 10 asesinadas -9 de ellas a manos de la policía-. Después de cinco sangrientos días, el 17 de julio de 1967 la *riot* había concluido²⁰⁷.

Los disturbios se saldaron con un total de 23 asesinatos -dos de ellos policías- y 750 heridos, a los que hay que añadir los cerca de 250 incendios que, lentamente, fueron consumiendo las barriadas de la ciudad. Las llamas provocaron ingentes daños materiales cuyo desorbitado valor monetario hizo necesaria la puesta en marcha de un plan de recuperación económica que permitiese reconstruir la moribunda ciudad. De este modo, una vez finalizados los disturbios, comenzaron las negociaciones entre los activistas y el Estado, lo que posibilitó la firma de un acuerdo social por el que Newark se comprometía a edificar viviendas asequibles en los terrenos baldíos y, además, a desarrollar un programa de empleo que, finalmente, capacitó a cerca de 600 trabajadores para el mundo laboral. Estos, y no otros, fueron, en definitiva, los grandes logros de la rebelión²⁰⁸.

El ambiente también era especialmente delicado en Detroit (Michigan), el principal centro mundial de la industria automotriz, donde, durante años, había venido fraguándose un clima de inestabilidad que, finalmente, acabaría por estallar en este verano de 1967. Entre las décadas de los 50' y los 60', la ciudad de Detroit había puesto en marcha un programa de remodelación urbana que, al igual que en Newark, atentó frontalmente contra uno de los distritos comerciales y residenciales más importantes de la comunidad negra, el denominado *Black Bottom*. Este proyecto contemplaba la destrucción total del vecindario afroamericano y, en su lugar, planteaba la posibilidad de construir una amplia carretera interestatal que permitiera dinamizar los desplazamientos motorizados en el centro urbano. Ante la alerta de una posible demolición, algunas de las familias negras más adineradas comenzaron a desplazarse hacia otros entornos relativamente más prósperos de la ciudad, lo que rompía directamente con la lógica de segregación espacial sobre la que, desde un principio, se había asentado la trama urbana metropolitana. Al mismo tiempo, como también hemos observado en otros casos, los

²⁰⁷ HERMAN, "Newark (New Jersey) Riot of 1967", *Op. Cit.*, pp. 450-451.

²⁰⁸ *Ibidem*, p. 452; MITTER, *Op. Cit.*

sectores blancos habían comenzado a trasladarse hacia los barrios residenciales de los suburbios, donde gozaban de unos servicios públicos de mucha mejor calidad que los ofrecidos en las barriadas negras²⁰⁹.

Para 1967, Detroit continuaba siendo una ciudad espacialmente segregada en la que los afroamericanos, pese a gozar de un importante peso en la demografía urbana, continuaban infrarrepresentados, o directamente excluidos, en el gobierno de la ciudad, así como en las fuerzas policiales o en las propias escuelas, donde los profesores negros se veían sometidos a una fuerte discriminación racial que, en muchos casos, se manifestaba a través de polémicas medidas disciplinarias; elementos que, en cierto modo, buscaban arruinar cualquier posible oportunidad de promoción profesional. En este sentido, muchos hombres y mujeres negros, especialmente aquellos que residían en el *Black Bottom*, contaban con fuertes dificultades para ingresar en puestos que exigiesen un alto grado de cualificación, por lo que generalmente ocupaban profesiones fabriles en las industrias automovilísticas de Ford, General Motors o Chrysler, un aspecto que, de una u otra forma, acabaría por consolidar una especie de clase trabajadora negra²¹⁰.

Los afroamericanos contaban, como de costumbre, con unos salarios mucho más bajos que los de los obreros blancos, se encontraban recluidos en precarios guetos marginales y se veían sometidos a un fuerte control policial que, tan solo en los últimos tres años, había implicado a diversos agentes del cuerpo en múltiples casos de asesinato y brutalidad policial. Detroit, en suma, era una ciudad que había sufrido las consecuencias de la pervivencia del arraigado racismo norteamericano, del segregacionismo y de la falta de empleo, aspectos que, de algún modo, generaron una tensión social insostenible que no se demoraría mucho en explotar.

El inicio de las hostilidades no se produjo hasta la noche del 23 de julio de 1967, cuando un oficial de policía encubierto se infiltró en el *Blind Pig*, un club nocturno sin licencia en el que, posteriormente, tuvo lugar una redada policial. Las fuerzas policiales de Detroit, como en ocasiones anteriores, habían acudido al lugar en busca de drogas y armas de fuego, pero cuando arribaron al local se encontraron con una amplia multitud negra que estaba celebrando el regreso de dos soldados afroamericanos de la Guerra de Vietnam. Sin evidencia alguna, el agente

²⁰⁹ HERMAN, Max, "Detroit (Michigan) Riot of 1967" en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, p. 166; SCHALLER, *Op. Cit.*

²¹⁰ *Ibidem*, p. 167.

infiltrado se apresuró a solicitar refuerzos para arrestar a todos los individuos presentes en el *Pig* y, en tan solo media hora, un amplio dispositivo policial había sido desplegado en las afueras del local. El revuelo policial inmediatamente despertó la indignación de la comunidad negra y, tan pronto como se reunieron las patrullas en el lugar de la detención, una muchedumbre de negros molestos había acudido a la zona en símbolo de protesta²¹¹.

La brutalidad, como hemos visto, era una práctica habitual en las actuaciones represivas de las autoridades locales y esta vez no iba a ser diferente. Durante el proceso de detención, los agentes comenzaron a golpear y empujar a los impotentes afroamericanos para tratar de introducirlos en el furgón policial en el que serían trasladados a comisaría, algo que no fue del agrado de aquellos negros que se encontraban presenciando la escena, quienes, rápidamente, manifestaron su profundo descontento con la situación. Cientos de piedras y botellas fueron arrojadas a los agentes de la ley por parte de los manifestantes afroestadounidenses. La *riot* acababa de comenzar²¹².

En las primeras horas, los desórdenes civiles adquirieron la forma de saqueos masivos que se extendieron de forma frenética por algunas de las zonas empresariales más importantes de la ciudad, donde las muchedumbres negras, presas del odio, arrasaron todo tipo de establecimientos comerciales. La violencia multitudinaria de la comunidad afroamericana había sido alentada por la retórica radicalista del *Black Power* y, su discurso, se había posicionado como el principal elemento contestatario frente a la incómoda presencia policial en las barriadas negras. Los disturbios se prolongaron durante toda la noche y, ese mismo día por la mañana, comenzaron las movilizaciones policiales para tratar de poner fin a las hostilidades. Lamentablemente, lejos de sofocar la rebelión, la reactivación de la represión policial no hizo más que endurecer las actividades de los alborotadores, desatando los primeros incendios colosales provocados y reportando los primeros asesinatos de la *riot*. En total se movilizaron alrededor de un millar de agentes locales, a los que hay que sumar los 300 efectivos de la policía estatal y los cerca de 1 200 soldados de la Guardia Nacional, quienes, a medida que se

²¹¹ Ibidem, p. 165

²¹² BROWN, DeNeen, "In Detroit, 'the rage of oppression'. For five days in 1967, riots consumed a city", en *The Washington Post*, 23 de julio de 2017, disponible en <https://www.washingtonpost.com/news/retropolis/wp/2017/07/23/in-detroit-the-rage-of-oppression-for-five-days-in-1967-riots-consumed-a-city/>. Consultado el 27 de junio de 2021.

intensificaba la revuelta, contaron con el apoyo de brigadas militares de paracaidistas que habían sido enviadas por el presidente Johnson para restablecer el orden²¹³.

Detroit había sido testigo de uno de los episodios de violencia racial más sangrientos y agresivos de la década de los 60'; una insurrección civil descontrolada que, a lo largo de cinco días, sembró el caos en las calles de la ciudad causando 43 víctimas mortales y daños a la propiedad por valor de más de 500 millones de dólares. La polémica actuación policial, abanderada por la política norteamericana de ley y orden, acabó con la vida de 33 afroamericanos -el 79% de las víctimas totales- y terminó por colapsar las instituciones penitenciarias de la región como consecuencia de los más de 7 000 arrestos que se produjeron durante la revuelta²¹⁴.

Los disturbios de Detroit fueron finalmente sofocados el 27 de julio, consolidando una amplia brecha racial entre blancos y negros que aceleró, todavía más, los ágiles desplazamientos de las familias blancas hacia los suburbios de la ciudad. El miedo a la violencia racial había suscitado un cambio demográfico importante que, en pocos meses, acabaría por convertir a Detroit en una ciudad eminentemente negra. Sin embargo, esto no supuso una mejora inmediata de las condiciones vitales de los afroamericanos, quienes continuaban anclados a las denigrantes humillaciones derivadas del prejuicio racial. Tanto es así que tuvieron que pasar varios años para que, en 1973, Coleman Young, fuese elegido como el primer alcalde negro de la ciudad, un cargo que hasta entonces había sido ferozmente monopolizado por la clase dominante blanca²¹⁵.

El levantamiento de la América segregada había evidenciado el increíble problema estructural que se escondía detrás de la cuestión racial norteamericana, lo que rápidamente despertó el interés del horrorizado presidente Lyndon B. Johnson, quien, en 1967, puso en marcha una comisión investigadora con el objetivo de dilucidar las causas subyacentes que habían degenerado en los conflictos urbanos de la década de los 60'. De este modo, la Comisión Nacional Asesora sobre Desórdenes Civiles o *Comisión Kerner* -denominada así por su principal mandatario, el gobernador de Illinois, Otto Kerner- elaboró un minucioso análisis acerca la crítica situación de malestar en la que se veían inmiscuidos los negros norteamericanos y, tan solo un año más tarde, presentó sus conclusiones en un informe de 426 páginas en las que

²¹³ HERMAN, "Detroit (Michigan) Riot of 1967", *Op. Cit.*, p. 168.

²¹⁴ *Ibidem*, p. 169.

²¹⁵ *Ibidem*, p. 170.

se analizaban las condiciones devastadoras que definían la vida de los afroestadounidenses en las ciudades norteamericanas²¹⁶.

El informe Kerner, publicado al año siguiente, llegó a algunas conclusiones preocupantes, una de las cuales era que el país se encontraba «en un proceso de separación en dos sociedades, una negra y otra blanca, separadas y desiguales». «La discriminación y la segregación llevan mucho tiempo presentes en la vida norteamericana», señalaba, y «ahora amenazan el futuro de todos los ciudadanos. [...] Proseguir por el camino actual supondrá continuar con la polarización de la comunidad nacional –sostenía– y, a la larga, la destrucción de los valores democráticos fundamentales». La causa inmediata de muchos de los disturbios, descubrió el informe, era la violencia afroamericana, no contra la ciudadanía blanca, sino «contra los símbolos locales de la sociedad blanca estadounidense», y lo que los inducía era entre otras cosas una combinación de tácticas policiales, desempleo e «insuficiencias» de los programas federales de empleo, educación y asistencia social. «Lo que los norteamericanos blancos nunca han entendido pero los negros tienen siempre presente –concluía– es que la sociedad blanca se halla profundamente implicada en el gueto. Las instituciones blancas lo crearon y lo mantienen, y la sociedad blanca aprueba su existencia».²¹⁷

Para paliar los problemas que azotaban a la comunidad afroamericana, la *Comisión Kerner* propuso un incremento significativo en los importes de los presupuestos norteamericanos destinados al gasto social y, además, planteaba la necesidad de crear, como mínimo, dos millones de empleos nuevos, de los cuales, al menos, la mitad debería ser sufragados por el Estado. A su vez, a semejanza de lo acontecido en Newark, la Comisión también propuso la construcción de viviendas con precios asequibles, el establecimiento de un ingreso mínimo garantizado o el aumento de los fondos para la financiación de las escuelas urbanas, medidas que, de alguna forma, buscaban garantizar la equiparación de oportunidades entre blancos y negros. Sin embargo, todos estos proyectos fueron totalmente opacados por los esfuerzos bélicos en Vietnam, una incómoda campaña militar que había ido consumiendo de forma significativa gran parte de los recursos económicos de los Estados Unidos²¹⁸.

El revuelo social manifestado en el entorno urbano de las ciudades septentrionales durante la década de los 60´ ponía de manifiesto el limitado alcance de las reformas legales impulsadas por el Movimiento por los Derechos Civiles. El establecimiento de las nuevas medidas igualitarias, más que acabar con el segregacionismo, dio paso a un periodo de reestructuración de las relaciones socio-raciales norteamericanas en el que la pervivencia de la discriminación racial se manifestaba, como hemos visto, a través de la obstaculización en el

²¹⁶ MACKAMAN, Tom, “Cincuenta años desde el informe de la Comisión Kerner. Los disturbios urbanos de los sesenta y la reconstrucción de la ideología racial en EUA”, en *WSWS*, 5 de marzo de 2018, disponible en <https://www.wsws.org/es/articles/2018/03/12/kern-m12.html>. Consultado el 16 de junio de 2021.

²¹⁷ GRANT, Susan-Mary, *Historia de los Estados Unidos de América*, Madrid, Akal, 2012, pp. 453, 455.

²¹⁸ MACKAMAN, *Op. Cit.*

acceso al empleo y, en mayor medida, a la vivienda. El negro americano, desde siempre, había tenido que lidiar con el problema de la negritud, pero, a partir de ahora, debía enfrentarse a la aterradora realidad que suponía la más profunda pobreza²¹⁹.

Ciertamente, la pobreza había sido un mal endémico que, durante años, había azotado cruelmente a la comunidad negra. King había sido consciente de ello y, por esa razón, en noviembre de 1967, puso en marcha la *Poor People's Campaign* o Campaña por los Pobres, una ambiciosa revolución de valores que planteaba acabar, de una vez por todas, con la injusticia social. Lamentablemente, antes de poder ver materializado su proyecto, Martin Luther King fue asesinado en Memphis el 4 de abril de 1968, siendo alcanzado por un disparo de francotirador mientras se encontraba parado de pie en la terraza del *Lorraine Motel*. La comunidad afroamericana había perdido traumáticamente al que durante tanto tiempo había sido su gran líder, lo que rápidamente se tradujo en la eclosión de una nueva ola de violencia racial que, partiendo de las ciudades del sur, sumergió en una epidemia de sangre y fuego a más de cien ciudades estadounidenses. Una semana más tarde, el presidente Lyndon B. Johnson aprobaba la *Housing Rights Act*, una nueva Ley de Derechos Civiles por la que se decretaba, entre otras cosas, la prohibición de la discriminación en la venta, el alquiler o la financiación de viviendas por motivos de nacionalidad, raza o religión²²⁰.

Esta medida, que trataba de sitiar el proceso de guetificación que definía el organigrama espacial urbano de las ciudades estadounidenses, fue promulgada en pleno epicentro de un nuevo verano cálido que, con una intensidad notoria en los meses de abril y mayo de 1968, afectó a ciudades como Baltimore, Kansas, Detroit, Pittsburgh, Cincinnati, Trenton, Wilmington o Louisville, entre otras; aunque las insurrecciones civiles más violentas fueron aquellas que se produjeron durante los denominados *Levantamientos de Semana Santa*, cuyos escenarios fueron los emblemáticos centros urbanos de Chicago y Washington DC.

Unos días antes de su asesinato, el 31 de marzo de 1968, el reverendo King había acudido a Washington DC, donde preparó el terreno para el desarrollo de su póstuma Marcha por los Pobres, en la que los activistas, en su sentido más amplio, exigirían al gobierno que se responsabilizase del gravísimo problema socioeconómico que suponía la vida por debajo del

²¹⁹ SUGRUE, Thomas, "2020 is not 1968: To understand today's protests, you must look further back", en *National Geographic*, 11 de junio de 2020, disponible en https://www.nationalgeographic.com/history/article/2020-not-1968?cmpid=int_org=ngp::int_mc=website::int_src=ngp::int_cmp=amp::int_add=amp_readtherest. Consultado el 17 de junio de 2021.

²²⁰ WILLIAMS, John, "The Long Hot Summers of Yesteryear", en *The History Teacher*, 3 (1968), pp. 9-11.

umbral de la pobreza. Allí, una vez terminado su discurso, los periodistas se interesaron por la opinión de King con respecto a los disturbios que, en 1967, habían asolado las ciudades de Newark y Detroit y le preguntaron sobre la posible continuidad de esta ola de violencia en las ciudades del interior estadounidense a lo largo de este próximo verano, a lo que el orador respondió: “no me gusta predecir la violencia, pero si no se hace nada entre ahora y junio para levantar la esperanza en el gueto, siento que este verano no solo será tan malo, sino peor que el año pasado”²²¹.

Las declaraciones de King auguraban un oscuro futuro para las ciudades estadounidenses y, pocos días más tarde, tan solo unas horas después de su asesinato, sus peores pesadillas se confirmaron, dando paso a una nueva oleada de disturbios raciales en la capital norteamericana. Las noticias de la muerte de King llegaron a Washington a través de la radio e incendiaron los ánimos de los afroamericanos que residían en la intersección de las calles 14 y U, en el noroeste de la ciudad, uno de los máximos centros culturales y financieros de la comunidad negra. Allí, se albergaban un importante número de tiendas, negocios y oficinas de distintas organizaciones del Movimiento por los Derechos Civiles como, por ejemplo, la NAACP, el SNCC o la kingiana SCLC, espacios que lentamente fueron consumidos por las llamas²²².

En un primer momento, las furiosas muchedumbres negras habían tomado las calles para recomendar a los comerciantes y mercaderes de la zona que cerrasen sus negocios en señal de respeto y protesta ante el asesinato de King. Sin embargo, más tarde, el radicalista Stokely Carmichael hizo acto de presencia, se unió a la enfurecida muchedumbre y con su discurso de autodefensa transformó totalmente los propósitos de la protesta. A partir de este momento, los comerciantes no deberían cerrar sus negocios, sino que estarían obligados a hacerlo si no querían recibir represalias. La intervención de Carmichael fue decisiva para que la adormecida violencia racial despertase de su breve letargo y, al caer la noche, comenzaron las primeras actividades disruptivas. Durante las horas siguientes, cientos de cristales rotos inundaron las

²²¹ Citado en MOORE, Jack, “‘Everything was on fire’ - remembering the DC riots 50 years later, en *WTOPNews*, 2 de abril de 2018, disponible en <https://wtop.com/dc/2018/04/everything-was-on-fire-remembering-the-dc-riots-50-years-later/>. Consultado el 28 de julio de 2021.

²²² KERSTEN, Denise, “«People Were Out of Control»: Remembering the 1968 Riots”, en *Washingtonian*, 1 de abril de 2008, disponible en <https://www.washingtonian.com/2008/04/01/people-were-out-of-control-remembering-the-1968-riots/>. Consultado el 28 de junio de 2021.

calles de la ciudad, los saqueos se sucedieron y se reportaron los primeros incendios; de un instante a otro una violenta marea negra se había apoderado de la ciudad²²³.

Al día siguiente, de nuevo instigados por el discurso agresivo del *Black Power*, una gigantesca muchedumbre de afroestadounidenses inició una confrontación directa con los miembros de la policía local. Los agentes fueron duramente apedreados y, pese a que habían recibido la orden estricta de no disparar a los alborotadores, hicieron caso omiso a las indicaciones abriendo fuego contra los manifestantes, dos de ellos resultaron fatalmente heridos, uno de los cuales tenía, tan solo, 15 años. La tensión era ya insostenible y, esa misma tarde, gran parte de los barrios negros distribuidos por toda la ciudad decidieron sumarse a las protestas, los saqueos se multiplicaron peligrosamente y los incendios premeditados aumentaron de forma exponencial. El cuerpo de policía de Washington, reducido a 3 100 efectivos, mayormente blancos, se veía incapaz de sofocar una *riot* que, en su apogeo, había contado con alrededor de 20 000 agitadores negros vagando por las calles de la ciudad²²⁴.

La actividad belicosa de las turbas negras llegó, incluso, a manifestarse en los entornos más próximos de la Casa Blanca y del Capitolio, provocando que el presidente Johnson, ante el miedo a un posible recrudecimiento del hostigamiento afroamericano, movilizase, a través de una *Executive Order*, a un total de 13 600 tropas federales, incluidos algunos voluntarios de la Guardia Nacional. Este extenso operativo de defensa fue desplegado de forma inminente en la ciudad, con la misión de defender aquellos importantes enclaves políticos. De este modo, los soldados patrullaron la ciudad durante días y no dudaron en recurrir a la violencia armada para sofocar la rebelión. El 8 de abril de 1968 el levantamiento de Washington había llegado a su fin, 12 personas perdieron la vida y otras 1 097 fueron hospitalizadas; 6 100 activistas fueron arrestados y cerca de un millar de edificaciones calcinadas; los daños materiales ascendían a cerca de 30 millones de dólares e incidieron de forma más significativa sobre el núcleo negro de la ciudad, un espacio que tardaría más de treinta años en recuperarse de aquel traumático episodio de violencia urbana²²⁵.

²²³ NYANGONI, Betty, “Washington (D.C.) Riots of 1968, en Rucker, Walter y Upton, James (eds.), *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007, p. 684.

²²⁴ GERHART, Ann, RINDLER, Danielle, TIERNEY, Lauren y EMAMDJOMEH, Armand, “The Four Days in 1968 That Reshaped D.C.”, en *The Washington Post*, 27 de marzo de 2018, disponible en <https://www.washingtonpost.com/graphics/2018/local/dc-riots-1968/>. Consultado el 26 de junio de 2021; DUBIE, “Urban rebellions, United States”, *Op. Cit.*, p. 3402.

²²⁵ NYANGONI, Betty, “Washington (D.C.) Riots of 1968, *Op. Cit.*, pp. 683, 685.

De forma simultánea, Chicago, el que había sido el principal centro de operaciones del MDC en el norte de los Estados Unidos, también se vio envuelta en una terrible *riot* tras la difusión de la noticia de la muerte de King. Aquí, al igual que en Washington DC, los disturbios estallaron la misma noche que el carismático líder afroamericano fue asesinado, dado paso a los primeros incendios provocados y desencadenando los primeros ataques a la propiedad, un clima hostil había embriagado por completo las calles de la ciudad. En Chicago, los desórdenes fueron protagonizados por los sectores estudiantiles negros, quienes, al día siguiente de conocer la noticia, el 5 de abril de 1968, comenzaron a saquear múltiples negocios de titularidad blanca. Los saqueos, como de costumbre, motivaron el desarrollo de una imparable actividad incendiaria que desbordó la limitada capacidad de erradicación del departamento de bomberos. La alerta insurreccional era una realidad y, pronto, comenzaron a organizarse los primeros operativos policiales para sofocar la inminente revuelta²²⁶.

Ese mismo día, llegaron a Chicago cerca de 7 000 soldados de la Guardia Nacional de Illinois para apoyar la labor de contención de los cuerpos policiales locales, aunque acabaron ofreciendo una asistencia inútil que no contribuyó más que a paralizar las movilizaciones de forma momentánea. Los incendios y los allanamientos continuaron con mayor virulencia a la mañana siguiente, lo que provocó el refuerzo del orden con 5 000 soldados adicionales procedentes del ejército federal. Los días se iban sucediendo y las llamas continuaban expandiéndose por la ciudad arrasando todo cuanto salía a su paso, por lo que la policía recibió la orden directa de disparar a matar a cualquier individuo que mostrara indicios de piromanía, una polémica actuación que, una vez más, manifestaba la crudeza del problema racial norteamericano.

Finalmente, el 10 de abril, la *riot* fue reprimida con un resultado desolador, al menos 9 personas habían sido asesinadas, 1 200 resultaron heridas y cerca de otras 3 000 fueron arrestadas. La Norteamérica negra lloraba la pérdida de un líder y de sus ojos brotaban lágrimas de sangre que acabaron por inundar las calles de los guetos afroamericanos de las principales ciudades estadounidenses. La pesadilla racial era una realidad y, ahora, la filosofía no-violenta se veía incapaz de acallar el clamor reivindicativo de las salvajes muchedumbres negras²²⁷.

²²⁶ ABU-LUGHOD, Janet, *Race, Space, and Riots in Chicago, New York and Los Angeles*, New York, Oxford University Press, 2007, pp. 93-98

²²⁷ GALL, Chisten, "What Happened During the West Side Riots of April 1968", en *Chicago Magazine*, 5 de abril de 2018, disponible en <https://www.chicagomag.com/city-life/April-2018/What-Happened-During-the-West-Side-Riots-of-April-1968/> Consultado el 27 de junio de 2021.

7. CONCLUSIONES

Como ha quedado demostrado a lo largo del presente trabajo, el Movimiento por los Derechos Civiles hunde sus raíces en el periodo inmediatamente posterior a la Guerra de Secesión, momento en el que la victoria de las fuerzas de la Unión, con el apoyo decisivo de los regimientos militares y paramilitares negros, hizo posible la promulgación de la 13ª Enmienda Constitucional de los Estados Unidos, una reforma legal que completaba el proyecto abolicionista y que confirmaba la propuesta de liberación esclava recogida en la *Emancipation Proclamation* de Abraham Lincoln. La abolición de la esclavocracia fue un daño colateral de la profunda división sociopolítica que reinaba durante las décadas anteriores al cruento conflicto secesionista y, en definitiva, se convirtió en el polémico precio a pagar para el mantenimiento de la integridad de los Estados Unidos de América.

De forma paralela, el proceso de gestación del aparato identitario afroamericano, el único elemento capaz de dotar de una cierta cohesión al futuro activismo, partía de la primitiva *cultura del barracón*, aquel espacio idílico desde el que comenzaron a fraguarse las primeras rebeliones esclavas, levantamientos que reivindicaban la silenciada condición humana del individuo negro y que evidenciaban su implacable ansia de libertad. Las revueltas esclavas hicieron gala de un repertorio de confrontación destructivo en el que los incendios y los asesinatos constituyeron una parte central del modelo de actuación de los sectores esclavos y de sus defensores blancos. La respuesta violenta, ya durante y con anterioridad a la rebelión esclava protagonizada por John Brown, había sido un elemento definitorio de la resistencia negra frente al dominio racista blanco.

Los agravios de la esclavitud formaban parte del *modus vivendi* de la comunidad afroestadounidense y, pronto, aquel sentimiento de resistencia frente al supremacismo blanco fue introduciéndose como un nuevo componente identitario del individuo afroamericano. De este modo, el negro norteamericano fue lentamente rechazando, al menos en parte, sus orígenes africanos para, indudablemente, afirmar su pertenencia a los Estados Unidos de América, un nación levantada con la sangre y el sudor de sus antepasados y que, de ahora en adelante, se convertiría en el símbolo de su libertad.

Tras la abolición de la esclavitud, la fantasía por excelencia del hombre blanco, como hasta entonces, hubiera sido la de garantizar la exclusividad racial blanca en el conglomerado social estadounidense, apostando por políticas emigracionistas que recuperasen los proyectos

colonizadores que habían fracasado estrepitosamente durante la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, la prolífica labor discursiva de magnánimas figuras afroamericanas como Martin Delany o Frederick Douglass, quienes exigieron de forma insistente el reconocimiento de los derechos de ciudadanía para los esclavos recién liberados, alentaron a la optimista comunidad negra para reivindicar ese espacio propio en la sociedad norteamericana que, por nacimiento, les pertenecía. Así, ya durante la Reconstrucción, la 14ª Enmienda Constitucional de 1868 revocó las condiciones de la *Naturalization Act* de 1790, por la que se reservaba la condición de ciudadano estadounidense a las “personas blancas de buen carácter”, y posibilitó la promulgación de la *Naturalization Act* de 1870, por la que se extendía esta condición a los extranjeros de origen africano y a sus descendientes. Es, por tanto, durante los primeros momentos del periodo reconstruccionista, cuando podemos rastrear los primeros indicios del incipiente Movimiento por los Derechos Civiles de los afroamericanos.

En un principio, estos derechos cívicos fueron demandados desde las esferas negras más influyentes de la época, las cuales trataban de garantizar la igualdad pública entre blancos y negros, la participación activa de los afroamericanos en la vida política del Estado y el fin de la discriminación racial en el uso de los servicios públicos, pero sería el monopolizado poder gubernamental blanco el encargado de llevar a cabo las reformas. Como hemos visto, pese a que algunas de estas exigencias fueron satisfechas por las enmiendas constitucionales promovidas por el republicanismo postbélico, la comunidad afroamericana continuaba atrapada en las redes de la discriminación a través de los *Black Codes* sureños, aparatos legales que dotaban a los sectores blancos de un fervoroso odio comunitario hacia los negros. La normativa de los *Codes* contribuyó a instaurar un segregacionismo *de iure* en los territorios del sur de los Estados Unidos, que poco a poco se fue extendiendo hacia las ciudades del norte, y consolidó un lucrativo sistema de arrendamiento de presidiarios que vinculaba al negro con la criminalidad, una concepción que, en cierto modo, explica la estigmatización de las gentes del gueto y el salvaje prejuicio racial delictivo que, actualmente, salpica al negro norteamericano.

Este, quizás, pudiera ser uno de los motivos que permitiese explicar por qué, en nuestros días, los afroamericanos, quienes constituyen tan solo un 12% de la población de los Estados Unidos, suponen el 40% de la población carcelaria del país, así como la existencia de actuaciones policiales diferenciadas que, motivadas por la racialización de las víctimas, envuelven, en la mayor parte de los casos, a individuos de ascendencia negro-africana en impactantes episodios de brutalidad policial.

A este respecto también puede ser de especial relevancia el hecho de que gran parte de los miembros de organizaciones sumamente racistas como el *Ku Klux Klan*, la *White League* o los *Red Shirts*, responsables del terror negro, ingresasen en las fuerzas defensivas de los distintos cuerpos estatales de policía. La depuración de este tipo de instituciones no parece haber sido una prioridad inmediata y, por ello, no solo a lo largo del siglo pasado, sino también en nuestros días, la violencia policial indiscriminada contra la comunidad negra se ha convertido en uno de los males endémicos más preocupantes del territorio norteamericano. La respuesta policial violenta, en suma, parece ser una prolongación de las prácticas de linchamiento -jamás abolidas ni castigadas legalmente pese a los constantes intentos de la NAACP por fomentar la aprobación de una Ley *Anti-Lynch*- y, de alguna forma, ofrece un claro reflejo de las deterioradas relaciones existentes entre el Estado y la comunidad afroamericana.

La presión laboral y demográfica derivada de la intensa actividad migratoria que acompañó a la Primera Guerra Mundial, unido al papel de los rumores y a la polémica actuación policial tensó las relaciones interraciales desatando los primeros disturbios civiles en 1919 durante el periodo conocido como *Red Summer*. Las revueltas del *Red Summer* se engloban dentro de lo que académicamente se han denominado como *Southern Style riots*, es decir, disturbios de naturaleza racial liderados por muchedumbres de angustiados supremacistas blancos que emprendieron una acción violenta frente a comunidades de negros indefensos, por ver en ellas una competitividad vital que ponía en riesgo los pilares discriminatorios del *statu quo* racial norteamericano. Los principales escenarios de este clima de hostilidad fueron ciudades industriales con una fuerte competitividad laboral como Chicago o Washington DC, y espacios donde el negro gozaba de una próspera posición económica como, por ejemplo, Longview o Tulsa.

En general, estos disturbios buscaban desacelerar el paulatino progreso de los miembros de la comunidad afroamericana, pero estos últimos, dotados de un orgullo racial gracias a la doctrina garveyista y motivados por el cambio de conciencia que supuso la participación en el conflicto mundial, emprendieron una labor autodefensiva de resistencia que, pocos años más tarde, inspiró el pensamiento radicalista del *Black Power*. El negro americano se había cansado de ceder y, de ahora en adelante, había comenzado a desempeñar un rol más activo en la defensa de sus derechos y libertades. El primer campo de batalla fue la educación, cuyo disfrute en las segregadas *Black Schools*, fomentó la difusión de una identidad en construcción que, posteriormente, sentará las bases para las futuras movilizaciones por los Derechos Civiles.

De hecho, fue la cuestión educativa del negro la que puso fin a la doctrina segregacionista *separate but equal* en 1954, allanando el terreno para las futuras organizaciones del MDC que, desde 1909, ya contaba con un fuerte organigrama organizativo encabezado por la NAACP. Las batallas jurídicas de este organismo fueron fundamentales para el triunfo de las aspiraciones del MDC, ya que, por una parte, desafiaban enérgicamente la legislación del régimen *Jim Crow* y, por otra parte, daban voz al descontento de una comunidad negra que, durante años, había visto como sus derechos fundamentales habían sido sistemáticamente vulnerados.

A partir de 1955, con el icónico Boicot a los Autobuses de Montgomery, el MDC entró en su periodo de mayor esplendor reivindicativo y de la mano de Martin Luther King y de la filosofía no-violenta, los activistas afroamericanos comenzaron a exigir la igualdad de derechos y oportunidades entre negros y blancos empleando un novedoso repertorio de confrontación que introdujo tácticas pioneras de protesta pacífica como las *sit-ins* o los *freedom rides*. Este nuevo activismo negro era consciente de la importancia manifiesta que tenía el voto de la comunidad en la política nacional, por lo que sus actuaciones aprovechaban la acusada virulencia de las racistas actuaciones policiales para generar una tensión constructiva que precipitase la intervención del gobierno federal en el conflicto. El triunfo de la revolución social negra se debe, en parte, a la inestabilidad sociopolítica inducida por el activismo pacifista, cuyas escenas de odio racial constituían una propaganda nefasta para el capitalismo estadounidense e intolerable en el contexto político de la Guerra Fría.

Como también ha quedado demostrado a lo largo de estas páginas, la respuesta violenta autodefensiva de la comunidad negra no está restringida, tan solo, a 1966, sino que ya durante las primeras décadas del siglo XX, había sido manifestada por grupos nacionalistas como la Nación del Islam, de la que formaría parte activistas como Malcolm X. El discurso radicalista de Malcolm X era especialmente influyente en los precarios guetos negros de las ciudades del norte de los Estados Unidos, espacios donde el MDC apenas había mostrado interés y, lentamente, había ido despertando una conciencia de rebelión entre la comunidad cuya idea aterraba profundamente al gobierno federal. De este modo, como evidencia King en su *Carta desde la Prisión de Birmingham*, de no poner freno a la frustración del individuo negro ante la inoperancia de la administración federal, la pesadilla racial se convertiría en una realidad inevitable que acabaría por bañar de sangre las calles de los guetos de las principales ciudades norteamericanas.

En el contexto internacional, Estados Unidos se encontraba en competencia directa con el bloque soviético comunista y, lentamente, se iba asfixiando a causa de la crisis socio-económica generada por la sucesión de fracasos en la Guerra de Vietnam. El nerviosismo político generado tras la inquietante crisis de los misiles cubanos en 1962 hizo que el gobierno federal se replantease la posibilidad del estallido de una rebelión nacional de agraviados negros, una idea que ciertamente aterraba a los mandatarios estadounidenses y que, de uno u otro modo, precipitó la aprobación de la legislación referente a los Derechos Civiles de los negros.

Las inestabilidad sociopolítica derivada de las protestas negras encontró su clímax en la Campaña de Birmingham de 1963, donde las escenas de vírico odio racial, difundidas internacionalmente, precipitaron, definitivamente, la puesta en marcha de un proyecto legislativo que se venía demandando años atrás. Las victorias legales del MDC se tradujeron en la promulgación de la *Civil Rights Act* de 1964 y la *Voting Rights Act* de 1965 durante la administración Johnson; medidas con un alcance limitado que contribuyeron a un incremento significativo del radicalismo afroamericano. El proceso de guetificación al que se habían visto sometidas las barriadas negras evidenciaba la pervivencia de la discriminación racial en el acceso a la vivienda, lo que unido a los asesinatos de Malcolm X en 1965 y, especialmente, de Martin Luther King en 1968, acabó desatando una nueva ola de violencia urbana.

Las riots de 1967 y 1968, protagonizadas por colectivos afroamericanos, se enmarcan dentro de lo que conocemos como *Northern Style riots*, disturbios raciales que escenifican un enfrentamiento abierto entre los afroamericanos, por un lado, y las monopolísticas fuerzas policiales blancas, por el otro. En general, se trata de levantamientos motivados por la pervivencia de la actitud discriminatoria norteamericana y encuentran su razón de ser en la actitud violenta -brutalidad policial, asesinato, etc.-, una actitud que es combatida a través de una posición ofensiva cuyo repertorio incluye saqueos, incendios provocados o ataques a la autoridad. No obstante, estas revueltas no contemplan el asesinato como una acción directa y, aunque en algunos casos se han documentado fallecimientos de policías, la gran mayoría de las muertes durante las *riots* responden a una autoría policial en la que el prejuicio racial define marcadamente el ritmo de la represión. Este modelo insurreccional es el más extendido en las *riots* actuales, siendo los ejemplos por antonomasia los disturbios de Los Ángeles en 1992 o de Minneapolis en este 2020, donde la difusión de escenas de abuso policial hacia individuos negros indefensos han contribuido a desatar la cólera de los colectivos negros ofendidos, evidenciando, de nuevo, el grave problema estructural que supone el racismo norteamericano.

8. BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

Archivos digitales

CIVIL RIGHTS DIGITAL LIBRARY, disponible en <http://crdl.usg.edu/?Welcome>.

LIBRARY OF CONGRESS, disponible en <https://loc.gov/>.

NEWTON GRESHAM LIBRARY, San Houston State University, *U.S. History: Primary Source Collections Online, Civil Rights*, disponible en <https://shsulibraryguides.org/c.php?g=86715&p=558148>.

TULSA HISTORICAL SOCIETY AND MUSEUM, disponible en <https://www.tulsaehistory.org/exhibit/1921-tulsa-race-massacre/documents/>.

Obras de consulta general

CARBONE, Valeria Lourdes, *Racismo, Raza y Clase en la lucha de base y resistencia afro-estadounidenses durante 1968-1988*, Universidad de Buenos Aires, 2016.

DEGLER, Carl, *Historia de Estados Unidos. El desarrollo de una nación (1860-1985)*, Barcelona, Ariel, 1986.

GRANT, Susan-Mary, *Historia de los Estados Unidos de América*, Madrid, Akal, 2012.

GORLIER, Claudio, *Historia de los negros de los Estados Unidos*, Madrid, Ediciones Iberoamericanas, 1968.

JENKINS, Philip, *Breve Historia de los Estados Unidos* (4ª ed.), Madrid, Alianza Editorial, 2012.

MORISON, Samuel, COMMAGER, Henry y LEUCHTENBURG, William, *Breve historia de los Estados Unidos* (4ª ed.), México DF, Fondo de Cultura Económica, 1995.

NESS, Immanuel, *The International Encyclopedia of Revolution and Protest. 1500 to present*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2009.

RUCKER, Walter y UPTON, James, *Encyclopedia of American Race Riots* (vol. 1 & 2), London, Greenwood Press, 2007.

SILBERMAN, Charles, *El problema racial en Norteamérica*, México DF, Ediciones ERA, 1966.

WILKINSON, Steven, "Riots", en *The Annual Review of Political Science*, 12 (2009), pp. 329-343.

ZINN, Howard, *La otra historia de los Estados Unidos. Desde 1492 hasta el presente* (3ª ed.), New York, Siete Cuentos, 2011.

Movimientos sociales y acción colectiva

- DELLA PORTA, Donatella y DIANI, Mario, *Los Movimientos Sociales*, Madrid, Editorial Complutense, 2011.
- DELLA PORTA, Donatella, “Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta”, en McAdam, Dough, McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones ISTMO, 1999, pp. 100-143.
- FERNÁNDEZ TORRES, María Jesús, *Movimientos sociales y acción colectiva. Pasado y presente*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA), 2015.
- GAMSON, William y MEYER, David, “Marcos interpretativos de la oportunidad política”, en McAdam, Dough, McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones ISTMO, 1999, pp. 389-413.
- HILL, Stuart y ROTHCHILD, Donald, “The Impact of Regime on the Diffusion of Political Conflict”, en Manus Midlasky (ed.), *The Internationalization of Communal Strife*, Londres, Routledge, 1992, pp. 189-206.
- LARAÑA, Enrique, *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- MCADAM, Dough, MCCARTHY, John y ZALD, Mayer, “Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales”, en McAdam, Dough, McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones ISTMO, 1999, pp. 21-47.
- MCADAM, Dough, “Marcos interpretativos y tácticas utilizadas por los movimientos: dramaturgia estratégica en el Movimiento Americano Pro-Derechos Civiles”, en McAdam, Dough, McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones ISTMO, 1999, pp. 475-497.
- RUEDA, Lupicinio, “Movimientos sociales: conflicto, acción colectiva y cambio social”, en Vázquez, Félix (ed.), *Psicología del comportamiento colectivo*, Barcelona, Editorial UOC, 2003, pp. 5-59.
- SANTAMARINA CAMPOS, Beatriz, “Movimientos sociales: una revisión teórica y nuevas aproximaciones”, en *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 39 (2008), pp. 112-131.

TARROW, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Universidad, 1997.

TILLY, Charles y WOOD, Lesley, *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*, Barcelona, Crítica, 2010.

El movimiento abolicionista, la Reconstrucción americana y el Primer Movimiento por los Derechos Civiles

APTHEKER, Herbert, *Las revueltas de los esclavos negros norteamericanos*, Madrid, Siglo XXI de España editores, 1978.

BOUSTAN, Leah, “The Great Black Migration: Opportunity and competition in northern labor markets”, en *Focus*, 1 (2015), pp. 24-27.

CREW, Spencer, “The Great Migration of Afro-Americans, 1915-1940”, en *Monthly Labor Review*, 110 (1987), pp. 34-36.

DAVIS, Ángela, *Democracia de la abolición. Prisiones, racismo y violencia*, Madrid, Editorial Trotta, 2016.

DRAPER, Theodore, *El nacionalismo negro en los Estados Unidos*, Madrid, Alianza Editorial, 1972.

GRUNSTEIN, Arturo, “Segregación y discriminación: el nacimiento de Jim Crow en el sur de los Estados Unidos”, en *El Cotidiano*, 134 (2005), pp. 95-102.

HIGGINBOTHAM, Michael, *Ghosts of Jim Crow. Ending Racism in Post-Racial America*, New York, New York University Press, 2013.

LAVIÑA, Javier, “Comunidades afroamericanas. Identidad de resistencia”, en *Boletín Americanista*, 48 (1998), pp. 139-151.

MAESTRO, Javier, “«El dilema norteamericano». De la esclavitud a la institucionalización de la discriminación racial”, en *Studia Histórica: Historia contemporánea*, 26 (2008), pp. 53-78.

MATEWS, Audrey y JEFFERSON, Renee, “Derechos civiles, Acción afirmativa y presiones contra la diversidad: una visión afroamericana”, en *El color de la tierra. Las minorías en México y Estados Unidos*, 2001, pp. 109-139.

MIEDER, Wolfgang, “La Regla de Oro y la Persuasión Moral. La lucha proverbial de Frederick Douglass por los derechos humanos”, en *Paremia*, 13 (2004), pp. 21-30.

- MIXON, Gregory, “«Merecemos un tratamiento mejor»: Auge y caída de las milicias negras en el hemisferio occidental durante el s. XIX”, en *Boletín Americanista*, 68 (2014), pp. 55-75.
- OÑATE, Alfonso, “El Sur de los Estados Unidos: Desde la esclavitud hasta la lucha por los Derechos Civiles”, en *Trocadero*, 16 (2004), pp. 283-298.
- ORTIZ, Federico, “La rebelión de los esclavos y la literatura norteamericana”, en *Revista de Estudios Norteamericanos*, 7 (2000), pp. 167-178.
- RODRÍGUEZ VARELA, José, “Algunos textos de Washington y DuBois: dos filosofías de la educación”, en *Analecta Malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras*, 4 (1981), pp. 35-46.
- SUNDSTORM, Ronald, “Frederick Douglass”, en Zalta, Edward (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Stanford University, 2017, disponible en <https://plato.stanford.edu/entries/frederick-douglass/>. Consultado el 11 de junio de 2021.
- VILLALPANDO, Waldo, “La esclavitud, el crimen que nunca desapareció. La trata de personas en la legislación internacional”, en *INVENIO*, 27 (2011), pp. 13-26.
- Rosa Parks, Martin Luther King, Malcolm X y el Segundo Movimiento por los Derechos Civiles**
- AGUILAR FERNÁNDEZ, Susana, “Contexto político y protesta: El Movimiento por los Derechos Civiles en Estados Unidos (1933-68)”, en *Revista de Estudios Políticos*, 136 (2007), pp. 11-49.
- ACKERMAN, Bruce, *We the People III. La Revolución de los Derechos Civiles*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019.
- BOSCH, Aurora, “La educación como campo de batalla: la desegregación escolar en Estados Unidos (1954-1980)”, en *Educació i Història*, 34 (2019), pp. 65-91.
- BROUSSARD, Albert, “El movimiento por los derechos civiles y la lucha de los negros por la libertad, 1945-1968”, en *El color de la tierra. Las minorías en México y Estados Unidos*, 2001, pp. 99-108.
- CARBONE, Valeria Lourdes, “Shall they overcome?... Ayer y hoy de Moderno Movimiento por los Derechos Civiles de los Afro-americanos en los Estados Unidos”, en *Antíteses*, 2 (2008), pp. 325-342.

- CARMICHAEL, Stokely, “El problema negro en los Estados Unidos”, en *Punto Final*, 35 (1967), pp. 2-16.
- CARPIZO, Elssié, “Rosa Parks: Primera dama de los Derechos Civiles”, en *Revista de la Facultad de Derecho de México*, 265 (2016), pp. 27-44.
- DAVIS, Angela, *Una historia de la conciencia. Ensayos escogidos*, Guadarrama, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2016.
- DEL CAMPO, Salustiano y DÍEZ, Juan, “El negro americano”, en *Revista de Estudios Políticos*, 120 (1961), pp. 165-208
- FABRINI, Rosario, “Separate and unequal: Thurgood Marshall y el desafío a Jim Crow”, en *Ágora UNLaR*, 5 (2018), pp. 76-84.
- GALLEGO, Marisa, *La rebelión negra en Estados Unidos*, Buenos Aires, Maipue, 2015.
- GAILLARD, Frye, “Rosa Parks”, en *Encyclopedia of Alabama*, Auburn University, 14 de marzo de 2007, disponible en <http://www.encyclopediaofalabama.org/article/h-111>. Consultado el 26 de junio de 2021.
- QUINTERO, Pablo, “Etnicidad, proletarización y luchas sociales en el proceso de escolarización de los afroamericanos en Estados Unidos (1865-1965)”, en *Gazeta de Antropología*, 24 (2008), pp. 1-10.
- LÓPEZ SERRANO, Alfredo, “La imagen violenta como argumento contra la violencia. El papel de las imágenes violentas en la lucha por los Derechos Civiles de los Afroamericanos”, en Amador Carretero, M.^a Pilar (dir.), Robledano Arillo, Jesús y Ruiz Franco, M.^a Rosario (coords.), *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Imagen, Cultura y Tecnología*, Madrid, Universidad Carlos III, 2008, pp. 123-144.
- LUTHER KING, Martin, *Carta desde la cárcel de Birmingham*, disponible en <http://institutoprogresista.org/wp-content/uploads/2018/04/Carta-de-Birmingham.pdf>. Consultado el 27 de junio de 2021.
- LUTHER KING, Martin, *I Have a Dream*, disponible en <http://ficus.pntic.mec.es/jals0026/documentos/textos/IHAVEADREAM.pdf>. Consultado el 27 de junio de 2021.
- MORRIS, Aldon, *The Origins of the Civil Rights Movement. Black Communities Organizing for Change*, New York, Free Press, 1986.
- PINKNEY, Alphonso, *Red, black and green: Black Nationalism in the United States*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

PITA, Federico, “Del movimiento por los derechos civiles al New Jim Crow”, en *Huellas de Estados Unidos. Estudios y debates desde América Latina*, 2016, pp. 62-74 disponible en http://www.huellasdeeu.com/ediciones/EJ_150_50/06_FedericoPita_p62-74.pdf. Consultado el 25 de mayo de 2021.

TORRES GUTIÉRREZ, Alejandro, *Minorías y multiculturalidad en los Estados Unidos de Norteamérica*, Jaén, Servicio de publicaciones Universidad Complutense, 2002.

VIANA, ISRAEL, “Malcolm X: crónica de una muerte anunciada”, en *ABC*, 30 de octubre de 2013, disponible en https://www.abc.es/historia/abci-asesinato-malcolm-201102220000_noticia.html Consultado el 27 de junio de 2021.

WACQUANT, Loïc, “De la esclavitud al encarcelamiento masivo”, en *New Left Review*, 13 (2002), pp. 38-58.

X, Malcolm, *Malcolm X. Vida y voz de un hombre negro: autobiografía y selección de discursos*, Navarra, Txalaparta Editorial, 1991.

Disturbios raciales/ Afro-American race riots

ABU-LUGHOD, Janet, *Race, Space, and Riots in Chicago, New York and Los Angeles*, New York, Oxford University Press, 2007.

BAILEY, Holly, “A year after George Floyd’s death, Minneapolis remaind scarred, divided”, en *The Washington Post*, 23 de mayo de 2021, disponible en <https://www.washingtonpost.com/nation/2021/05/23/george-floyd-death-anniversary/>. Consultado el 10 de julio de 2021.

BENGOECHEA, Soledad, “Bienio rojo de EE. UU. La matanza de Elaine en 1919”, en *Conversaciones sobre Historia*, 6 de junio de 2020, disponible en <https://conversacionsobrehistoria.info/2020/06/28/bienio-rojo-de-ee-uu-i-los-martires-de-elaine-en-1919/> Consultado el 25 de abril de 2021.

BROWN, DeNeen, “In Detroit, `the rage of oppression´. For five days in 1967, riots consumed a city”, en *The Washington Post*, 23 de julio de 2017, disponible en <https://www.washingtonpost.com/news/retropolis/wp/2017/07/23/in-detroit-the-rage-of-oppression-for-five-days-in-1967-riots-consumed-a-city/>. Consultado el 27 de junio de 2021.

DÍEZ, Beatriz, “Masacre de Tulsa: qué ocurrió en la oculta matanza del “Wall Street negro”, uno de los peores crímenes racistas en la historia de EE. UU.”, en *BBC*, 19 de junio de

- 2020, disponible en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-53073126>. Consultado el 16 de junio de 2021.
- EDY, Jill, “Watts riots of 1965”, en *Encyclopaedia Britannica*, disponible en <https://www.britannica.com/event/Watts-Riots-of-1965>. Consultado el 28 de junio de 2021.
- GALL, Chisten, “What Happened During the West Side Riots of April 1968”, en *Chicago Magazine*, 5 de abril de 2018, disponible en <https://www.chicagomag.com/city-life/April-2018/What-Happened-During-the-West-Side-Riots-of-April-1968/>. Consultado el 27 de junio de 2021.
- GERHART, Ann, RINDLER, Danielle, TIERNEY, Lauren y EMAMDJOMEH, Armand, “The Four Days in 1968 That Reshaped D.C.”, en *The Washington Post*, 27 de marzo de 2018, disponible en <https://www.washingtonpost.com/graphics/2018/local/dc-riots-1968/>. Consultado el 26 de junio de 2021.
- GERSHON, Livia, “Did The 1965 Watts Riots Change Anything?”, en *JSTOR Daily*, 13 de julio de 2016, disponible en <https://daily.jstor.org/did-the-1965-watts-riots-change-anything/>. Consultado el 28 de junio de 2021.
- KERSTEN, Denise, “«People Were Out of Control»: Remembering the 1968 Riots”, en *Washingtonian*, 1 de abril de 2008, disponible en <https://www.washingtonian.com/2008/04/01/people-were-out-of-control-remembering-the-1968-riots/>. Consultado el 28 de junio de 2021.
- KLOSOVÁ, Michaela, *The Racial Riots of the Red Summer of 1919*, Universidad de Masaryk, 2017, disponible en <https://theses.cz/id/mhiokw/>. Consultado el 15 de junio de 2021.
- LIEBERSON, Stanley y SILVERMAN, Arnold, “The Precipitants and Underlying Conditions of Race Riots”, en *American Sociological Review*, 30 (1965), pp. 887-898.
- OLZAK, Susan, SHANAHAN, Suzanne y MCENEANEY, “Poverty, Segregation, and Race Riots: 1960 to 1993”, en *American Sociological Review*, 4 (1996), pp. 590-613.
- MACKAMAN, Tom, “Cincuenta años desde el informe de la Comisión Kerner. Los disturbios urbanos de los sesenta y la reconstrucción de la ideología racial en EUA”, en *WSWS*, 5 de marzo de 2018, disponible en <https://www.wsws.org/es/articles/2018/03/12/kern-m12.html>. Consultado el 16 de junio de 2021.
- MITTER, Siddhartha, “The Newark race riots 50 years on: is the city in danger of repeating the past?”, en *The Guardian*, 11 de julio de 2017, disponible en

- <https://www.theguardian.com/cities/2017/jul/11/newark-race-riots-50-years-rebellion-police-brutality>. Consultado el 27 de junio de 2021.
- MOORE, Jack, “‘Everything was on fire’ - remembering the DC riots 50 years later”, en *WTOPNews*, 2 de abril de 2018, disponible en <https://wtop.com/dc/2018/04/everything-was-on-fire-remembering-the-dc-riots-50-years-later/>. Consultado el 28 de julio de 2021.
- MORENO, Hernán Rodrigo, “Las dos naciones, el abandono y la tensión racial. Una mirada sociológica sobre la segregación de la población negra en los Estados Unidos”, en *Hic Rhodus*, 18 (2020), pp. 45-65.
- ROGERS JR., Oscar Allan, “The Elaine Race Riots of 1919”, en *The Arkansas Historical Quarterly*, 2 (1960), pp. 142-150.
- ROTHMAN, Lily, “50 Years After Watts: The Causes of a Riot”, en *TIME*, 11 de agosto de 2015, disponible en <https://time.com/3974595/watts-riot-1965-history/>. Consultado el 26 de junio de 2021.
- SCHAIBLE, Matthew, “The War At Home: Race Violence in the Red Summer of 1919”, en *Michigan Journal History*, 8 (2012), disponible en <https://michiganjournalhistory.files.wordpress.com/2014/02/schaible.pdf>. Consultado el 10 de enero de 2021.
- SCHALLER, Paula, “Las revueltas negras en EE. UU.: el ascenso de la década del 60 y el «largo verano caliente»”, *La Izquierda Diario*, 1 de junio de 2020, disponible en <https://www.laizquierdadiario.com/Las-revueltas-negras-en-EE-UU-el-ascenso-de-la-decada-del-60-y-el-largo-verano-caliente> Consultado el 19 de mayo de 2021.
- SANDBURG, Carl, *The Chicago Race Riots*, New York, HBH, 1919.
- SUGRUE, Thomas, “2020 is not 1968: To understand today’s protests, you must look further back”, en *National Geographic*, 11 de junio de 2020, disponible en https://www.nationalgeographic.com/history/article/2020-not-1968?cmpid=int_org=ngp::int_mc=website::int_src=ngp::int_cmp=amp::int_add=amp_readtherest. Consultado el 17 de junio de 2021.
- SWAN, Alex, “The Harlem and Detroit Riots of 1943: A comparative analysis”, en *Berkeley Journal of Sociology*, 16 (1972), pp. 75-93.
- VOOGD, Jan, *Race Riots & Resistance. The Red Summer of 1919*, New York, Peter Lang, 2008.

WALLACE, Carvell, “In 1967, the Hunt for a black serial killer in Cincinnati stoked racial unrest and led to a riot”, en *TIMELINE*, 12 de junio de 2017, disponible en <https://timeline.com/in-1967-the-hunt-for-a-black-serial-killer-in-cincinnati-stoked-racial-unrest-and-led-to-a-riot-b85b35fa3fd2>. Consultado el 28 de junio de 2021.

WALLENFELDT, Jeff, “There’s a Riot Goin’ On: Riots in U.S. History (Part I & II)”, en *Encyclopaedia Britannica*, disponible en <https://www.britannica.com/list/theres-a-riot-goin-on-riots-in-us-history-part-two> Consultado el 17 de junio de 2021.

WILLIAMS, John, “The Long Hot Summers of Yesteryear”, en *The History Teacher*, 3 (1968), pp. 9-23.

WILLIAMS, Lee, *Anatomy of Four Race Riots. Racial conflict in Knoxville, Elaine, Tulsa and Chicago, 1919-1921*, United States, University Press of Mississippi, 1972.

9. ANEXOS



Ilustración 1. Mapa Guerra de Secesión. Estados esclavistas y no-esclavistas. Fuente: Civil War Soldiers Letters and Diaries Archive, URL: <https://i.pinimg.com/originals/7b/fe/57/7bfe578712a0fd7316d076faa07e90e.gif>

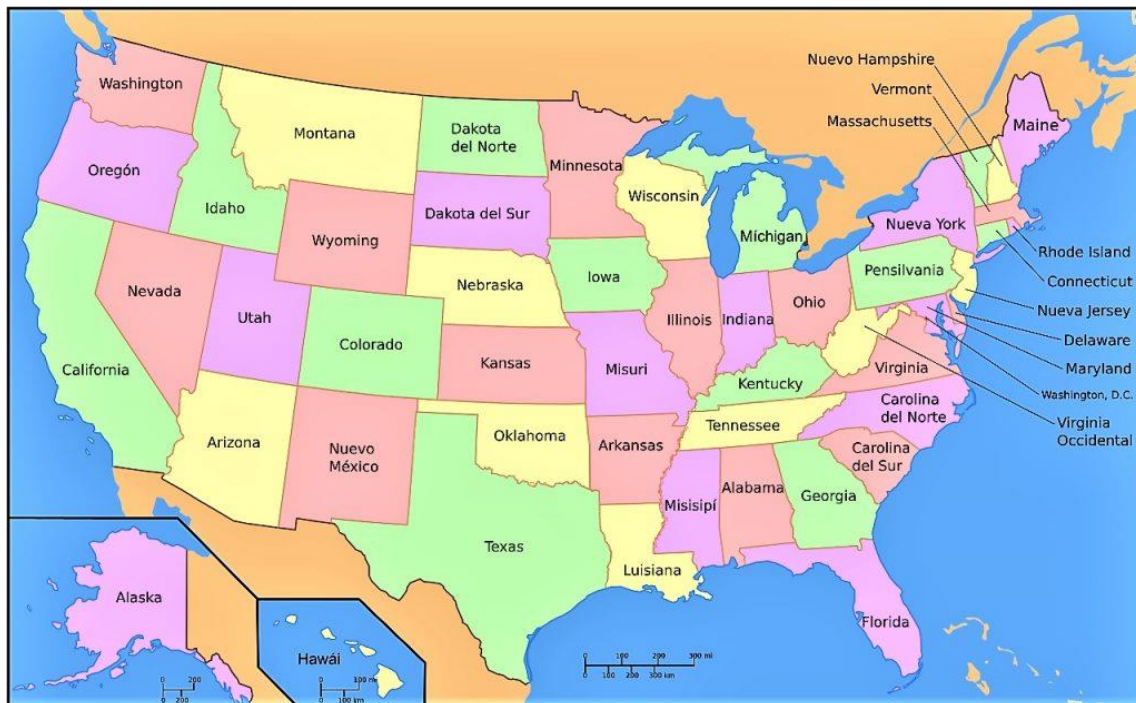
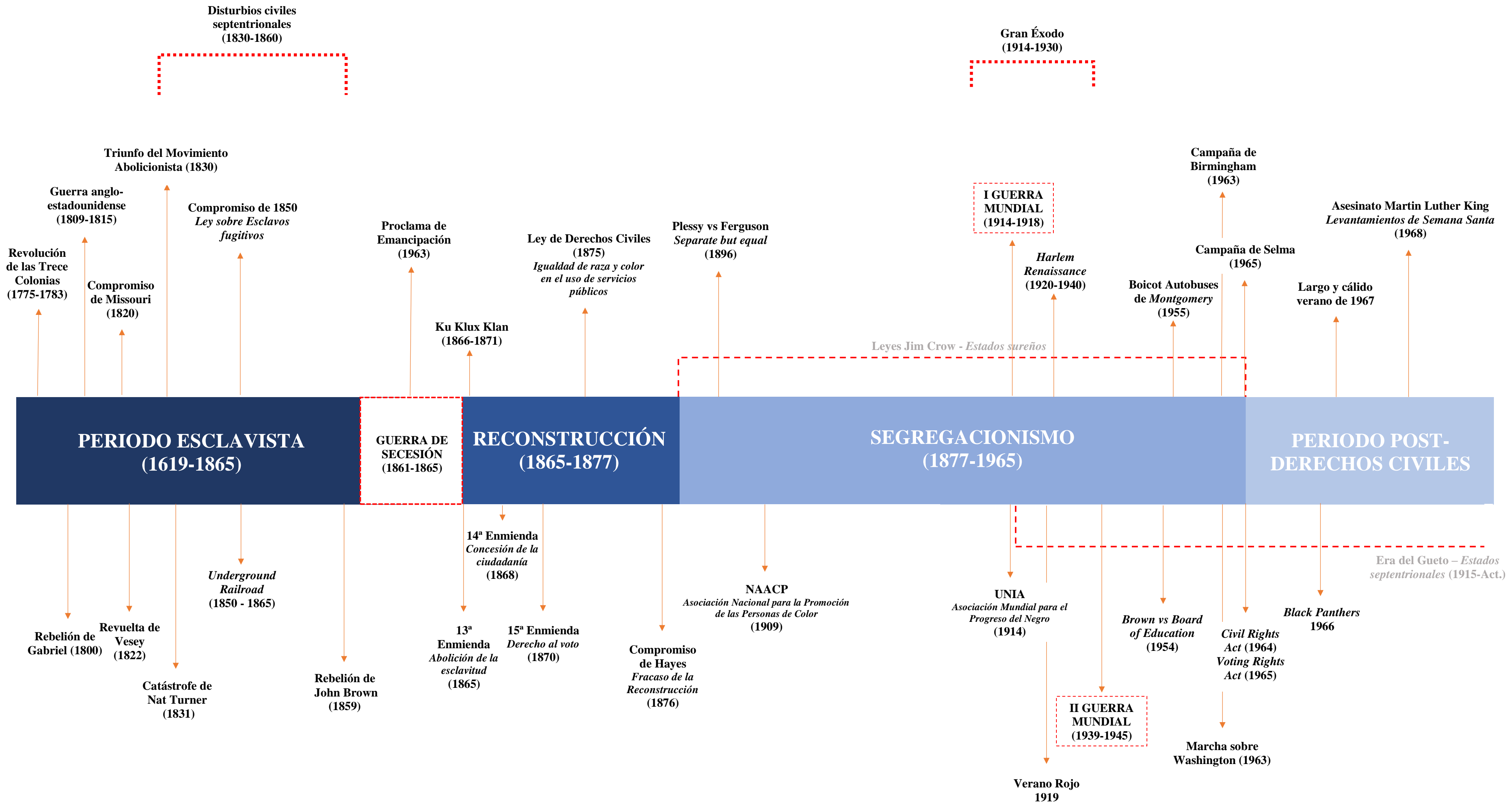


Ilustración 2. Mapa político de los Estados Unidos. Configuración político-territorial definitiva de los Estados norteamericanos. Fuente: MapaMundiOnline, URL: <https://mapamundi.online/americadelnorte/norteamerica/estados-unidos-eeuu/>

Periodización del Movimiento por los Derechos Civiles. Antecedentes y desarrollo.
 Autoría personal.



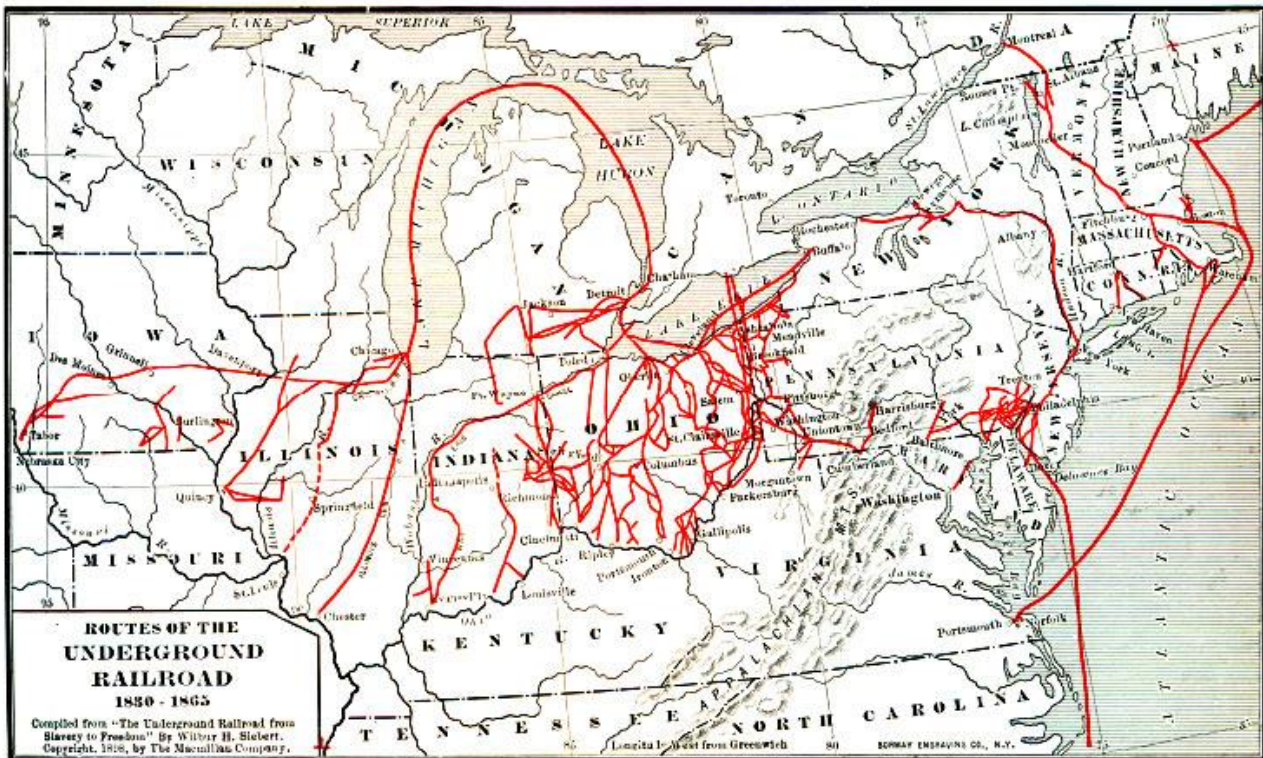


Ilustración 3. Rutas empleadas por el "ferrocarril subterráneo" (1850-1865). Fuente: AmericanInClass, URL: <http://americainclass.org/the-underground-railroad/>



Ilustración 4. The Underground Railroad, Charles T. Webber, 1893. Recreación idealizada de uno de los viajes del "ferrocarril subterráneo" creada para conmemorar el heroísmo abolicionista frente a la esclavitud. Fuente: Cincinnati Art Museum, URL: <https://artsandculture.google.com/asset/the-underground-railroad/cwGRLw8raEDwOg>



Ilustración 5. Caracterización de Thomas Rice para el show *Jump Jim Crow*, un acto de vodevil blackface que más tarde daría el nombre a la futura legislación segregacionista de los Estados sureños. Fuente: American-histograma, URL: <http://www.american-historama.org/1866-1881-reconstruction-era/jim-crow-laws.htm>.

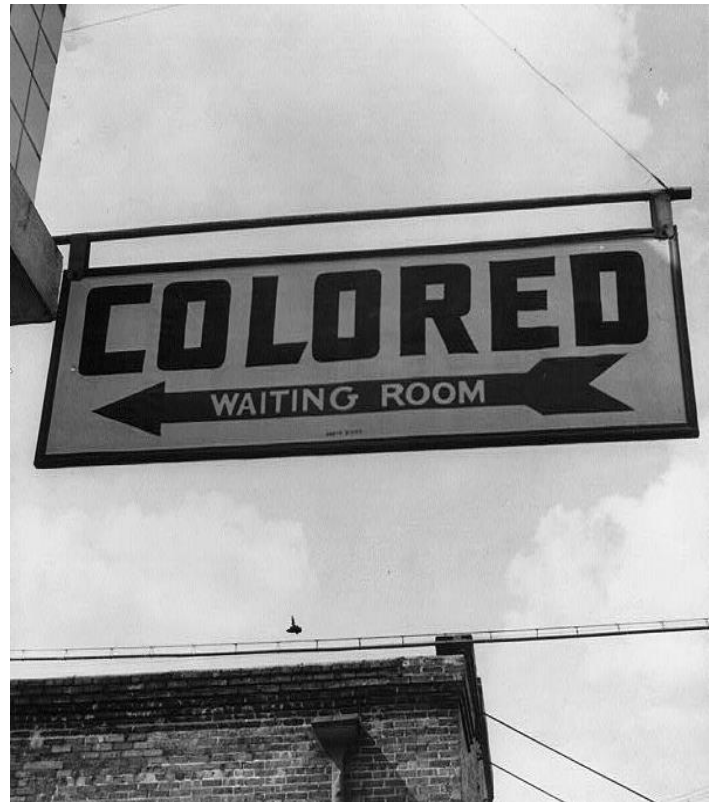


Ilustración 6. Ejemplo de segregación racial. Sala de espera exclusiva para negros en la estación de autobuses de Rome, Georgia, 1943. Fuente: Library of Congress, URL: <https://loc.gov/pictures/resource/cph.3b22541/>.

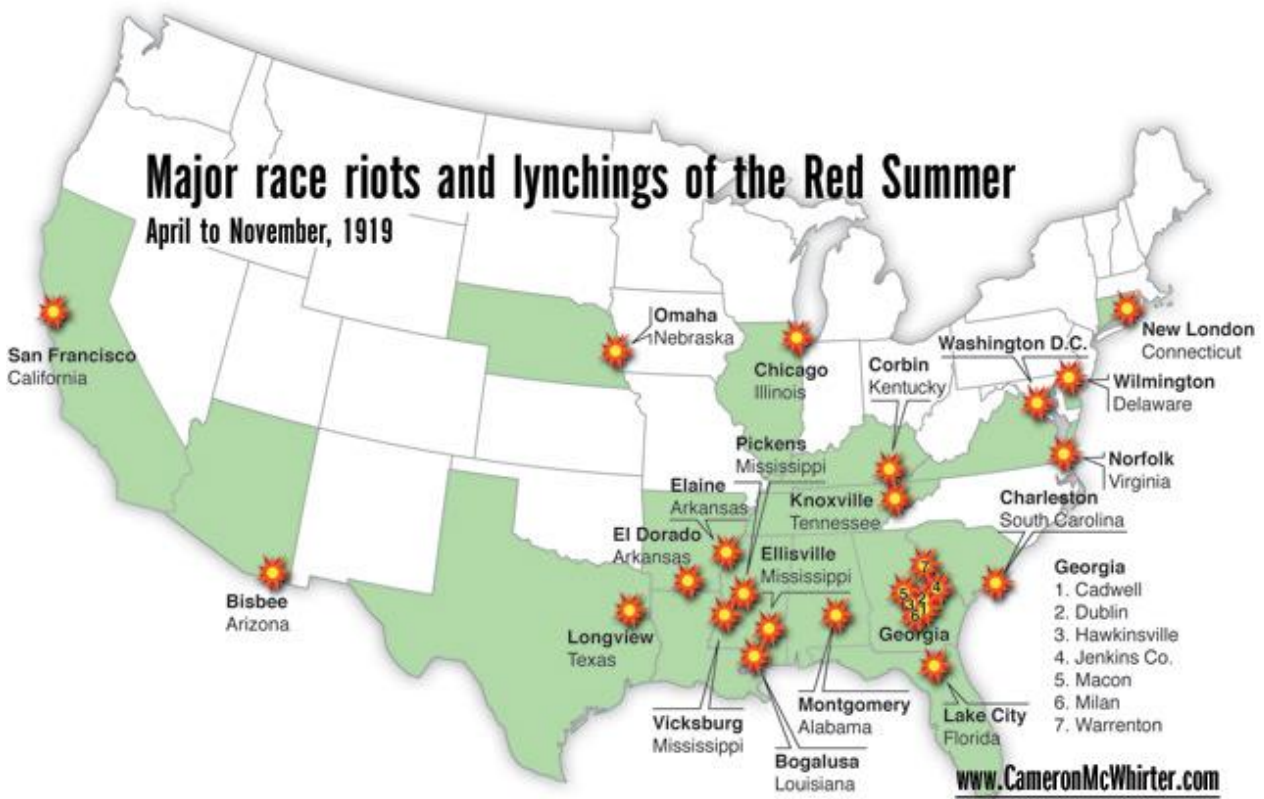


Ilustración 7. Mapa de las principales riots y linchamientos acaecidos durante el Red Summer (1919). Fuente: TheColi, URL: <https://www.thecoli.com/threads/the-red-summer-of-1919-the-race-war-you-never-knew-about.190896/page-6>.

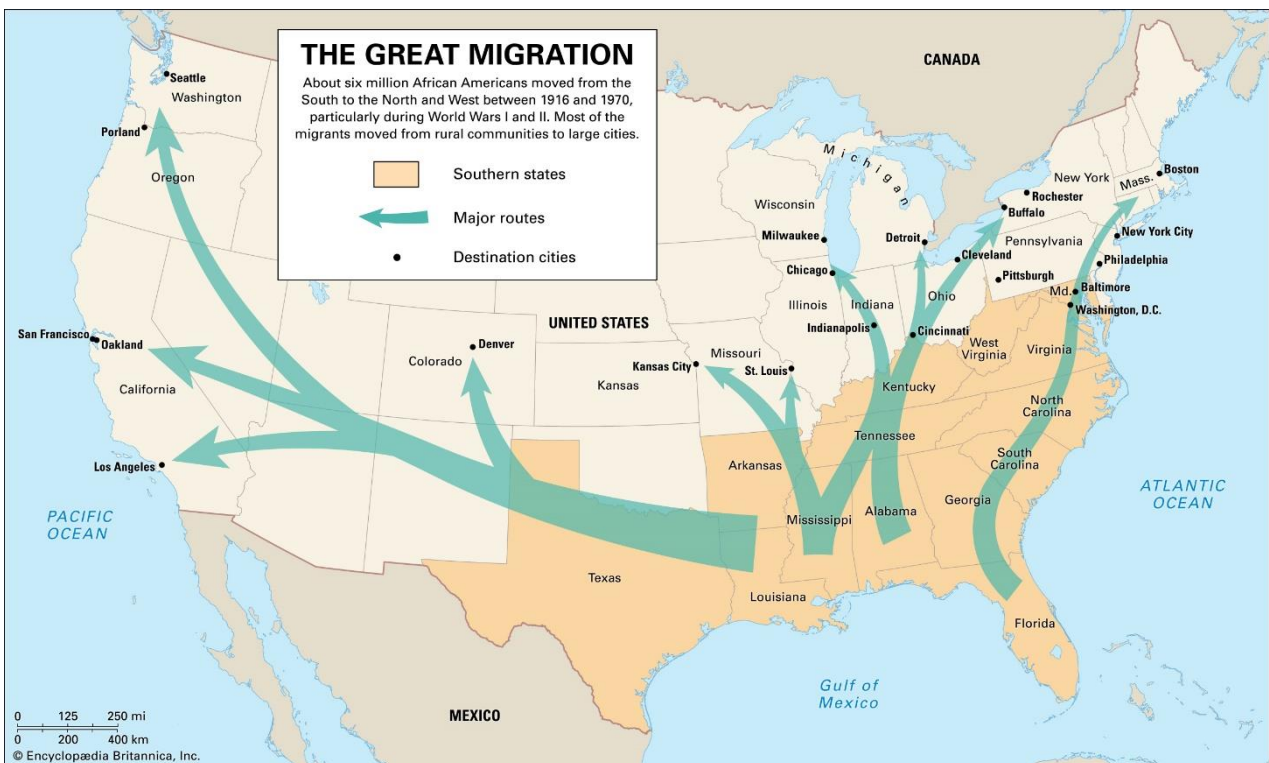


Ilustración 8. Principales rutas migratorias seguidas por los afroamericanos durante el Gran Éxodo (1915-1970). Fuente: Britannica, URL: <https://www.britannica.com/summary/Harlem-Renaissance-Causes-and-Effects>.



Ilustración 9. Ruinas del "Wall Street Negro" tras la riot de Tulsa, Oklahoma, 1921. Fuente: Library of Congress, URL: <https://www.loc.gov/item/2017679766/>.



Ilustración 10. Cuerpo calcinado de William Brown tras un linchamiento durante la riot de Omaha, Nebraska, 1919. Fuente: Today'sStory, URL: <http://www.todayshistory.org/tag/riot/>.



Ilustración 11. Agente de policía tomando las huellas dactilares de la activista afroamericana Rosa Parks, detenida tras negarse a ceder su asiento en un autobús, Montgomery (Alabama), 1955. Fuente: Timetoast, URL: <https://www.timetoast.com/timelines/el-boicot-a-los-autobuses-de>.



Ilustración 12. Tropas federales escoltando a los nueve estudiantes de Little Rock durante la crisis escolar de 1957. Fuente: Britannica, URL: <https://www.britannica.com/topic/Little-Rock-Nine>.



Ilustración 13. Campaña de sit-ins en una cafetería de Jackson, Mississippi, 1960. Fuente: CNN, URL: <https://edition.cnn.com/2017/02/08/us/gallery/tbt-civil-rights-sit-ins/index.html>.



Ilustración 14. Ataque del Ku Klux Klan a uno de los autobuses de los Freedom Riders, 1961. Fuente: DailyPress, URL: <https://www.tribpub.com/gdpr/dailypress.com/>.



Ilustración 15. Escenas de brutalidad policial durante la Campaña de Birmingham: ataques con mangueras de agua a presión y perros de presa, 1963. Fuente: New York Daily News, URL: <https://www.tribpub.com/gdpr/nydailynews.com/>.



Ilustración 16. Martin Luther King durante la Marcha sobre la ciudad de Washington, 1963. Fuente: Miquel Pellicer, URL: <https://miquelpellicer.com/2015/01/martin-luther-king-day-march-washington-1963/>.



Ilustración 17. Activistas afroamericanos lloran la pérdida de sus compañeros durante los sucesos del Bloody Sunday, Selma, Alabama, 1965, Fuente: PennLive, URL: <https://www.youtube.com/watch?v=6nwS8mmbfKo>.



Ilustración 18. Escenas de brutalidad policial durante el asalto del Puente Edmund, Selma, Alabama, 1965. Fuente: ABC News, URL: <https://abcnews.go.com/US/photos/selma-marches-bloody-sunday-mark-50th-anniversary-29411771/image-state-troopers-charge-demonstrators-billy>.



Ilustración 19. Disturbios de Watts, Los Angeles, 1965. Fuente: The Seattle Times, URL: <https://www.seattletimes.com/nation-world/a-look-back-at-watts-riots-50-years-later/>.



Ilustración 20. Zapatería ardiendo durante los disturbios de Watts, Los Angeles, 1965. Fuente: The Baltimore Sun, URL: <http://darkroom.baltimoresun.com/2015/08/from-the-vault-watts-riots/#1>.



Ilustración 21. Bomberos apagan un edificio en llamas durante la riot de Detroit, 1967. Fuente: PLAYMAKERS, URL: <https://playmakersrep.org/david-67-interview-with-playmakers-david-adamson/>.



Ilustración 22. Un hombre negro herido por la policía durante la riot de Newark, 1967. Fuente: History, URL: <https://www.history.com/news/race-riots-kerner-commission-findings-suppressed-lbj>.



Ilustración 23. Fuerzas militares sondean las inmediaciones del Capitolio y se preparan para su defensa durante las riots de Washington DC, 1968. Fuente: The Washington Post, URL: <https://www.washingtonpost.com/graphics/2018/local/dc-riots-1968/>.